

E.L. DOCTOROW

Cómo todo acabó y volvió a empezar



Traducción de Antoni Pigrau

Lectulandia

Hard Times es el nombre de una pequeña población de las colinas del territorio de Dakota. A esta localidad llega un día uno de los sociópatas temerarios que deambulan por el Oeste para matar, violar y robar. Blue, quien actúa como alcalde, acoge a dos víctimas de la carnicería: un chico Jimmy y una prostituta, Molly, quien ha sufrido lo indecible, y los convierte en su familia provisional. Blue empieza la reconstrucción de Hard Times, les abre las puertas a nuevos vecinos, mientras que Molly espera el momento de su venganza.

E. L. Doctorow recrea una frontera aterradora y la puebla con una serie de personajes que incluyen putas y santas, asesinos y sanadores, rusos locos, suecos silenciosos y nativos americanos que iluminan y revelan el Oeste al mismo tiempo que consigue un fiel retrato del nacimiento de una América que surge de la lucha y lo salvaje.

Lectulandia

E. L. Doctorow

Cómo todo acabó y volvió a empezar

ePub r1.0

Titivillus 08.10.17

Título original: *Welcome to Hard Times*

E. L. Doctorow, 1960

Traducción: Antoni Pigrau

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

ACERCA DE LA OBRA

«Una novela soberbia.»

NORMAN MAILER

«Una efectiva y veraz historia sobre la cobardía y la maldad.»

THE WASHINGTON POST

«Estos personajes nos atrapan como si fueran verdaderos seres humanos.»

CHICAGO SUN TIMES

«Concisa, dramática y provocativa.»

THE NEW YORK TIMES

«Una soberbia obra de ficción.»

THE NEW REPUBLIC

A Mandy

LIBRO PRIMERO

El Hombre de Bodie se echó gatzate abajo media botella del mejor whisky que tenían en el Sol de Plata; así se limpió de polvo la garganta y se sintió más dispuesto a sonreír cuando Florence, la pelirroja del lugar, avanzó hacia él por la barra. Sí, se volvió y sonrió a la chica. Estoy seguro de que Florence jamás había visto un hombre tan alto y corpulento. Antes de que ella pudiera decir la primera palabra, el recién llegado alargó el brazo, metió la mano en el cuello de su vestido y se lo rasgó hasta la cintura, con lo que surgieron de un brinco sus pechos, desnudos bajo la luz amarillenta. Todos echamos hacia atrás nuestras sillas y nos levantamos a un tiempo: ninguno de nosotros había tratado ni mirado nunca de aquella manera a Florence, a pesar de que ella era lo que era. El *saloon* estaba lleno porque habíamos estado observando largo rato al tipo antes de que llegara al pueblo y entrara allí.

El pueblo pertenecía al territorio de Dakota, y en tres de sus lados —este, sur y oeste— solo había millas y millas de llanuras. Por eso pudimos verlo llegar. Lo que más solía verse en aquellas extensiones era el movimiento del polvo en el horizonte de levante a poniente: caravanas de carretas que mellaban los confines de las llanuras con sus ruedas y dejaban detrás de ellas una larga nube de polvo, como una masa de excrementos sobre el borde de la tierra. Cuando un hombre cabalgaba hacia nosotros, levantaba en el aire un abanico que se ensanchaba cada vez más. Hacia el norte se alzaban colinas rocosas, y los filones que en ellas había eran un pretexto para la existencia del pueblo, aunque no un pretexto muy bueno. En realidad, no había otra excusa para que el pueblo estuviera en aquel lugar más que la natural necesidad de la gente de vivir acompañada.

Así pues, cuando él entró en el Sol de Plata, varios de nosotros estábamos allí esperando para ver de quién se trataba. Era una insensatez porque, en esta tierra, es orgullo de todo hombre el no prestar atención a nada; por tal motivo, cuando el tipo le hizo aquello a la chica y se volvió para sonreírnos entre dientes, miramos hacia otro lado, tosimos o nos sentamos. Flo, entretanto, no podía creer lo que había sucedido; se había quedado boquiabierto y con los ojos de par en par. Entonces él le cogió la mano con que se apoyaba en la barra, le agarró de pronto la muñeca y le retorció el brazo hasta el punto de que se volvió y se dobló a causa del dolor. Después, como si la chica fuera un osito domesticado, la obligó a andar delante de él en dirección a la escalera y, por ella, hacia una habitación del segundo piso. Cuando esta se hubo cerrado de un portazo, nos quedamos mirando hacia arriba, para oír finalmente los gritos de Florence, y nos preguntamos qué clase de hombre sería aquel para hacerla gritar de tal modo.

Cuando Jimmy Fee, el único niño del pueblo, vio a Flo subir la escalera tropezando con su propio vestido, se escabulló por debajo de las puertas de vaivén, corrió porche abajo, dejó atrás el caballo de aquel hombre y cruzó la calle. Fee, su

padre, era carpintero; había construido las casas de ambos lados de la calle casi sin ayuda. En aquel momento estaba subido a una escalera arreglando el alero del establo del pueblo.

—¡Padre —le gritó Jimmy—, ese hombre ha cogido a tu Flo!

Más tarde, Jack Millay, el cojo que solo tenía un brazo, me dijo que había seguido al muchacho hasta el otro lado de la calle para dar a su padre algunos detalles más, pues el pequeño Jimmy podía no haberle aclarado que se trataba de aquel Hombre Malo de Bodie. Fee bajó de la escalera de mano, se dirigió a la parte trasera de su casa, situada algo más abajo en la misma calle, y salió con una estaca de madera. Era un tipo bajo, calvo, de grueso cuello y robustos hombros, y, además, uno de los pocos hombres que yo haya conocido que supiera qué es eso de la vida. De pie junto a la ventana del Sol de Plata, vi llegar a Fee con su carga, por lo que salí enseguida a través de las puertas batientes. Y lo mismo hicieron cuantos se encontraban allí, aun cuando los gritos no se habían detenido. Cuando Fee entró con su estaca dispuesto a todo, el local ya estaba vacío.

Permanecimos esparcidos por la calle esperando que sucediese algo. Avery, el dueño y camarero del *saloon*, se había traído una botella y, echando la cabeza hacia atrás, bebió un trago de pie en medio de la inmunda calle, con su delantal puesto y una mano en la cadera. Era la primera vez que veía a Avery bajo la luz del sol. Eran las cuatro de la tarde, por lo que el sol se hallaba ya sobre las llanuras de poniente. Ahora no llegaba ningún sonido del interior del *saloon*. El único caballo atado delante del establecimiento era el del forastero: un enorme y feo ruano que, por su aspecto, no parecía esperar que nadie le diera de beber o le dedicara una caricia. Detrás de él, en el suelo, había un montón de estiércol reciente.

Seguimos esperando, hasta que oímos un ruido procedente del interior —un topetazo—, y eso fue todo. Poco después, Fee salió del Sol de Plata con su estaca y se detuvo en el porche. Luego avanzó y dio un traspie al bajar los escalones. El caballo del Hombre Malo saltó con ligereza hacia un lado, y Fee, perdido totalmente el equilibrio, aterrizó de rodillas sobre el estiércol. Se levantó con los pantalones llenos de boñiga y siguió adelante, tambaleándose, hacia Ezra Maple, el representante de la Express en el pueblo, quien dijo:

—Ese hombre no ve.

Ezra se apartó y Fee pasó por su lado haciendo eses. Tenía la parte posterior de la calva quebrada y cubierta de sangre; mantenía las manos sobre las orejas, como si se las aguantara. El pequeño Jimmy se había quedado a mi lado, mirando cómo su padre caminaba calle arriba. El chico corrió un trecho hacia él, luego se detuvo, y después volvió a arrancar en la misma dirección. Cuando alcanzó a Fee, se cogió a su cinturón y cruzaron juntos la puerta de su casa.

Nadie volvió al *saloon*; todos recordamos las tareas que nos esperaban. Al llegar a la puerta de mi despacho, miré hacia atrás: el único que aún permanecía en la calle era Avery, con su delantal. Sabía que sería el primero que vendría a verme, y así fue.

—Blue, ese caballero sigue en mi casa; tienes que sacarlo de allí.

—He visto que te pagaba, Avery.

—Tengo género detrás de la barra, tengo cristales en mis ventanas, tengo mi grano y mi destilador en la parte trasera. ¿Quién sabe qué es capaz de hacer?

—Tal vez se marche pronto.

—¡Le ha roto la cabeza a Fee!

—Una pelea es una pelea; yo no puedo hacer nada.

—¡Maldita sea!

—Además, Avery, yo ya tengo cuarenta y nueve años.

—¡Maldita sea!

Saqué la pistola que tenía en el cajón de mi mesa y la empujé hacia el gordo Avery, pero no la cogió. En vez de eso, se sentó en mi catre, y esperamos juntos. Cuando ya comenzaba a oscurecer, Jimmy Fee entró y me dijo que su padre sangraba por la boca. Salí y me topé con John Bear^[1], el indio pawnee sordomudo que nos hacía de médico; fuimos juntos a casa de Fee, pero este ya había muerto. El indio se encogió de hombros y salió de la casa, y yo me quedé toda la noche para consolar al muchacho.

Hacia medianoche, cuando comencé a sentir demasiado frío, salí para ir a buscar una manta a mi oficina. Avancé a hurtadillas hacia el otro lado de la calle, corriendo en los trechos iluminados por la luna, y aproveché la ocasión para echar un furtivo vistazo a través de la ventana del Sol de Plata. Las luces aún estaban encendidas. Detrás de la barra, Florence, con su roja cabellera cayendo sobre los hombros, lloraba mientras se servía un bebestiajo. Golpeé el cristal de la ventana con los dedos, pero ella sabía que Fee había muerto, y no se movió ni hizo el menor gesto que indicara que tuviera intención de salir. Corrí hacia la parte trasera de la casa. Arriba todo estaba a oscuras, pero pude oír los ronquidos del Hombre de Bodie.

Cuando vine al Oeste con la carreta, era un hombre joven lleno de esperanzas, esperanzas de algo, de no sé qué. Pinté mi nombre con alquitrán en una roca, a un lado del camino de Missouri. Pero, con el tiempo, el ambiente fue borrando mis esperanzas, como hizo con mi nombre escrito en la roca, y aprendí que bastante suerte tenía con permanecer vivo. Los Hombres de Bodie no eran unos truhanes vulgares; los daba la tierra, por lo que no había modo de luchar contra ellos, como no había forma de luchar contra el polvo o el granizo.

A la salida del sol, encontré doce dólares en el escritorio de Fee. Se los di a Hausenfield, el alemán. Hausenfield tenía una bañera, la trajo dentro de su carreta desde Saint Louis. A primeros de cada mes, la llenaba con agua de su pozo detrás de su casa, y allí mismo se metía en ella para lavarse. También era dueño del establo.

Tan pronto como hubo recibido el dinero, se dirigió a su establo, empujó su carromato por la lanza y le enganchó su mula y su caballo gris. El carromato era una vieja diligencia con las ventanas entabladas y los asientos arrancados. Era negro: la

única cosa pintada en todo el pueblo. Lo condujo hasta la puerta de Fee:

—Ponedlo ahí dentro, si os parece bien.

Jack Millay, el de un solo brazo, que se encontraba por allí, me ayudó a coger a Fee y a ponerlo en el carromato.

—¿No tienes ningún ataúd, Hausenfield?

—Fee nunca me hizo ninguno. Decía que, cuando pudiera, me haría diez, pero nunca me hizo ni uno.

Cerré la puerta sobre Fee y el carromato crujió calle abajo para adentrarse en la llanura. Era temprano y hacía frío, pero casi todos estábamos allí para verlo partir. El retumbar de un zapapico en el techo de la diligencia y el rechinar de una de sus ruedas fueron toda la música del funeral de Fee. El caballo gris de Hausenfield tiraba con más fuerza que la mula, por lo que el carromato giró lentamente hacia el este describiendo un arco. Ya en la llanura, a cosa de una milla de distancia, se detuvo. Detrás del carromato, del sudoeste, venían nubes de lluvia bajo el cielo. Yo no sabía dónde estaba Florence, pero vi que Jimmy había comenzado a salir; andaba de un lado a otro con las manos en los bolsillos.

—¡Mira allí, Blue!

Al otro lado de la calle, frente al *saloon*, el ruano del Hombre Malo temblaba visiblemente en el mismo sitio en que había sido atado el día anterior.

—El caballo de ese hombre ha cogido frío —dijo Jack Millay—. Ni se molestó en echarle una mirada.

Mientras Jack hablaba, el caballo cayó de rodillas. Solo nos faltaba aquello... Yo quería que el hombre se marchara sin más complicaciones, sin encontrar impedimentos. Entré en mi despacho para pensar y, pocos minutos después, algún chalado que no podía ver sufrir a los animales pero al que le importaba un pepino la suerte de sus semejantes, situado fuera del alcance de lo que pudiera venirle del Sol de Plata, probablemente detrás de algún porche, disparó su carabina contra el ruano.

Cuando me lancé fuera, el ruano se estremecía en el suelo, de costado, y la calle estaba vacía.

—¿Quién demonios ha hecho esto? —grité.

No había transcurrido ni un minuto cuando el Hombre Malo de Bodie salió del *saloon* abrochándose el cinturón de su pistola. Me quedé quieto, sin mover un solo músculo. Bajó la mirada hacia el caballo, se le acercó, le pasó la mano por la cabeza. Aproveché ese momento para volver lentamente sobre mis pasos, cruzar de nuevo la entrada de mi despacho y cerrar la puerta. En la pared trasera, detrás de mi catre, había otra puerta. Salí por ella.

Encontré a Avery, cerca del cobertizo de mi casa, hablando con Molly Riordan, su otra chica. Molly había salido precipitadamente del Sol de Plata cuando el hombre cogió a Flo, como todos los demás. Durante la noche, se había refugiado en casa del mayor Munn, el viejo veterano que se empeñaba en llamarla su hija; ahora, había sido devuelta a Avery, y estaban discutiendo.

—Eres un hijo de puta, Avery —le soltó ella.

Molly nunca había sido de mi agrado, con su palidez y sus marcas de viruelas, con sus labios delgados y su mentón puntiagudo, pero me gustaba su modo de enfrentarse a Avery:

—Blue, este hijo de puta quiere que yo vaya ahí, al otro lado, para que ese mal nacido me raje de arriba abajo.

—¡No grites tanto, Molly, por el amor de Dios! —dijo Avery.

—¿Qué te parece este culo gordo, este hijo de perra? ¡No te jode, el tío!

—Molly, es que tengo género detrás de la barra; tengo todo mi dinero debajo del mostrador. Te digo que todo lo que poseo está allí.

Para dar más fuerza a sus palabras, Avery le pegó un bofetón. Cuando ella se llevó la mano a la mejilla y se puso a llorar, él sacó un estilete de debajo del delantal, alargó el brazo para entregárselo y no lo bajó hasta que ella tomó el pequeño puñal.

—Así que tú te metes allí y, cuando él te agarre y te abrace, sacas el pincho de la manga y se lo clavas en el cuello. No puedo tener a ese caballero en mi casa, lo quiero fuera de ella.

Justo en aquel momento, llegó de la calle un grito seguido de un alarido. Miré callejón abajo a tiempo de ver al Hombre Malo cabriolando de lado sobre un gran caballo bayo. Era el mejor caballo de Hausenfield.

—Ahora ya no está en tu casa, Avery —dije.

El Hombre Malo celebraba el nuevo día cabalgando a pelo arriba y abajo, de un extremo a otro de la calle. Jack Millay vino a mi encuentro en el callejón:

—Hausenfield se dejó abierta la puerta del establo.

—Lo siento por Hausenfield.

—Eché un vistazo por ahí y enseguida cogió el bayo, como si fuera suyo.

Lo observamos desde la penumbra: azuzaba de cualquier manera al caballo, con las puntas de las botas, gritando y ululando. Cuando el animal se acostumbró a su jinete, el hombre lo espoleó y le hizo subir los escalones de la entrada del Sol de Plata; entonces, lo lanzó a lo largo del porche, encogiéndose para no darse contra las vigas. El caballo derribó de una coz el saco de judías secas que había a la puerta de la tienda de Ezra Maple, y saltó de nuevo hacia el centro de la calle, y el Hombre Malo renovó sus risotadas y sus gritos. Yo tenía la esperanza de que acabaría por detenerse, ensillar el caballo e irse en él hacia la mina. Las nubes avanzaban desde el sur y, si llovía, no habría modo de hacer subir un caballo por aquellas rocas mojadas, por más que lo espolearan y fuera el caballo que fuese. Y se detuvo, sí, pero fue al extremo norte de la calle, donde John Bear tenía su choza.

John Bear solía cocinar fuera de su casucha en un fuego encendido entre unas piedras. Junto a la choza, había cultivado un pequeño terreno para que le diera algunos tubérculos y cebollas. John estaba agachado ante el fuego, cociéndose la comida, cuando el hombre entró a pie en su huerto pisando todas las plantas. John era

sordo y mudo, pero lo que vio le bastó. El hombre arrancó media docena de plantas antes de que encontrara una cebolla de su gusto. Le quitó la parte verde retorciéndola, se la frotó en la manga, la peló y la mordió.

—Desayuno —le dije a Jack Millay.

El hombre ignoraba a John Bear, como si no estuviese allí. Fue hacia el fuego del indio, levantó la sartén y, con ella en la mano, caminó unos pasos hasta sentarse con la espalda apoyada en la choza. El indio no se movió; se quedó con la mirada fija en el fuego.

Avery y Molly Riordan, que estaban delante de mí, contemplaban la escena.

—Este es un buen momento para volver a tu casa, Avery.

—No lo sé, Blue.

—Solo tienes que cruzar la calle y entrar. ¿Por qué no lo haces?

—Él me vería.

—Mierda, Avery —dijo Jack.

—Ve sin correr —proseguí yo—, verás como así no te pasa nada. Y tú, Molly, métete en alguna parte. Creo que es mejor que no te dejes ver.

Avery cruzó la calle con las piernas rígidas, haciendo lo posible por no correr. Vi que el Hombre Malo alzaba un momento los ojos hacia él mientras comía. Cuando Avery estuvo en el interior del Sol de Plata cerró las puertas, las que cerraban por completo, más hacia dentro que las de vaivén, y corrió las cortinas de todas las ventanas.

—¿Y qué hará ese hombre cuando se encuentre con que Avery ha atrancado la puerta? —preguntó Jack.

Con un profundo suspiro, avancé hacia el lugar donde daba el sol. Atravesé la calle, desvié mis pasos para rodear el ruano muerto del hombre y, al llegar al porche, tosi y entré en la tienda de Maple.

Ezra estaba junto a la ventana, mirando el saco de judías secas derramado.

—¿Aún está ahí?

—Sí.

—Necesito tabaco, Ezra.

—Despáchate tú mismo.

Fui detrás del mostrador:

—Ezra, quería preguntarte cuándo vendrá la diligencia.

—Dentro de una semana. O tal vez dos.

—Veamos, ¿qué día es hoy? Vino un buen gentío de las minas la noche del sábado, ¿verdad?

—Sí, eso sí...

—Bueno, ¿qué día es hoy?

—Jueves.

Me acerqué a la ventana y contemplé con Ezra las judías desparramadas por su porche: podrían haber sido bandadas de pájaros volando a gran altura hacia el sur.

—Mala tierra, Blue.

—Además del tabaco, he cogido algunos cartuchos.

Poco después, vimos entrar en el pueblo el carromato fúnebre conducido rudamente por Hausenfield, quien, aun cuando no necesitaba hostigar a su caballo gris, tenía que zurriagar a la mula. Se detuvo frente a la tienda y entró en ella tropezando y maldiciendo.

—¿Estás aquí, Blue? ¡Tienes que hacer algo!

—¿Qué quieres que haga, Hausenfield?

—Ese caballo que tiene es mío.

—Ya lo he visto.

—¿No eres el alcalde?

—Solo el alcalde de los que me votaron.

Ezra sonrió al oírme decir esto: yo no había sido elegido alcalde, había asumido la tarea de llevar un registro por si se daba el caso de que el pueblo creciera lo suficiente para tener que ser inscrito, o por si llegaba a reconocerse su existencia dentro de un estado. Yo llevaba los libros, y ellos me llamaban alcalde.

Hausenfield miró a Ezra y le devolvió la sonrisa:

—Muy bien —dijo—. Para algo tengo mi arma.

Salió rápida y coléricamente, y sacó su escopeta del carromato. Jamás he sabido si Hausenfield tenía intención de disparar al Hombre Malo o no. Es probable que ni él mismo lo supiera. Su caballo se paseaba por el huerto de John Bear mordisqueando las puntas de las plantas. Hacia allí se dirigió Hausenfield y, cogiendo a su caballo por las crines, comenzó a conducirlo hacia el establo. Después de andar unos pasos, se volvió, como si se hubiera olvidado de algo, y disparó dos veces contra el Hombre Malo, que permanecía sentado observándolo: una bala fue a parar al suelo, frente al hombre, la otra se incrustó en la madera, encima de él. Entonces, el caballo se encabritó y se escapó. Hausenfield cayó en el polvo, y creo que volvió a disparar desde el suelo; lo que sí recuerdo con certeza es que lo vi arrastrarse e intentar levantarse al mismo tiempo, meneando la escopeta hacia el caballo y gritando en alemán. Esto lo puso de espaldas al forastero, que se había levantado y corría medio agachado y en zigzag.

Tras haber disparado varias veces contra las piernas de Hausenfield, el hombre, más rápido que un gato, se puso a horcajadas sobre él y, ya enfundada la pistola, le golpeó repetidamente la cara con el culo de la sartén.

—No ha soltado ni un momento esa sartén —susurró Ezra.

Hausenfield había empezado a gritar cuando fue alcanzado por las balas, pero el hombre no dejó de golpearle la cara hasta que solo pudo gemir. No tardó en tirar la sartén y mirar a su alrededor: el caballo bayo había galopado hacia sus compañeros de establo, enganchados todavía al negro carromato, lo que debió darle la idea que enseguida puso en práctica. Con una risotada, arrastró a Hausenfield cogido por el cuello de sus ropas, lo alzó de un tirón y lo echó dentro de la carreta. Esto sucedió

justo delante de la ventana de Ezra, por lo que tuvimos que retroceder hacia la penumbra. El hombre cerró la puerta del carromato, descubrió el zapapico, todavía sucio de tierra de la sepultura de Fee, y lo usó como cerrojo exterior. Dentro del fúnebre vehículo, Hausenfield, herméticamente encerrado, volvía a gritar, golpeando el suelo de tablas de madera. El hombre saltó al asiento delantero, hizo dar la vuelta al caballo gris y a la mula, y se puso a fustigarlos con las riendas calle abajo. Gritando bestialmente, los condujo de modo que corrieran junto a los porches de las casas del otro lado. Al llegar al último de ellos, al final de la calle, se enganchó al último pilar de madera rodeándolo con el brazo, y así, con facilidad, pudo quedar de pie sobre la barandilla mientras el carromato seguía lanzado hacia la llanura. Para asegurarse de que la pareja del tiro mantendría la misma marcha disparó varias veces detrás de los animales, con lo que incluso la mula siguió corriendo velozmente con las orejas hacia atrás.

El hombre reía solo y se golpeaba las palmas de las manos mientras caminaba en dirección al caballo bayo, que se hallaba frente a la tienda de Ezra. No andaba muchos pasos sin volverse para mirar repetidamente el carromato, que se alejaba con gran estruendo y, cada vez que lo hacía, reía con más estrépito. Condujo el caballo bayo al Sol de Plata y le puso la silla de su ruano muerto. Luego ató su nuevo caballo a la barandilla del porche, se secó la frente con un pañuelo rojo y subió los escalones que conducían a las puertas del *saloon*, pero las encontró cerradas. Las abrió a patadas, y, desde el lugar en que me encontraba, pude oír la voz de Avery, que decía temerosamente:

—¡Entre, entre!

Poco después de que el hombre entrara en el Sol de Plata, todos comenzaron a salir por sus respectivas puertas, y se quedaron de uno en uno y de dos en dos en los porches o en la calle, mirando aquel carromato que cada vez se hacía más pequeño delante de su cono de polvo. Jack Millay me vio y vino hacia mí cojeando y balanceando su único brazo:

—¿Habías visto alguna vez una faena como esta, Blue?

Jack tenía la cara sonrosada de entusiasmo; el chico se divertía cuando y como podía. En los callejones, algunos vecinos conducían sus carricoches a sus puertas laterales y, en el extremo rocoso de la calle, John Bear tenía su primitivo vehículo, un *travois*, delante de su choza.

Observé al indio. Cuando Hausenfield recibió los disparos, Bear saltó con gran rapidez para ponerse a salvo, a pesar de que en aquel momento estaba de espaldas al ruido. Si era sordo, disponía de otro sentido para sustituir al del oído, si era mudo o tonto, no lo era tanto como parecía. Salió de su choza y amarró sus cosas en el *travois*, levantó sus dos varas y tiró de ellas. Cuando llegó donde había quedado su sartén, en medio de la calle, pasó sobre ella y siguió calle abajo hasta dejar atrás la última casa. Más tarde, lo vi de pie en la llanura, a media milla de distancia. Había

soltado su *travois* y permanecía, inmóvil, de cara al pueblo.

Detrás de él, hacia el este, el pequeño Jimmy Fee, que aún no había regresado, estaba sentado junto a la tumba de su padre. Las nubes cubrían ahora medio cielo. El sol estaba oculto y soplabla una leve brisa.

Fui a mi despacho y me encontré en él a Molly Riordan buscando en el escritorio.

—¿Tienes un poco de whisky, Blue?

—Para whisky, al otro lado de la calle.

Justo en aquel momento, oímos gritar a Avery con cierta risa en su voz:

—¡Molly! ¡Mollyyyyy!

La chica se acurrucó de golpe detrás del escritorio y, a través de un agujero que había en el papel aceitado de mi ventana, vi que Avery, sosteniendo abiertas sus puertas de vaivén, voceaba con tono benevolente:

—Molly, ¿dónde estás? ¡Este caballero quiere verte!

Aun hallándome al otro lado de la calle, pude oír cómo se rompían las botellas en algún lugar detrás de él. Avery reía como si aquello le hiciera mucha gracia. Volvió a llamar a Molly y regresó al interior.

—¡Diantre! —exclamó Molly—. Pero ¿es que nadie va a hacer nada?

—¿Por qué no vas a donde te llaman?

—¿Qué? —repuso levantándose y mirándome llenar el tambor de mi revólver.

—Emplea el cuchillo que te dio Avery —le solté—. Haz lo que él te dijo; mantenlo sujeto en tu muñeca y, cuando llegue el momento oportuno, deslízalo hacia tu mano y haz uso de él. Pero no creo que tengas que hacerlo.

—¡Sí, claro! ¡Diantre, ese Hombre Malo es el único hombre que hay en el pueblo! No puedo creerlo... No eres mejor que Avery, ese hijo de puta... Aquí, valiéndose de una señora para estas cosas... Haciéndose los valientes detrás de las faldas de una mujer... ¡Vaya modo de ayudarme, señor alcalde! ¡Vete al diablo!

Me metí el revólver en el cinturón y abrí la puerta.

—¡Dios mío! —exclamó Molly—. ¡Mira que llegar a esto! ¿Cómo pude haberme imaginado que terminaría en este poblado abandonado? Porque esto, diantre, es el fin. Blue, voy a decirte algo que tú no sabías: dejé Nueva York, hace diez años, porque estaba harta de ser una criada; no podía soportarlo, era demasiado orgullosa para decir: «Sí, señora». ¿No te remueve eso la conciencia?

—Hacemos lo que podemos, Molly.

Tenía la cara angustiada y las lágrimas bañaban sus mejillas cuando, al marcharse, se detuvo un instante a mi lado para decirme:

—Espero que ese tipo te atrape, señor alcalde; te juro que lo deseo; a ti y a todos los demás cabrones que se arrastran por este miserable pueblo.

La seguí, andando detrás de ella; así cruzamos la calle, mientras todos se apartaban a nuestro paso, hasta que llegamos al pie de los escalones de la entrada del Sol de Plata. La chica se volvió para mirarme una vez más.

—Así se hace, Molly —le dije.

Pero, al subir hacia las puertas del local, el estilete se le escurrió de la manga y cayó ruidosamente sobre el porche. Lo aparté con el pie antes de que el Hombre Malo pudiera verlo, empujé a Molly a través de las puertas y entré detrás de ella. Entonces vi lo que le había hecho soltar el cuchillo: Florence, doblada sobre la barandilla del piso de arriba, al final de la escalera interior, con los brazos colgando y su roja cabellera extendida entre ellos.

Avery tuvo que haber visto allí a la mujer muerta tan pronto como volvió para cerrar las puertas y echar las cortinas. Pero no parecía muy preocupado cuando entramos. Nos saludó riendo, con expresión jovial.

—¡Ah, aquí está Molly! ¡Hola, Blue! ¡Vamos, entrad y bebed un trago! ¡El caballero invita!

Detrás de la barra, el Hombre Malo de Bodie reía entre dientes mientras ponía dos vasos más sobre el mostrador. Avery fue hacia las puertas, las abrió y gritó de cara a la calle:

—¡Venid todos! ¡Bebida para todo el pueblo! ¡El caballero invita!

El Hombre Malo rio, pero afuera todos echaron a correr; podían verse, por debajo de las puertas, cómo corrían los pies sobre el inmundo suelo. El único al que Avery consiguió hacer entrar fue a Jack Millay, que nos había seguido hasta el porche y nos estaba observando por encima de las puertas de vaivén cuando Avery voceó la invitación. Avery empujó a Jack hacia dentro, y en aquel momento tuve la certeza de que el pueblo, a excepción de los que nos hallábamos en el *saloon*, había quedado vacío.

Era una celebración. Avery, Jack Millay y yo permanecíamos de pie frente a la barra mientras el hombre nos servía. Molly estaba sentada en una de las mesas con los ojos clavados en Flo, con los nudillos en la boca. El hombre salió de detrás del mostrador para servirle una bebida, que llevaba en una bandeja, haciendo una burlesca reverencia, como si fuera un elegante camarero del Este. Ella miró hacia otra parte y ni siquiera se movió cuando él cogió el borde de su falda entre dos dedos, la levantó y se la echó sobre las rodillas. Avery rio la gracia, lo mismo que Jack, y el hombre retrocedió unos pasos para contemplar un momento a la mujer con una risa ahogada. Volvió luego detrás de la barra y levantó su vaso hacia ella.

El Hombre Malo bebía el licor de Avery como si fuera agua, y cada vez que se lo escanciaba nos lo servía también a nosotros. Los otros dos seguían su ejemplo, pero yo echaba cada vez la bebida por encima del hombro. Finalmente, el hombre me vio hacerlo, y entonces rompió el cuello de una botella por destapar, me llenó el vaso con lentitud y levantó el suyo hacia mí mirándome a los ojos. Vi que era más joven de lo que me había parecido. Su piel se veía muy roja debajo del pelo de la cara y, en una de sus mejillas, destacaba una gran cicatriz; en cuanto a sus ojos, parecían los de un caballo desbocado. Mi mano se movió instintivamente hacia mi revólver; eso podría haber creído yo mismo. Pero, en vez de eso, fue hacia el vaso de la barra; en aquel instante, me sentí con ganas de agradar al hombre; estaba casi contento de beber con

él.

A partir de entonces, el hombre rompía el cuello de una botella para cada ronda. Una de las veces, mientras Avery se llevaba la bebida a la boca, alargó el brazo como movido por un resorte y golpeó con fuerza su vaso con la base de la mano. Avery, echado hacia atrás, hizo lo posible por recuperar el equilibrio mientras escupía dientes y sangre y, aun así, hacía lo posible por reír. Poco después, el hombre fijó su atención en el muñón de Jack Millay y, como pasmado y con los ojos abiertos de par en par, levantó una botella llena de whisky y la bajó, con un tremendo golpe, sobre lo que quedaba del brazo. Jack perdió el color y se deslizó hacia el suelo.

Supongo que entonces me habría tocado a mí, pero su mirada tropezó de nuevo con Molly, que seguía sentada en el mismo sitio en que la había dejado. Lanzó el alarido de los rebeldes y subió de un brinco sobre la barra.

—¡Blue! —gritó Molly.

La chica empezó a poner mesas y sillas entre ellos dos, mientras el Hombre Malo reía y echaba a un lado los muebles; Jack Millay estaba fuera, en el porche, y Avery, que se había desplomado al pie de la escalera, lloraba mientras intentaba limpiarse con la mano la sangre del delantal. El hombre cogió a Molly por la muñeca y, casi al mismo tiempo, disparé, exasperado, desde el otro extremo de la sala; él, agachado delante de ella, me devolvió los disparos. De no ser por los tirones y empujones que le daba Molly, seguramente me habría matado; de todos modos, no pude evitar que el fuego de su revólver me fuera empujando hacia las puertas, hasta que, rodando, fui a parar al suelo del exterior. Entonces, oí acercarse su risa. Venía hacia donde me encontraba. Recogí mi sombrero y eché a correr, tropezando aquí y allá, calle abajo, manteniéndome encogido junto a los porches. Ahora, el hombre había llegado a las puertas y, desde allí, no paraba de dispararme; las balas daban contra el suelo, muy cerca de mis talones, silbaban a lo largo de los porches, a mi lado. Entonces fue cuando se me ocurrió que necesitaba salvar los registros que tenía en mi escritorio, que necesitaba ir a mi cuarto, al otro lado de la calle, y poner aquellos libros a buen recaudo. Pero parecía que el hombre hubiera adivinado mi pensamiento, pues sus balas rasgaban en aquel momento la tierra a mi derecha y me obligaban a seguir en línea recta. Y así fue como, cojeando por el dolor de mi caída, tropezando, con el corazón oprimiendo mis entrañas como una garra, sin detenerme ni un instante, llegué a la llanura, donde estaban todos los demás.

Allí nos quedamos todos, esparcidos por el llano, mirando hacia el pueblo —el pequeño Jimmy Fee, John Bear, Ezra y todos los demás—; algunos, bien pertrechados; otros, junto a un caballo o un carricoche con fardos; y otros, como yo, sin nada. El cielo estaba cubierto de espesas nubes, soplaba el viento y, aunque no era mucho más tarde del mediodía, había oscurecido notablemente. Nos quedamos mirando hacia el pueblo durante largo tiempo. De vez en cuando, oíamos un grito o algo que se rompía o se desplomaba: pequeños ruidos cuando llegaban a la llanura. Y después, tras un largo silencio, comenzaron a salir llamas del *saloon*. Frente a este, el

caballo de Hausenfield tiraba de su atadura relinchando. Entonces, el Hombre Malo salió del Sol de Plata llevando una silla que era puro fuego. Ululó y la lanzó al otro lado de la calle, con lo que la silla aterrizó en el porche de mi casa, frente a la puerta del despacho. Después, vio algo que le hizo cruzar la calle corriendo. Era la escalera de Fee, que todavía estaba apoyada en el establo, donde este la había dejado. La cogió y con ella fue atravesando todas las ventanas. Cuando el viento hubo avivado las llamas en el fuego prendido en ambos lados de la calle y no quedaba ya casi nada sin arder, utilizó la escalera para derribar los pilares de los porches, apartándose de un brinco y gritando cuando la ardiente madera caía en la calle.

Como el caballo bayo estaba enloquecido de terror, decidió desatarlo y montar en él, y el animal lo llevó hacia las rocas. No vimos al hombre durante un buen rato, pero por fin Ezra Maple señaló hacia las colinas: iba camino ya de la mina, iluminado momentáneamente por el fuego que había dejado allí abajo, detrás de él; avanzaba a través de la piedra sin mirar siquiera hacia atrás. Desapareció de nuevo, y ya no volvimos a verlo, a pesar de que esperamos lo suficiente para asegurarnos de que se había ido definitivamente. Por fin comenzó a llover, a cántaros, y permanecemos largo tiempo mirando cómo la lluvia caía en el fuego, y cómo el fuego lamía la lluvia.

El Sol de Plata destacaba con las llamas más brillantes y el humo más limpio. Un par de veces, parte de su techo saltó por los aires a mayor altura que el fuego; debían de ser los barriles de alcohol de Avery. Al cabo de un rato, la lluvia comenzó a amainar. Volvió el viento, y ráfagas de humo vinieron a morir en la llanura. A poca distancia de mí, a mi izquierda, el mayor Munn, el que gustaba de llamar «hija» a Molly Riordan, estaba de pie sobre su carro —un gran tablón sobre cuatro ruedas— con el brazo levantado. El encorvado viejo de largos bigotes gritó al humo y al fragor que nos traía el viento:

—Si te hubiera tenido frente a mí en Richmond, te habría puesto una bala en un ojo. ¡Pobre de ti! Yo había matado a veinte como tú cuando aún no tenía tu edad. —Y prosiguió con su voz aflautada—: Que el sol te derribe en las malas tierras y no te deje morir hasta que la mierda de los perros de las praderas llene tu boca y las garras de los cuervos estén clavadas en tu vientre. Que tu verga se fría en el Infierno y tus huevos se consuman hasta quedar como guisantes. Que el tuétano hierva en tus huesos y tus ojos se derritan en sus cuencas por lo que has hecho aquí... ¡Que Dios te maldiga! ¡Que Dios te maldiga!

Sacudía el puño hacia el pueblo, pero, por un momento, tuve la sensación de que era a mí a quien maldecía.

Luego el estruendo del incendio ahogó sus palabras, y una ráfaga de humo lo ocultó de mi vista. Cuando el aire se aclaró de nuevo, vi que el mayor no estaba detrás del caballo, sino en el suelo, debajo de él. Corrí hacia el viejo: había caído cuando el animal había arrancado repentinamente; su puño aún estaba rígido, había espuma en sus labios y un estertor en su garganta. Le puse la mano encima. Sus ojos se abrieron, me miró y murió.

Alguien, inclinándose por encima de mi espalda, dijo:

—Bueno, ahora podré decir que he visto morir a un elefante.

Vinieron otros para ver al mayor, y ello fue suficiente para romper el hechizo del fuego. La gente comenzó a sujetar los arreos y a asegurar las cinchas. Al cabo de pocos minutos, la mitad de la población desapareció en la llanura; solo las mujeres siguieron mirando atrás desde las carretas.

La lluvia no hizo disminuir la intensidad del fuego, pero interrumpió el viento, lo que salvó dos estructuras: detrás de lo que había sido la casa de Hausenfield, el tosco molino de viento sobre su pozo aún se mantenía en pie; y, en el extremo del pueblo, cerca de las rocas, la choza del indio había quedado intacta.

Cuando volvió a salir el sol, todo había desaparecido, excepto algunos pilares que aún quedaban en pie, carbonizados y medio comidos por las llamas, y también algunos lados de casas medio quemadas donde Fee había empleado madera verde.

Cuando regresé, algunos pequeños fuegos ardían aún a ras de tierra y el humo se elevaba de las ruinas casi en línea recta hacia el cielo. La calle estaba cubierta de cenizas, y doquiera que uno mirara había ratones corriendo en círculo, docenas de chirriantes y desgraciados roedores retorciéndose en el inmundo fango, sacudiéndose desde sus vientres a sus espaldas. Un conejo daba saltos en el aire, intentando salir de un revoltijo de vigas convertidas en brasas, pero no podía saltar con la eficacia que quería. Casi estuve esperando que Jack, el de un solo brazo, viniera a tirarme de la manga para decirme lo que le gustaba el panorama.

Andando con altos y cuidadosos pasos sobre los escombros, encontré mi escritorio de costado y humeando. Los cajones habían arduo por completo y solo pude encontrar sin quemar las tapas de mis libros. Mi colchón también había desaparecido; era un colchón de hojas de maíz, el mejor en que había dormido en mi vida. Además de estas cosas, lo único que pude identificar fue un trozo de manta marrón. Había comprado el escritorio, la manta y los libros de registro a un abogado que había pasado por allí un año antes y que se había desprendido a cualquier precio de cuanto poseía para seguir, completamente libre, su camino hacia el campamento minero y los filones.

Después de dar varios puntapiés en los escombros, vi, por último, algo más: tenía la costumbre de guardar mi fortuna, consistente en dos bolsitas de polvo de oro, bajo el suelo de mi despacho, pero las bolsas habían desaparecido y el polvo de oro se había convertido en dos bolas sólidas. Aquellas grandes pepitas se habían quedado allí como los huevos de alguien, perdidos en la catástrofe. Había otras personas que hurgaban entre los cascotes por toda la calle, y me pregunté qué habría dicho cualquiera de ellas si hubiese encontrado aquel par de pelotas separadas de su dueño de aquella manera. Probé a coger el oro, pero se desmenuzó y desparramó, y solo pude guardar en mis bolsillos el poco que conseguí pellizcar. No intenté recuperar el resto, pues, con solo haber permanecido unos cuantos minutos en aquel humo y aquel calor, ya tenía la cara mugrienta, los ojos llenos de lágrimas y las ropas casi secas, a pesar de que la lluvia me había dejado empapado. Se levantaba por todas partes una terrible peste que me hacía recordar a los que yacían bajo el Sol de Plata.

Todo lo que quedaba del *saloon* eran los tres escalones que conducían al porche, aunque había algo de fuego debajo de ellos. Un poco más allá, donde se había levantado la tienda de Ezra Maple, este estaba haciendo inventario, empujando y apartando tablas de madera, o lo que quedaba de ellas, y pateando sus mercancías, echadas a perder. Fue él quien vio a Molly en el suelo, detrás de los escombros del *saloon*:

—¡Blue! ¡Mira aquí!

Estaba tumbada boca abajo; había desaparecido toda la parte trasera de su vestido, quemada. Me arrodillé a su lado, y, después de examinarla detenidamente, me cercioré de que respiraba.

—Está viva —dije a Ezra.

—Bien, ¿y qué piensas hacer?

—No podemos dejarla aquí en este estado.

Me enderecé y vi a John Bear, que regresaba, empujando su *travois* calle abajo, hacia su choza. Lo llamé a gritos, pero no se volvió, por lo que tuve que correr hasta alcanzarlo. Los tres cogimos a Molly por las manos y los pies y la llevamos a la cabaña del indio. La parte delantera de su vestido colgaba como una bandera.

—Espera un momento —dijo Ezra, deseando parar—, esto no es decente.

—No podemos cubrirla —señalé—, tiene toda la espalda quemada.

Molly estaba cubierta de ampollas desde las paletillas hasta los tobillos. La dejamos sobre la dura tierra dentro de la choza de Bear, y luego el indio salió para ir a buscar agua al depósito de Hausenfield. Cuando volvió rascó el suelo de su choza e hizo un montón con la tierra obtenida; luego le echó agua hasta convertirla en una pasta clara, la cual roció después con algo que guardaba en un bote, tal vez bicarbonato de cocina; esparció entonces la mezcla por la espalda de Molly, sobre sus caderas y piernas, y la cubrió con unas hierbas planas que tenía. John Bear era un verdadero médico; no había la menor vacilación en sus movimientos. Cuando el indio terminó, Molly se puso a gemir. Sus quejas no sonaban mal, pero no me gustó escucharlas. Caminé hacia el exterior y una sombra pasó sobre mis ojos.

No sé de dónde vienen los cuervos, pero lo que sí que sé es que nunca llegan tarde. Tres o cuatro de ellos volaban ya en círculo sobre el pueblo; y unos cuantos más, sobre la llanura. Yo había dejado el cuerpo del mayor en el mismo sitio donde había muerto, contra una rueda trasera, para que su jaca no pudiera correr. Pero uno de aquellos pajarracos extendió sus grandes alas y se posó en el carro, lo que hizo dar un respingo al animal. Un segundo después, oí su relincho, momento en que comenzó a encabritarse; la rueda pasó sobre el mayor, y la jaca se puso a trotar libremente hacia el pueblo, tirando del carro, dejando al viejo expuesto a los cuervos. A unos cien metros de aquel lugar, hacia el este, el pequeño Jimmy Fee corría alrededor de la sepultura de su padre moviendo los brazos, como si las sombras de los cuervos fueran telarañas en sus cabellos.

Me dirigí corriendo al extremo de la calle y cogí al caballo por la brida, le hice dar la vuelta, subí al carro y lo hice regresar a la llanura. Los cuervos seguían extendiendo sus alas sobre el mayor Munn y revoloteaban en el aire. Ya le habían abierto una sangrante herida en el cuello. Levanté al hombre y lo puse en el carro, sentándolo entre sus pertenencias. Había una manta y se la eché encima. Entonces, conduje el carro hacia Jimmy Fee. Habían llegado algunos otros cuervos, y ahora rodeaban de más cerca la sepultura de Fee. Hausenfield no había cavado muy profundamente. El muchacho estaba acurrucado sobre la tumba con las manos sobre la cabeza; lloraba y gritaba, aunque apenas se había lamentado cuando Fee murió.

—Sube aquí, muchacho —le dije sin dejar las riendas—. Sube aquí, a mi lado.

Pero él no hizo más que llorar con más fuerza. Tuve que bajar, cogerlo en brazos y llevarlo sobre mis rodillas durante todo el camino al pueblo. No paraba de llorar y

decir:

—Se comerán a mi padre..., esos pájaros se comerán a mi padre...

Entonces, me di cuenta de que lo primero que debíamos hacer era enterrar a los muertos. Alguien disparó y lanzó una maldición en la calle, y un coyote echó a correr velozmente hacia las rocas.

Ezra encontró una pala de su tienda de la que solo se había quemado un poco el puño, y yo me hice con un herrumbroso pico al pie del molino de Hausenfield. Para que Jimmy Fee tuviera algo que hacer le dije que buscara una herramienta con la que él también pudiera cavar, y el chico tropezó con la sartén del indio entre el fango, más o menos donde la había lanzado el Hombre Malo. Aunque hubiéramos tenido diez palas nuevas, de nada nos habrían servido, pues solo dos hombres, además de Ezra y de mí, se mostraron dispuestos a cavar. El resto de los que habían vuelto al pueblo llenaban las albardas de sus caballerías o cargaban sus carricoches con lo que les había quedado y se marchaban de uno en uno o de dos en dos.

Opté por cavar en la llanura, haciendo las fosas en línea, comenzando por la de Fee. No hay trabajo más duro que el de excavar una sepultura. Aunque la lluvia había ablandado la tierra, estuvimos turnándonos varias horas con el pico y la pala en un trabajo agotador hasta que hubimos abierto las cinco fosas. Los cuerpos que habíamos recogido yacían bajo mantas. Cuando llegó el momento de volver a enterrar a Fee, no quise allí al muchacho. Le dije que se marchara y esperamos a que lo hiciera. Se fue andando, volviéndose a cada momento para mirarnos. Por fin, se puso en cuclillas en el borde de la llanura, sin adentrarse en el pueblo, porque, supuse, los cuervos estaban todos en la calle, comiéndose al ruano muerto.

Hicimos lo que debíamos hacer. Los dos hombres que estaban junto a Ezra y junto a mí montaron a caballo y se marcharon hacia el sur. Todos los demás ya se habían ido. Me limpié el sudor de la frente con la manga; el sol ya había bajado hacia poniente, pero tenía calor. Me dolían los pies y me molestaban las moscas que zumbaban alrededor de mi cabeza.

—¿Decimos algunas palabras, Ezra?

—Sí, claro...

—¿Qué podemos decir?

Él se quitó el sombrero y yo me quité el mío, y nos quedamos mirando la tierra recién removida: hay una gran vergüenza humana cuando la gente muere inesperadamente. Es como si su vida se hubiese malogrado. Pensé en Fee, que tenía sus esperanzas puestas en la madera; y en el gordo Avery, siempre preocupado por su establecimiento; y en el lisiado Jack, con su único brazo y su interés asimétrico por las cosas; pensé en el viejo mayor, que se ponía el uniforme todos los domingos; y pensé en lo interesada que algunas veces podía ser Flo, aquella chica de rodillas carnosas. Ya hacía un año que vivía en aquel lugar y los conocía a todos. Detrás de mí, el pueblo eran solo ruinas, ¿y quién recordaría, dentro de otro año, que había

existido o que la gente que ahora estaba en aquellas tumbas había vivido?

Volvió a mi recuerdo el Hombre Malo, con su risa entre dientes, y reviví la sensación de mi temerosa mano optando por el vaso que él me ofreció. Yo, veinte años atrás, había enterrado a mi joven esposa después de que el cólera acabara con ella, y la misma rabia subió entonces a mi garganta por culpa de algo que era demasiado fuerte para mí, por culpa de algo con lo que no podía luchar.

Dando un puntapié a un terrón, Ezra soltó:

—Bueno... El Señor dice que benditos sean los mansos porque ellos heredarán la tierra.

Regresamos y fuimos enseguida al pozo de Hausenfield para lavarnos y quitarnos la tierra de las sepulturas. Jimmy Fee nos siguió y permaneció acurrucado con la espalda contra el pie del molino de viento. No nos miró ni se lavó.

Desde donde me encontraba, vi que no podíamos dejar el ruano muerto en medio de la calle. Ahora lo cubrían los pajarracos, y yo sabía que, tan pronto como estos emprendieran el vuelo, lo cubrirían las moscas color verde botella. Cuando terminé de lavarme, le dije a Ezra:

—Creo que la mula y la jaca del mayor podrían, juntas, arrastrar esa carroña fuera de aquí.

—¿Adónde?

—A una milla de distancia, por las rocas.

—Eso es una tontería —dijo Ezra—, a menos que quieras quedarte.

—Yo sí.

Esperaba que él también decidiese quedarse. Me miró.

—El pueblo ya no existe, Blue.

—Verás, no lo sé —dije—. Tenemos un cementerio. Esto puede ser el comienzo de una ciudad, al fin y al cabo.

Ezra se echó medio cubo de agua sobre la cabeza y se secó con un andrajo, y lo mismo hizo con sus brazos y manos.

—Blue, yo vine al Oeste procedente de Vermont. Allí, en aquella tierra, tienen árboles.

—¿De veras?

—El agua brota de las rocas, hay muchas oportunidades, y basta con ser medio hombre para prosperar en la vida sin muchas preocupaciones.

—Sí, es lo que una vez me dijeron de aquella tierra.

—Ajá. Yo me vuelvo a Vermont.

Ezra era un hombre de cara larga, más alto que yo, cargado de espaldas y con unos ojos que parecían los de un perro sabueso. Se puso su levita y se volvió para mirar la negra y humeante calle, así como las áridas extensiones que había más allá de ella:

—De veras, te lo digo yo: si la sequía no acaba contigo, o si la ventisca no te

quita de en medio, entonces llegará algún diablo con el alma llena de alcohol y una pistola en la garra para liquidarte.

Fue hacia su mula, aseguró la silla y subió a ella. Con sus espaldas cargadas, su larga levita y sus tristes ojos, Ezra no se veía muy elegante a lomos de una mula.

—Hay otros pueblos en el Oeste —dijo—. No puede decirse que un hombre esté en sus cabales si no sabe cuándo hay que marcharse a otro sitio.

—Ezra, me he pasado la vida yendo de un lado para otro. He conducido ganado de Texas a Kansas. He sacrificado toros para Russell y Waddell. He practicado la minería de lavado por mi cuenta en las Black Hills. He tomado parte en espectáculos cómicos en Cheyenne y he jugado al póquer en Deadwood, en Leadville y en Dodge. He recorrido todo el Oeste, como una piedra en una artesa, y si crees que este lugar no es bueno para quedarse en él, puedo asegurarte que tampoco lo es ningún otro.

Ezra miraba a Jimmy Fee:

—Ven conmigo, si quieres, hijo. Te enseñaré a cuidar de una tienda.

Jimmy estaba sentado sobre sus nalgas, hurgando el fango con una ramita.

—Como queráis —dijo Ezra. Hostigó a la mula con los pies y se marchó.

En cuanto a mí, no podía perder el tiempo mirando partir a Ezra; solo me quedaba una hora de luz para hacer algo con aquel hediondo caballo. No podía moverlo de allí sin otra ayuda que la de la pequeña jaca; me pareció, pues, que lo único posible era echarle tierra encima y hacerle un túmulo. Así que amontoné tierra y cenizas a lo largo de su espalda y lo fui cubriendo. Sobre mi cabeza se cernían los cuervos, no muy complacidos. Además, cada vez que echaba una palada sobre la carroña, una horda de moscas se levantaba zumbando a mi alrededor.

Terminé al ponerse el sol. Me dolía la espalda. Me la restregué un poco. Fue entonces cuando advertí que el revólver había desaparecido de mi cinturón. Primero pensé que se me había caído, pero enseguida me di cuenta de que Jimmy no estaba por allí. Me dirigí a la choza del indio.

John Bear estaba de rodillas haciendo más emplasto medicinal. Molly lloraba sobre la estera de piel de búfalo. En un rincón, había una lámpara de petróleo, pero del muchacho, ni rastro. Salí y miré hacia las rocas. Sí, allí estaba, gateando camino arriba, empuñando en una mano mi revólver: iba en busca del Hombre Malo de Bodie.

No fue tarea fácil conseguir que volviera; tuve que hacerlo de modo que no se hiriera a sí mismo, o que no me disparara a mí, mientras intentaba alcanzarlo por aquel abrupto sendero. Por fin, lo pillé; lo agarré por detrás y lo llevé en brazos hacia abajo. Él no paró de patalear y de intentar arañarme. Pesaba poco pero luchaba con brío, y no comenzó a lloriquear hasta que lo eché en un rincón de la choza de Bear.

Me senté para recuperar el aliento. Entre tanto, Bear había encendido un pequeño fuego en un hoyo y, a su luz, vi que Molly volvía la cabeza, con un lamento en la garganta, y clavaba en mis ojos una terrible y verde mirada. Un momento después, volvía a llorar, y el chico también, mientras el viento gemía a través de los tablones

de la cabaña y contribuía a formar un horrible coro de fantasmas. Ante tanta desgracia y aflicción en tan poco espacio, pensé, por un segundo, en levantarme, salir de allí y alejarme con la mayor rapidez posible a lomos de mi jaca. Pero no tenía posibilidad de hacerlo. Al menos no más que la que tenían Fee, Flo y los demás de salir de sus tumbas: al matarlos, el Hombre Malo les había clavado para siempre en aquella tierra; a mí me había clavado en ella al dejarme con vida. No tardé mucho en oír a los coyotes que bajaban de las rocas y pasaban junto a la choza para dirigirse, anhelantes, hacia el caballo muerto. Gruñían y escarbaban. Cuando miré por la puerta, pude ver cómo sus sombras levantaban tierra por todo el montículo que yo había hecho. Seguía saliendo humo de los escombros, ahora azul a la luz de la luna, y los rescoldos lucían en la tierra como mirillas al Infierno.

Suele decirse que Sam Colt, al inventar su revólver, hizo a todos los hombres iguales. Pero si fuera verdad, nuestro pueblo no habría ardido. Si fuera cierto, el Hombre Malo habría recibido sepultura con los debidos honores y se habría remitido a la Oficina Territorial el informe pertinente. Habría muerto con un agujero en el pecho, o en la espalda, y el que lo hubiera liquidado habría sido invitado por Avery a tomar un trago, tal vez, incluso, con la acogedora sonrisa de Flo y Molly. Colt dio un revólver a cada hombre, pero a cada cual le toca apretar el gatillo por su cuenta.

Más de una vez, durante aquella larga y fría noche, creí que el Hombre Malo había vuelto. La jaca del mayor, atada fuera, relinchaba o bufaba, o alguna piedra rodaba hacia abajo procedente de las rocas, o Molly se ponía a gritar como si él estuviera cruzando la puerta. Pero, en realidad, no tenía ningún motivo para volver: al llegar el día, salí para desentumecerme los pies pateando el suelo, y mis ojos se sobresaltaron al ver solo aire donde antes estaba el pueblo. El frío amanecer no tenía ningún obstáculo por encima de la tierra carbonizada, la llanura comenzaba en el horizonte y se extendía hasta donde yo me hallaba. No se veía un alma.

Me sentía torpe, dolorido y tenía legañas de no dormir, y la primera bocanada de aire que tomé de aquella helada mañana me dolió en el estómago. Me dirigí a las ruinas de la tienda de Ezra Maple y me puse a hurgar en ellas. Jimmy Fee se despertó, salió de la choza y se quedó mirándome mientras orinaba en plena calle. Tenía los ojos muy separados, como los de su padre; la misma expresión del rostro de Fee, que parecía decirte que te admitía y te comprendía, a pesar de que no hacía preguntas. Iba necesitando un buen corte de pelo, pues su cabeza ya casi parecía más grande que su cuerpo.

—¿Tienes hambre? —le grité, pero no me contestó.

Dos maderos caídos habían quedado inclinados el uno contra el otro, como dos manos tocándose por la punta de los dedos. Debajo de ellos, entre la ceniza, encontré manzanas secas y guisantes. Los guisantes estaban bien tostados.

—Jimmy, mira por ahí... A ver si encuentras una cafetera, muchacho, o algo que se le parezca —dije.

Era el modo adecuado de hablarle; fue directo al asunto. No había aún recogido un puñado de guisantes de las cenizas cuando él ya corría hacia mí con una buena cafetera. Le echamos agua para limpiarla del hollín que tenía, encendimos un fuego con las cerillas que yo llevaba en el bolsillo e hicimos café de guisantes. Junto con las manzanas, no estaba mal para engañar al hambre, pero tenía suficiente mal gusto como para hacerme recordar todo el buen café que había tomado en mi vida, amén del buey, el tocino y el pan que había comido.

Llevé una parte del desayuno a la choza, pero Molly estaba dormida. Había llorado sin parar casi hasta el amanecer. Estaba echada boca abajo, con los brazos

extendidos delante de ella, blanca y delgada, y con las puntas del pelo, ahora mate, sucias de fango, el fango medicinal de Bear. El indio estaba sentado al lado de la chica, masticando algún grano seco. Dejé la cafetera y las manzanas en el suelo y volví al exterior, a rescatar más cosas con el muchacho.

En lo que había sido la tienda de Ezra, recuperamos dos botes de leche chamuscados, una lata de tomates, una caja de cartuchos del 45, la cabeza de un martillo, un puñado de clavos de herradura y un buen pedazo de jabón de lejía. De los restos del Sol de Plata, escogimos un tramo de balaustrada, tres lámparas de petróleo —una con el cristal sin romper— y gran cantidad de botellas ennegrecidas y vasos descantillados. En otra parte, encontramos una silla de montar chamuscada y una estufa redonda, intacta. Jimmy incluso dio con un almanaque que solo se había quemado en los bordes. Mientras buscábamos, el sol se fue alzando y calentando cada vez más, y me quitó el frío de la espalda. Hacia el mediodía, teníamos ya un montón de cosas útiles ante la choza de Bear.

Pero yo no quería pasar otra noche allí dentro. Volví a entrar para ver si Molly había despertado. Líneas y manchas de luz, proyectadas por las rendijas del techo y las paredes, se dibujaban en el suelo; una franja luminosa cayó sobre sus ojos abiertos al volverse hacia mí. Tenía mal aspecto. Su cara estaba tan demacrada que se le marcaban los huesos y las azules venas debajo de su piel. La comida que yo había dejado a su lado estaba intacta. No sabía qué decirle, no sabía lo que ella me contestaría, pero, al fin, me decidí:

—Molly, voy a excavar un refugio para guarecernos allí, cerca del pozo. La tierra es la única cosa que nos sobra, por lo que unas buenas paredes erigidas en ella serán una mejor protección contra los elementos que estos tablones.

Por un segundo, creí que había muerto. Estaba tan quieta... Entonces, susurró algo. Me incliné hacia ella para escucharla:

—Un hombre, una vez, me regaló un dije. Con una cadena. Se lo dejé al mayor, para que me lo guardara.

—Molly, he de decirte que el viejo murió —le contesté en voz baja.

—Ah —sus ojos se cerraron—, sí, ya lo sabía...

—Probablemente murió de un ataque. Estaba maldiciendo al Hombre Malo. Espera...

La jaca estaba en la llanura, paciendo a base de lo que podía, pues yo, con tal intención, había enviado al animal montado por Jimmy hasta allí, después de nuestra operación de rescate. Pero el carro del mayor había quedado fuera, cerca de la puerta; no tuve que buscar mucho para encontrar, debajo del asiento, un cofrecillo de madera tallada que contenía cosas privadas: botones de nácar, un caja de cera para el bigote, un cuello de camisa, una medalla de la Unión y una pequeña cruz con su cadena.

Le llevé la cruz a Molly. Tendí la mano hacia ella, ofreciéndole el pequeño tesoro, y ella alargó la suya y lo cogió cuidadosamente con sus largos dedos, tras lo cual oprimió con fuerza la cruz en el puño cerrado y volvió a bajar la cabeza para dejarla

descansar de lado sobre sus manos. Luego sonrió. Aquella sonrisa hizo brincar mi corazón. Le pregunté si quería comer algo.

—¿Ahora cuidas de mí, Blue? —me preguntó suavemente.

—Sí, Molly, si me lo permites.

Sin dejar de sonreír, me dijo entonces, tan bajito que tuve que inclinarme hacia ella y poner la oreja casi sobre sus labios:

—Señor alcalde, si ahora tuviera aquel cuchillito, no lo dejaría caer. Te lo clavaría, y disfrutaría viendo correr tu sangre cobarde.

Por un momento, no comprendía, no podía conciliar esas palabras con la sonrisa de su cara. Pero la observé y vi lo que tenía de dulzura: estaba llena de odio. Me sentí como si acabara de ser lanzado al suelo por el zarpazo de un gato gigantesco.

Con una piedra, John Bear removía de nuevo la tierra de su huerto. Pasé por su lado. No nos dijimos nada. Fui hacia el caballo muerto. La pala estaba donde yo la había dejado, con la parte cóncava hacia arriba, junto al túmulo. Los coyotes habían escarbado profundamente en un lado del montículo de tierra y habían devorado allí la carroña hasta el hueso. Sabía que volverían por la noche para comerse el resto, pero, fuese como fuese, me sentí obligado a cubrir de nuevo con tierra la parte descubierta. Se apoderó de mí una terrible sensación de desamparo. En medio de aquella ruina y desolación, noté en mis huesos el peso y el dolor de todos mis años. Me sentía con ganas de sentarme donde estaba y quedarme allí hasta que se me acabara la vida. ¿De qué podía servir cuanto siguiera haciendo? La mujer que yacía en la choza de John Bear ya no era Molly, lo que había sucedido en el *saloon* de Avery jamás podría deshacerse. A veces, la única esperanza que tenemos es la de pagar las deudas que nuestros fracasos nos han hecho contraer; Molly había quemado todas mis esperanzas.

Las manos me dolieron al volver a coger la pala; estaban hinchadas y llenas de ampollas de tanto cavar sepulturas el día anterior; fue solo la necesidad de auxilio en que se hallaban aquellos pobres lo que me hizo agarrarla tan fuerte como pude y dirigirme con ella hacia el molino de viento. Y por ninguna otra razón que la de convencerme de que podía soportar el dolor que me punzaba brazos arriba, clavé la pala en la tierra y comencé a excavar el foso que nos serviría de refugio.

Aquel molino era la única cosa de valor que había dejado intacta el Hombre Malo. Hausenfield había pagado para que le perforaran el pozo, y había recuperado los gastos cobrándole el agua a todo el mundo. Si no se empleaba la excelente agua del pozo del alemán, solo quedaba la alternativa de aprovechar el agua de lluvia que se pudiera recoger o de hacer una larga excursión, trepando por las rocas, hasta llegar a un manantial de escasísimo caudal. Por lo tanto, la mayor parte de la gente pagaba. Fee había descubierto cuál sería su negocio en el pueblo cuando construyó el establo de Hausenfield. Avery sacaba partido de sus muchachas. Algunos otros cogían el agua que necesitaban cuando Hausenfield no miraba. Marqué un cuadro de ocho pies de lado cerca del molino de viento y lo empapé con cubos de agua. Excavé bloques

de tierra, de cierta consistencia por la hierba y raíces que llevaban adheridas, y fui apilándolos en los bordes del foso recién abierto. Seguí excavando hasta una profundidad de cuatro pies y apilando los bloques de tierra hasta la mitad, con lo que, cuando el refugio estuviera cubierto, uno podría permanecer dentro de pie, bajo un techo que lo cobijara, a condición de que no le diera por estirar los brazos para desperezarse. Jimmy Fee llegó a lomos de la jaca y le dio de beber. Sin soltar la brida, se quedó mirando como cavaba.

—¿Qué hace? ¿Otra tumba? —preguntó.

Sí, a mí me lo parecía. Pero dije:

—Amarra la jaca y mira a ver si encuentras trozos de madera que puedan romperse hasta la medida necesaria. Estoy haciendo una casa para vivir en ella.

A media tarde lucía un sol abrasador. Me quité la camisa, me até un trapo alrededor del cuello y, mientras trabajaba, fui levantándome el sombrero cada pocos minutos para permitir la entrada de aire. Casi no hacía viento, por lo que el nivel de agua del depósito había bajado, y tuve que trepar por la torre de madera para colocar las rechonchas aspas del molino hacia la dirección más adecuada. Tanto cavar y trepar me estaban agotando. Había trabajado toda la vida, pero el año que llevaba en el pueblo me había ablandado, cosa a la que creía tener derecho a mi edad. Ahora pagaba las consecuencias. Afortunadamente para mí, Bear, que había salido de su choza para dormir un poco a su sombra, vino luego hacia el foso y, sin decir palabra, se turnó conmigo con la pala. Creo que a él le gustaba tan poco tenerme en su casa como a mí estar en ella. La excavación se completó al anochecer.

Encontramos, entre los escombros, una tabla larga en bastante buen estado, y la arrastramos hasta lo alto de las paredes de tierra, dejándola en el centro de ellas para que hiciera de viga cumbre. Cuando estuvo en su lugar, coloqué los trozos de madera que Jimmy había recogido para que cubrieran los dos espacios entre la tabla central y las paredes de tierra. Luego puse otras maderas más pequeñas sobre las grietas. Después fuimos al terreno rocoso y trajimos brazados de maleza; con ella cubrimos todo el maderamen, y completamos nuestro trabajo cubriendo de tierra los hierbajos: allí teníamos nuestro refugio, con tejado y todo. Le faltaba, claro, una puerta para el agujero que habíamos dejado en un lado, pero aquello era un refinamiento que podía esperar. Lo que ahora quería era colocar la estufa en el interior y comer alguna manzana, y tal vez abrir un bote de leche. Así que le dije a Jimmy:

—Entra ahí y salta un poco, para apisonar la tierra.

A primera hora de la mañana había aprendido que el chico se comportaba estupendamente mientras se le fueran ordenando cosas. Durante todo el día, no había parado de decirle lo que tenía que hacer y él lo había hecho. Sin embargo, esta vez se quedó quieto con una expresión de ausencia en su rostro. Pensé que la oscuridad debía de recordarle a su padre, pero no: el muchacho señaló hacia la llanura y dijo:

—Por allí viene alguien.

Las nubes habían enrojecido sobre la llanura, y la oscuridad avanzaba con rapidez. Más o menos a una distancia de una milla hacia el sur, algo levantaba polvo y, al observarlo con más atención, vimos que era una carreta con techo de lona.

—Jimmy —grité al chico—, ponte al lado de la choza del indio, donde guardamos las cosas que hemos recogido. —Esta vez se movió—. ¡Y métete dentro de la camisa aquella caja de cartuchos!

John Bear entró en la cabaña y cerró la puerta. Yo me puse la camisa, me quedé frente al refugio y metí el colt en mi cinturón. La carreta siguió avanzando hacia nosotros, dando un topetazo al pasar por encima de las tumbas. Cuando llegó al borde del pueblo, el tiro —de seis caballos— moderó la marcha hasta un simple trote, y yo me pregunté qué clase de carreta cubierta podía necesitar seis caballos. Eran unos animales muy acostumbrados a su rutina. Fueron lentamente calle abajo como para permitir que el que los conducía se hiciera cargo del panorama. Entonces dieron la vuelta y arrastraron el traqueteante carromato hacía mí.

—¡Hola! —gritó el que los conducía.

Esperó tanto para tirar de las riendas que creí que pasaría de largo. Estaba sentado a una buena altura, detrás de sus caballos de vaporoso aliento; era un hombre corpulento, de una ancha sonrisa debajo de un frondoso bigote y que, a no ser por su camisa de rayas de mangas sujetadas con ligas, habría de pasar por un herrero. Volviéndose sobre su asiento, dijo a alguien de dentro de la carreta:

—¿Lo ves? No era un incendio de la pradera. ¿Dónde está la hierba para un incendio de la pradera?

—Vaya, vaya... Eres todo un genio, Zar —una voz de mujer salió del interior—, pero yo no veo que esto sea precisamente Culver City.

La vi surgir por detrás de su espalda. Lo que más me chocó fue que no llevase cubierta la cabeza con ninguna clase de cofia.

Los dos me miraron desde arriba.

—Amigo —preguntó el hombre—, ¿verdad que hay un campamento minero en esas colinas?

—Sí, me consta que hay uno —respondí.

—¡Ajá! No me equivocaba. ¿Y qué ha pasado, aquí?

—Un predicador... —dije—. Nos había amenazado con el fuego del Infierno. Rio. Pude ver el brillo de un diente de oro.

—Escuche, amigo. Hace dos días me dijeron que hay un campamento minero hacia el oeste, un buen lugar para los negocios. Pero el Oeste es muy grande, y ayer me perdí. Llovió, se hizo de noche y solo quedó una extraña luz al fondo del cielo. ¿Comprende lo que le digo? Todas las cosas tienen su lado bueno. Lo que para usted fue el incendio de un pueblo fue para mí una luz en la ventana. —El hombre sacudía todo su cuerpo al reír.

—No le haga caso al Zar —dijo la mujer—, es un rusazo.

—En efecto, lo soy —confirmó el hombre. Dejó su asiento y saltó al suelo. Me sorprendió su corta estatura—. Pasaremos la noche aquí, Adah, y mañana, hacia el oro.

La mujer desapareció dentro de la carreta.

—Bien, amigo, mis caballos tienen sed. ¿Es suyo aquel pozo? —me preguntó aquel hombre.

—Sí.

—Pago, desde luego. Es usted un superviviente de esto: necesitará provisiones.

—Tal vez.

Entonces me miró como si sus palabras escondieran un chiste final:

—¿Le gusta la carne? Tengo carne, de la buena.

Mientras hablaba, algo cayó de la parte trasera de la carreta. Luego alguien saltó fuera de ella; había obstáculos que me impedían ver bien, pero creí percibir lo suficiente para creer que se trataba de un muchacho. Al mismo tiempo, la mujer apareció en la parte delantera de la carreta y se deslizó con agilidad hacia el suelo, a pesar de la tremenda confusión de faldas.

—Adah, los caballos a beber —dijo el tipo—. Los demás montad la tienda detrás del refugio de tierra. Como en mi país..., dos casas hacen un pueblo.

Sin desenganchar el tiro, Adah condujo los caballos al barril de agua. Al apartarse la carreta, vi tres figuras de pie alrededor de un fardo de lona cuadrado. Había oscurecido y necesité algún tiempo para comprender que todas eran mujeres. Vi que una, con pantalones, la que había tomado por un muchacho, era china.

—¿Qué le parece mi rebaño de ganado selecto, amigo? —El Ruso me dio con los dedos en las costillas y rio ahogadamente—. Bueno, qué... ¿Agua por una buena res? ¿Hace?

—Oye, Zar —le espetó una mujer—, ¿no puedes esperar que pasemos tranquilamente cinco minutos en un lugar? Estoy segura de que le harías proposiciones a un cactus si te toparas con uno.

—Oye, Zar —le lanzó otra—, me parece que aquel chavalillo de allí abajo es más propio para el asunto que el tío con el que estás hablando.

La mujer china ahogó una risa mientras el Zar levantaba el puño y gritaba:

—¡Cierra el pico!

Pero yo mismo estuve a punto de reír. Me hallaba en aquel lugar sin otra cosa entre mi persona y mi suerte futura que la ropa que llevaba puesta; solo seguir vivo ya representaba para mí un tremendo esfuerzo, y surgía de la llanura aquel individuo para ofrecerme lujos... Meneé la cabeza. Le dije que prefería vituallas y quizás un poco de su alcohol cuando hubiera montado la tienda.

—Como usted quiera —repuso, encogiéndose de hombros.

Parecía decepcionado. Aquellas damas eran lo mejor que podía ofrecer de sus existencias. Fue hacia ellas, les lanzó algunos gritos y le dio un sopapo a la china en una oreja. Al cabo de poco, las mujeres montaban la tienda.

En cuanto a mí, fui a ocuparme de mis asuntos. Junto con Jimmy, llevamos nuestros bienes al interior del refugio. Conseguí que una de las lámparas funcionara, puse la estufa en condiciones y encendí fuego. Acabamos de apisonar el suelo y extendimos encima de él las dos mantas que habían pertenecido al mayor. Estuve pensando todo el rato en los alimentos que podía proporcionarnos el Ruso. No me hacía ilusiones sobre nuestra supervivencia contando tan solo con el puñado de guisantes tostados, las pocas manzanas secas y los escasos botes de leche que habíamos recuperado. Por otro lado, no me entusiasmaba la idea de salir a cazar perros de las praderas. Vaya con aquellos trotamundos... Cuanto más pensaba en ellos, más simpáticos me parecían.

Cuando acabábamos de arreglar las cosas en nuestro refugio, un ruido llamó nuestra atención. Jimmy asomó la cabeza por la puerta:

—¡Es allí, en casa del indio! —gritó.

Miré al exterior. Ya había oscurecido por completo. Había luces frente a la choza de Bear y se oía un gran griterío.

—Quédate aquí —le dije, y corrí hacia allí.

Las mujeres del Ruso, con sus oscilantes lámparas en la mano, estaban armando un buen escándalo. Dentro de la cabaña, John Bear yacía boca abajo en el suelo. El Zar intentaba coger en brazos a Molly, la cual no paraba de gritar y echar sus dedos a la cara del hombre para arañarlo.

—¡Alto ahí, déjela estar, caballero! —dije. Saqué mi revólver y lo apunté con él.

Se apresuró a dejar a Molly en el suelo y se volvió hacia mí, aunque sin dar muestras de haber advertido que tenía delante el cañón de una pistola.

—Vaya, amigo... Mis chicas vienen a darse una vuelta por aquí, para decir «hola» a los vecinos, y se encuentran con este salvaje.

—Es el colmo —soltó Adah—, ahí sentado en el suelo y mirándole el culo. ¡Nunca había visto cosa semejante!

—Si seréis hijos de puta... —dijo Molly, entre gemidos.

—Esto no se ve en ninguno de los sitios en que yo he estado —apuntó una de las mujeres—. Ningún maldito indio...

—Esta señora tiene quemaduras graves —apunté.

—Bueno, muy bien, si es así, podemos llevarla a la tienda y cuidar de ella.

—¡No me toquéis! —gritó Molly—. ¡Fuera de aquí! ¡Apartaos de mí!

—Bueno, al menos, la chica es agradecida —señaló Adah.

—El indio es muy buen médico —dije.

El Ruso levantó sus frondosas cejas.

—¿Médico?

—Ha estado curando a Molly, cuidando de ella.

—Vaya, pues creo que lo he matado de un puñetazo. Le di en el cuello.

Me arrodillé para observar a Bear. No estaba muerto; solo aturdido. Lo ayudé a incorporarse y se quedó sentado en un rincón.

Entre tanto, Molly decía:

—¡Saca a esas furcias de aquí, apártalas de mí, por Dios!

—Querida mía —le dijo una de las mujeres—, ¿no ves que estás cubierta de asquerosa medicina de piel roja? No me extraña que te quejes de este modo. Ahora vendrás con nosotras y Adah te limpiará y te cuidará mejor.

Creí que a Molly iba a darle un ataque. Gritaba y golpeaba el suelo con los puños:

—Por el amor de Dios, me moriré si esas me tocan. Oh, Dios mío, sácalas de aquí...

Pero lo peor fue que, de repente, paró de hablar y comenzó a arrastrarse por la tierra hasta que encontró la pequeña cruz. La agarró con ambas manos y se puso a murmurar entre dientes para sí mientras sus ojos miraban a lo alto.

—Pobre mujer... —dijo el Zar, pasando el dedo por los arañazos que tenía en la cara—. Pero muy largas me parecen sus uñas para una creyente.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Adah—. ¡Quedarse tumbada en el fango de esa manera!

Miré a John Bear, todavía atontado en el rincón donde yo lo había dejado. Observé a las dignas personas que había en la choza.

—Molly, tú vendrás conmigo —dije.

Inclinándome hacia ella, le levanté los brazos y me la puse sobre el hombro. Esperaba que se resistiera, pero no hizo el menor movimiento para detenerme; no pesaba más que una criatura. El aire era frío, por lo que le dije al Ruso que le pusiera encima una de las pieles de búfalo. Tan pronto como la piel la tocó, Molly boqueó y me clavó las uñas en el cuello. La saqué de la choza para llevarla al refugio, seguido de todas las damiselas con sus lámparas de petróleo en la mano, que llenaban la tierra de saltarines resplandores.

Cuando llegué al refugio, en cuya puerta estaba Jimmy, dejé a Molly sobre una de las dos mantas. Entonces, colgué la otra manta a modo de puerta y me asomé al exterior para decirles algo a aquellas mujeres, que aún no habían parado de cotorrear:

—Bien, señoras, yo cuidaré de ella. Aquí estará estupendamente.

Pero, cuando me volví hacia el interior, Molly se estaba mirando la palma de la mano: no encontraba la cruz:

—¡Me la han robado, me la han robado! —gritó.

De nuevo se puso a llorar y a maldecir a su padre y a su madre, el día en que nació, a sí misma por haber venido al Oeste, y también me maldijo a mí. Mientras gritaba y despotricaba, Jimmy se deslizó fuera y encontró la cruz; estaba en el suelo, a medio camino de la choza del indio, donde se le había caído. Cuando volvió a entrar, el chico se echó de rodillas a su lado, extendió el brazo y se la dio. En su rostro vi la típica expresión de su padre.

Molly, con la cara llena de sucios regueros de lágrimas, miró al chico como si lo viese por primera vez.

Ojalá me hubiese podido mirar a mí de aquella manera.

—Molly, ¿no te acuerdas? —le pregunté—. Es el chico de Fee...

Unos minutos después, los dos dormían profundamente. Se estaba calentito en el refugio; éramos como tres animales en su cubil. Me senté para descansar un poco antes de ir a la tienda a reunirme con el Ruso y sus señoras. Estiré las piernas, cerré los ojos... y me dormí. Ahora, al intentar escribir lo que sucedió, me pregunto: ¿puede soñarse en tales momentos? Pues sí, soñé que el Hombre de Bodie conducía un rebaño a través de unas tierras que, por lo que vi, no eran muy buenas. Montado sobre cada cabeza de ganado, había un lobo o un cuervo con las garras clavadas en el animal. Yo estaba en medio de la manada, corriendo con los demás, y no podía librarme de aquellas garras por más que me sacudía. Con todo ello, caí de rodillas; después, cuan largo era, fui pisoteado por los que venían detrás de mí. Tenía la boca llena de tierra y con ese gusto arenoso me desperté. Caían pequeños terrones de tierra seca de la pared sobre mi cara. Me sobresalté: a través del borde de la manta que, colgada en la entrada, hacía de puerta, vi que fuera lucía la luz del día con todo su esplendor. Había dormido de un tirón. Molly y Jimmy aún estaban dormidos cuando me arrastré hacia el exterior, tieso y parpadeante bajo el sol.

Ya hacía un buen rato que había pasado el mediodía y estaba seguro de que aquellos trotamundos se habrían ido. Pero, al volverme, vi que estaban empezando a desmontar su tienda, levantada detrás del refugio a unos veinte pasos de distancia. Era una gran tienda militar. Sin embargo, debía de haber algún problema, pues estaba pasando demasiado tiempo sin que avanzara su trabajo. Estaban discutiendo. Cuando uno o una iba a quitar una estaca, otro gritaba algo, y entonces todos tenían que gritar algo. A plena luz, pude ver a las mujeres mucho mejor de lo que las había visto la noche anterior: la que se llamaba Adah parecía ser mayor que las demás; la china y las otras dos —alta la una, regordeta la otra— eran poco más que unas muchachas.

Me alegré de verlas.

Pero el Zar, que me había visto de reojo en medio de una larga arenga, me clavó, como remate:

—¡Y usted, amigo, no es mi amigo!

No supe qué responder. Me dirigí al pozo para lavarme. Él se me acercó sin dejar de hablar ni un momento:

—¿Y ahora qué hago? ¡Nos hemos pasado toda la mañana buscando el camino del campo minero! Usted no me dijo que no había ninguno, no me dijo nada, no me advirtió. Y ahora tengo aquí a unas mujeres que tendrían que estar panza arriba y, en vez de eso, las tengo sobre mis espaldas. ¡He perdido cuatro días enteros!

Mi cabeza todavía estaba llena de sueño.

—Vaya por ese camino, a través de las rocas. La cosa está más clara que el día —dije.

—¿A eso le llama camino? Solo sirve para las hormigas. ¿Cómo quiere que lleve mi carreta por ese... camino?

En aquello sí que tenía razón. No había entendido que lo que quería era ir a la mina con la carreta. Habría tenido que comprenderlo, porque estaba claro que el Ruso no deseaba otra cosa.

—Bueno, caballero, quedamos en que esto es un camino, aunque un mal camino, eso sí. El pueblo que usted buscaba se halla en las rutas comerciales, a dos días de viaje de aquí. Creo que, al fin y al cabo, se dejó usted guiar por la luz que no debía.

El hombre estaba furioso. Las venas de su cuello habían adquirido relieve. Cuando me incliné para echarme un poco de agua al cogote, él también se agachó. Y cuando levanté la cabeza para beber, siguió hablando, como si lo hiciera con la nuez de mi cuello. Cuando se quedó sin cosas feas que decirme, se señaló los arañazos que tenía en la cara y pasó a vituperar a Molly —«una mujer gato», la llamó—. Cuando acabó, dio media vuelta y se fue a increpar de nuevo a sus chicas.

Después de todo esto, daba por segura la pérdida del trueque con el agua del pozo. Aquel ruso no me daría ahora ni una judía. Pero peor habría sido si hubiese andado por aquellos contornos con su carreta dos días antes o dos días después: habría sido nuestro fin.

Pero mi cabeza fue aclarándose y, entonces, recordé algo. Corrí hacia él:

—Escúcheme bien —le dije—: si usted no puede ir hacia el oro, es posible que el oro venga hacia usted.

—¿Qué?

—Vamos, Zar —dijo la regordeta—, estamos perdiendo el tiempo; este sitio me da escalofríos.

—¿Qué oro? —preguntó el Ruso, sin hacer caso a la chica.

Le hablé lo mejor que pude. Le conté, exagerando tal vez un poco, lo floreciente y próspero que había sido aquel pueblo hasta dos días antes. Le dije que los mineros venían todos los sábados por la noche, siempre un buen grupo de ellos, para gastar dinero y desfogarse. No había motivo alguno para que no siguieran bajando al pueblo como siempre lo habían hecho... Además, si no me equivocaba, aquel día era sábado.

Por unos segundos, lo tuve convencido. Se retorció el bigote, frunció el entrecejo y consideró la idea con preocupación.

—No, nos vamos —decidió.

Pero algo me salvó: él y sus señoras no estaban de acuerdo sobre el lugar al que debían dirigirse. Él quería seguir hacia el oeste, en dirección a las grandes rutas; ellas deseaban regresar. Se pusieron a discutir, todos de un pésimo mal humor. Gritaban y se amenazaban, mientras yo mantenía mi mirada fija en las rocas con la esperanza de que el tiempo estuviera a mi favor. Cada vez que parecía haberse llegado a un acuerdo, yo intercalaba un razonamiento que provocaba que reanudaran la disputa desde el principio. Solo la chinita no tenía nada que decir; su mirada iba de uno a otro, preguntándose cómo acabaría aquello. Fue la primera que distinguió las tres siluetas que, a lomos de sendas mulas, bajaban de las alturas de las rocas.

—¡Decidles hola con la mano, chicas, hola! —gritó el Zar.

Y ellas cumplieron la orden, dando saltos, haciendo ondear sus pañuelos y gritando «¡hola, hola!» hasta que los mineros estuvieron cerca, ya al pie de las rocas.

El sol se estaba poniendo. El Zar dio con presteza las órdenes pertinentes a las chicas. Mientras ellas lo preparaban todo, el Ruso me dio un saco de harina, carne — algunas tiras de buey salado— y una lata de manteca de cerdo. No paraba de reír. Ya volvía a ser su amigo.

Pero yo, por si acaso, corrí a ocultar en el refugio el fruto de mi operación comercial.

Algunas horas más tarde, había una docena de mulas y caballos atados junto a la tienda. Llegaban cantos del interior, extraño sonido en la noche de aquel lugar. A aquellos mineros les habían bastado unos minutos para superar la sorpresa de encontrar la ciudad en ruinas; uno o dos habían pospuesto por un momento su interés por las nuevas prostitutas para cabalgar hasta las tumbas y descubrirse ante ellas.

Hablé con un hombre a quien ya conocía, Angus Mcellhenny, un viejo minero, bajito él, que llevaba una pipa entre los dientes; antes de resignarse a trabajar en las minas de una compañía, había intentado descubrir yacimientos por su cuenta un centenar de veces, por lo menos. Angus no podía creer lo que había pasado.

—¿Solo uno de ellos, Blue?

—Solo uno, Angus.

—Suelen ir en cuadrillas, para ayudarse los unos a los otros.

—Pues él iba solo.

—Dios mío. El cerdo hijo de puta... A ver, dígame otra vez cómo era.

—Era un hombre alto y corpulento, una cabeza más alto que yo, y tenía en una mejilla esa cicatriz que le he dicho. Pero lo que sí recordaría usted son sus ojos. Tenía los ojos como los de un caballo desbocado.

—Ajá. Ya sé quién es. No puede ser otro que Clay Turner.

—Se fue por ese mismo camino por donde ustedes han venido.

—Dios mío, así pasaría por el lado del campamento.

—¿Lo conoce personalmente?

—Lo conozco. Ojalá estuviera ya entre los muertos; se volvió así años atrás. — Angus se sacó la pipa de la boca y escupió en el suelo. Luego dijo—: Desearía que estuviera en el Infierno. Ya hace demasiado tiempo que anda rondando por ahí.

Hubo una risotada general en la tienda y a continuación salió de ella la larguirucha llevando a un hombre cogido de la oreja. No debía de disgustarle la situación, porque el tipo no paraba de reír. Angus y yo nos apartamos para dejarlos pasar hacia donde ella lo conducía: la carreta cubierta que se hallaba a un lado de la tienda. La larguirucha lo empujó dentro del carromato y ella lo siguió.

—Blue —dijo Angus—, venga a beber un trago conmigo. En memoria de la pobre Flo, a quien Dios tenga en la gloria.

A pesar de ser medianoche, hacía bastante calor dentro de la tienda. Varias lámparas de petróleo colgaban de los postes que sostenían la lona. Al fondo, hacia un lado, el Ruso había instalado una barra: una tabla de madera sobre dos caballetes. Sus mangas estaban remangadas y un gran delantal rodeaba su vientre, e iba llenando vasos con el whisky que hacía brotar de un barril según se lo pedían las chicas. El Zar estaba sudoroso, su cara había enrojecido y le brillaban los ojos. Sobre la tabla de madera, tenía a mano una escopeta. Y en el suelo, a sus pies, había un saco en el que

echaba la plata y las bolsitas de polvo de oro que las chicas le llevaban.

—Está usted en su casa, amigo —gritó el Ruso, y nos sirvió whisky en dos tazas de hojalata.

Angus McCellhenny y yo bebimos en memoria de la pelirroja Florence.

Algunos de los clientes estaban sentados, abiertos los brazos y las piernas, en sillas de las usadas en las reuniones militares de campaña; otros, en el suelo. Había los que no dejaban de pellizcar a la regordeta o a la chinita cada vez que las chicas pasaban cerca de ellos, y los que se habían agrupado alrededor de Adah, quien dirigía el canto y tocaba un viejo acordeón.

Todo lo que en esta vida se necesita
es una chica guapa y una mina de platita...

La canción se interrumpió cuando un hombre se inclinó sobre Adah, metió las manos dentro de su vestido y le dio a la mujer un buen repaso. Adah chilló y le dio un soberbio bofetón al atrevido. Todos se rieron, incluida ella misma.

Adah le dijo entonces a gritos a la regordeta:

—¡Ahora, baila tu danza, Mae!

De este modo, toda la atención se concentró en Mae, en su manera de levantar los brazos y en su vertiginoso modo de dar vueltas. Los mineros se pusieron a seguir el ritmo con sus palmadas hasta que sus faldas y enaguas se levantaron lo suficiente para mostrar sus piernas por encima de los zapatos. En el momento culminante del baile, la muchacha se detuvo de repente y, de un tirón, atrajo a un hombre a sus pies y lo empujó hacia el exterior de la tienda mientras todos gritaban y se reían de él. La larguirucha, Jessie, volvió a entrar velozmente un instante después para ir a sentarse en las rodillas de un muchacho de brillantes ojos, aún con los granos de la adolescencia en la cara. Vi también a la chinita, vestida con una blusa de raso rojo, unos holgados pantalones y una faja amarilla alrededor de la cintura; estaba de rodillas invitando a beber, con una mano, a un tipo de cabello gris, ya maduro, que la miraba fijamente mientras ella, con la otra, tiraba de su barba. El hombre alargó el brazo para cogerla a ella en vez de tomar el whisky, pero la chica lo paró con su mano libre y sonrió. Supongo que la chinita tenía que esperar su turno para la cosa de la carreta.

Aquellas muchachas sabían trabajar; solo escogían a los más borrachos o a los menos duchos. Me pareció que el Zar tenía un negocio que habría hecho morir de vergüenza al de Avery.

Angus McCellhenny todavía quiso pagarme otro trago y yo se lo acepté. Pero cuando se volvió hacia otro lado y fue atrapado en la jarana, cogí mi taza y me marché. Comenzaron de nuevo las canciones, y la que pude oír mientras andaba bajo el aire fresco, camino del refugio, decía:

A mí solo me falta,
antes de que la vejez me traiga el deterioro,
una mujer gordita y una montaña de oro...

En el refugio, Molly y Jimmy estaban mascando tiras de buey salado como un par de perros, echados en el suelo con la única luz que les daba el fuego de la estufa, escuchando el jaleo del exterior. El cuadro interior era deplorable. Aticé el fuego y, con nuestra sartén y un poco de manteca, freí un poco de masa de harina. Le di dos de las tortas resultantes a Jimmy y puse otro par delante de Molly. Volvió la cabeza hacia otro lado.

—Molly —dije—, he traído un poco de whisky. Si quieres comerte estas tortas, podrás acompañarlas con él.

No dijo nada. Pero, en aquel momento, oí una voz de mujer casi a la puerta del refugio:

—¡No, no es por ahí, viejo estúpido!

Al mismo tiempo alguien tropezó con el refugio. Una de las tablas de madera del techo cayó al interior y le dio en la espalda a Molly. La chica ahogó un grito. Cogí la tabla y salí corriendo. Mae, la regordeta, tiraba de su cliente para hacerlo volver a la tienda mientras él no paraba de reír, de toser y de tropezar en todas partes.

Volví a poner la tabla en su sitio y después me senté contra la pared de tierra, para poder vigilar y mantener a distancia a los borrachos. Había salido llevando en una mano la taza de whisky que Molly no había querido. Me lo fui bebiendo a pequeños sorbos; era un buen whisky y me calentó el gástrico, pero el resto de mi cuerpo se enfrió con aquel aire tan helado. El molino de viento crujía en la oscuridad. Uno de los caballos relinchaba de vez en cuando. Eran ya veinte los versos que habría podido escuchar de la canción que salía de la tienda, pero no pude hacerlo porque lo que escuché entre tanto fue la conversación que se oía a mis espaldas, a través de la pared y el techo del refugio.

—Vamos —era la voz de Molly—, échame un vistazo. Así... ¿Me vuelve a sangrar, ahí?

—No.

—Muy bien, eres un buen chico... Yo conocía a tu papá.

—Sí.

—Le gustaba Flo.

—Sí.

—Murió... Creo que para él fue lo mejor.

No hubo respuesta, pero, en cambio, llegó de la tienda un estallido de gritos y risas.

—¿Por qué lloras?

—Yo..., yo no lloro.

—Sí, murió, chico. Pero hay algo peor que eso: mírame a mí. No debes llorar por Fee. ¿Cuántos años tienes?

—Él me dijo una vez que doce.

—¿Cuándo?

—No lo sé... No lo recuerdo.

—Doce. Se te ve muy pequeño para tu edad. Anda, cómete ya esas tortas de las praderas. ¿Quieres crecer y convertirte en un hombre, no? Oh, Dios mío, cómo me arde la espalda... Bueno, come un poco, muchacho... Te aseguro que es muy difícil llegar a ser un hombre de verdad, ¡incluso comiendo todo lo necesario!

Después me dormí, sentado en el mismo sitio, aunque desperté infinidad de veces con los chillidos de las mujeres y los gritos y risas de los hombres. La luz que surgía de la tienda era en mi mente un cuadrado amarillo y, de vez en cuando, veía salir de él parejas de figuras que enseguida desaparecían, como fantasmas, fuera de su perímetro. Hacia el amanecer, me di cuenta de que algunas mulas se alejaban trotando. Cuando la noche tocó a su fin y desperté definitivamente, tieso a la luz de la mañana, todavía gris, pude ver a varios mineros que dormían a pierna suelta por allí cerca.

Me levanté y di una vuelta por los alrededores. Así fue como volví a ver a Angus Mcellhenny: estaba desplumado y roncando dentro de la vieja bañera de Hausenfield, que había quedado abandonada detrás de las ruinas como una antigua galera de emigrantes embarrancada. Ver a Angus de aquella manera no me alegró nada; sentí una gran melancolía al observarlo a la media luz de la mañana gris. Si había algo bueno en ese triste solar de aquel pueblo, yo no sabía qué era.

Cuando el día se levantó, no me faltó trabajo: preparé más tortas para nuestro desayuno, busqué un bacín para Molly, me las arreglé para hacer un tosco marco para la puerta del refugio, recogí astillas para el fuego de debajo de los pies de las mulas y caballos aún amarrados cerca de la tienda y llevé la jaca del mayor a donde hubiera algún hierbajo que masticar. Cuando el sol estuvo más alto, los mineros empezaron a moverse y, poco a poco, se levantaron gruñendo o maldiciendo y se marcharon. Oí a un hombre decirle a su mula:

—Y ahora, rica, anda con cuidado y suavidad para que la cabeza de tu Jake no se tambalee.

Otro, el chico de los granos, que parecía enfermo e infeliz a la luz del día, vino hacia mí con una carta estrujada en su mano.

—Yo siempre le daba las cartas para el correo al señor Maple —dijo.

—Sí, pero Ezra no está —le contesté.

—Bueno, usted puede cogerme la carta para la diligencia, ¿no?

Se sacó dos dólares de plata y me los puso en la mano.

—Son dos dólares la onza, y yo nunca escribo nada que pase de una onza.

Se marchó antes de que pudiera decir sí o no, y creo que esto contribuyó en gran manera a que las cosas fueran como fueron. El Zar vio que el muchacho me daba la carta y se marchaba en su montura, pues en aquel momento salía de su carreta con un

silbido en los labios. Se abrochó la camisa y me llamó. Entre los dos encendimos un fuego. Preparó café, auténtico café, que me sirvió en una taza de hojalata. Entonces, se sentó en el suelo y me pidió que le contara lo que, en realidad, le había sucedido al pueblo. Yo se lo expliqué.

—Así —dijo—, fue un hombre solo, que se presentó de repente.

—Exacto.

Señaló la carta del muchacho, que yo me había puesto en el bolsillo de la camisa.

—La ciudad ha desaparecido, pero quizá no lo haya hecho el uso que se hacía de ella. ¿Me equivoco?

—No. Está en lo cierto.

—Y la diligencia... ¿Volverá?

—Creo que sí. Si le sale a cuenta hacerlo.

—¡La diligencia volverá! ¡Los mineros volverán!

No podía contener el entusiasmo que le causaba aquella posibilidad. Se levantó de un salto y comenzó a andar arriba y abajo tirándose de la barba, murmurando para sí, como un redondo barril viviente que barboteara en ruso. Yo lo observaba mientras tomaba el café caliente. Se detuvo para observar a su alrededor: miró el molino de viento y hacia las rocas, y completó el círculo dirigiendo la mirada hacia el este, por encima de los escombros de la calle quemada, y hacia el sur, hacia el horizonte, por encima de la llanura. El sol daba a aquella extensión una blancura perfecta, solo alterada por manchas amarillas o verde pálido cuando la tierra se ahuecaba en algún lugar o recibía la sombra de una nube.

—Amigo —dijo, y respiró profundamente—, ¿no huele usted algo? —Me miró con atención—. ¿Qué huele? ¿El café? ¿El caballo? ¿El olor, en el aire, de lo que se quemó?

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Bah... No tiene usted nariz de comerciante. ¿Sabe lo que huelo yo? ¡Dinero!

De nuevo se me quedó mirando y, después de un momento de silencio, su diente de oro apareció entre su barba y su bigote cuando se puso a reír a carcajadas, apoyándose las manos en los costados en un ataque de hilaridad que me hacía temer que el hombre reventara de un momento a otro. Rio tan fuerte que Jimmy salió del refugio para ver qué sucedía.

—¿No comprende lo que quiero decir, amigo? —preguntó el Zar—. ¡Quiero decir que seremos vecinos en este lugar! —Se inclinó hacia mí y me dio una palmada en el hombro. Todavía riendo, fue hacia la tienda con paso ligero y entró en ella.

Como la cafetera aún seguía en el fuego, llené de nuevo mi taza e hice señas a Jimmy de que viniera.

—Bébeteste esto —le dije.

Cogió la taza sin pronunciar palabra. Observé que el chico tenía mejor aspecto después de haber dormido una noche entera; aquellos ojos de los Fee no estaban tan hundidos en su cara.

—¿Aún duermes, Molly?

—No. Está diciendo cosas.

—¿Qué?

—Está diciéndose cosas a sí misma. Con aquella cruz.

—¿Está rezando?

—Sí, está rezando.

Cuando terminó, volví a llenar la taza.

—Coge este para ella —dije—. De ti, lo aceptará. Puede que, con sus rezos, esté pidiendo una taza de café.

Caminando con cuidado, Jimmy se dirigió hacia el refugio. Pero, cuando aún no había llegado, se oyeron fuertes gritos de protesta procedentes de la tienda, y el muchacho se detuvo un momento y se volvió para mirarme.

—Adelante, chico, adelante —le grité—. No es más que esa gente.

Eché más agua en la cafetera del Ruso y la puse de nuevo en el fuego. Entonces presté atención a las terribles voces que salían de la tienda. Las damas estaban durmiendo cuando el Zar las despertó para decirles que, entre todos, íbamos a ser fundadores de un nuevo pueblo. El alboroto que había provocado no podía ser más violento. Podía oír los gritos que les lanzaba a las mujeres y también los denuos con que estas le contestaban. Me pareció notar que la única que no interponía ni un graznido era la chinita, y estaba en lo cierto. Al cabo de un instante, apartó la cortina que hacía de puerta y salió, cojeando un poco, para lanzar una mirada a las rocas, a la llanura y a las ruinas.

En aquel momento, tuve una idea. Fui hacia la bañera e hice rodar a Angus fuera de ella, dejándolo sobre la tierra. No obtuve siquiera un ronquido. Arrastré la bañera hacia el pozo, la lavé tan bien como pude y la llené de agua con un cubo. El sol parecía agitarse en el agua, entre reflejos de cielo azul. Dejándola calentar al calor del día, se convertiría en algo verdaderamente atractivo. Al fin y al cabo, tampoco soy tonto del todo.

Mientras seguía escuchando la disputa que tenía lugar dentro de la tienda, me di cuenta de que, ahora, solo una de las mujeres replicaba las diatribas del Zar. Apareció en el exterior: era Mae, la regordeta. Se dirigió hacia la carreta con cara de pocos amigos, trepó hasta meterse en ella y comenzó a echar cosas al suelo. Una manta, un orinal y un saco de viaje.

—¡Yo no me quedo! ¡No, señor! —gritó—. ¡Ya podéis freiros en este agujero! ¡Me importa bien poco!

El Zar, que había salido poco después de ella, la amenazaba de lejos con el puño:

—Sí, claro... ¡Crees que vales demasiado para este lugar! ¡Crees que sabes mejor que el Zar lo que debe hacerse! ¡Te mataré con mis manos, Maechka!

Como respuesta, ella le tiró un espejo ovalado, que lo alcanzó en un lado de la cabeza. A mí casi se me escapaba la risa, pero me contuve, pues el Ruso se puso hecho un basilisco. Subió a la carreta de un salto, metió el brazo en su interior, tiró de

la mujer y la echó al suelo.

—¡Oye, Zar! —le gritó Jessie, la larguirucha—. ¡Nada de eso! ¿Estamos?

Ella y Adah, con los ojos enrojecidos, estaban a la entrada de la tienda, presenciando la batalla. A la brillante luz del día, y ajadas por el sueño, ninguna de aquellas mujeres ofrecía demasiado buen aspecto. Solo había restos de pintura en sus caras, el pelo les colgaba y vestían los peores pingajos imaginables.

—¡Aquí soy yo quien dice lo que hay que hacer! ¡Yo y nadie más! —gritó el Zar.

Y, para demostrarlo, propinó varios puntapiés a Mae, que intentaba subir de nuevo a la carreta. Ella no paraba de gritar mientras él le decía:

—¡Tú, a callar! ¡Cierra el pico!, ¿me oyes? ¡Cierra el pico!

La chinita había corrido a meterse en la tienda cuando el Zar salió de ella, pero Jessie y Adah fueron ahora a ayudar a Mae. Adah rodeó con el brazo a la contusionada y la consoló con sus mimos. Me avergoncé de mí mismo, al ver este final, por haber contemplado la escena sin hacer nada. Claro que me aparté del Zar, que se había sentado junto al fuego con las piernas cruzadas, y fui hacia las infelices mujeres para decirles que podían usar, si querían, la bañera que yo tenía al lado del pozo.

No debían de haber visto ninguna desde hacía meses. Mae olvidó en un instante los agravios sufridos, pues ella y Jessie se desnudaron por completo en un santiamén y se metieron por turno en la bañera, ahora la una, ahora la otra, chapoteando y salpicándose como dos niñas. Se enjabonaron con una pastilla de jabón perfumado que les llevó Adah.

—¡Es auténtico *parisiún!* —me dijo Adah desde cierta distancia—. ¡Me lo regaló un hijo de puta que se lo había robado a la mujer de un coronel!

La chinita se mantenía apartada de la escena; solo miraba, y reía, divertida. Aquel par, saltando de fuera adentro y de dentro afuera de la bañera, rojas del cuello arriba y hasta la altura de las muñecas, pero con todo lo demás blanco, se preocupaban tanto de que alguien las mirara como si hubieran estado completamente vestidas. Uno de los que observaban era Jimmy, de pie frente a la bañera, y yo no podía decirle que no lo hiciera, porque yo también miraba.

Aquella noche, fui a sentarme al fuego del Ruso y le dije que sería una buena idea construir algunas casas aceptables antes de que viniera la diligencia. Recordaba que Fee compraba algo de su madera en las minas, pero que la mayor parte de ella la recogía en los pueblos abandonados del territorio.

—Entonces, hemos de encontrar uno de esos pueblos —dijo el Zar.

—Yo conozco uno: se llama Fountain Creek.

—Estupendo. Vamos ahora mismo.

Aquel tipo tenía más seso del que jamás hubiese tenido Avery, pero, además, era capaz de ir más deprisa que las intenciones de uno. Me recordaba a un caballo que tuve hace algún tiempo: lo espoleabas una sola vez y ya no podías pararlo.

—Espere —le dije—, hay medio día de viaje. No se gana nada pasando una noche sin dormir. Saldremos mañana al amanecer.

Sin embargo, una vez tomada la decisión, aquellos planes empezaron a preocuparme. Incluso el día siguiente era demasiado pronto para mí. Si bien me alegraba ver que íbamos recuperándonos, no podía acabar de creérmelo. En aquel momento, casi contra mi voluntad, me encontré mirando hacia las rocas, casi invisibles a aquella hora de la noche. No me gustaba tener que dejar a Molly y al muchacho sin mi protección un día entero y, quizá, también la noche siguiente.

A pesar de todo, ya estaba levantado antes de que amaneciera. Cuando la primera luz atravesó el cielo, me dirigí hacia la choza del indio. Como me temía, John Bear no estaba de humor para vigilar a nadie. No había salido de su cabaña desde que el Zar lo derribó de un puñetazo. Ahora, cuando llegué a ella, sin necesidad de entrar, lo vi sentado y cabizbajo frente a un fuego apagado; estaba profundamente pensativo. Y es que no hay nada peor que tocar a un indio. Bear llevaba camisa y pantalones, y vivía en aquella choza, en el mismo lugar donde diez años antes no habría podido sentarse bajo techado... De todos modos, considerando lo que debía sentir en aquellos momentos, habría podido ser un indio de las praderas.

A primera hora de aquella fría mañana, el Zar había descargado cuanto contenía su carreta, y ahora la estaba desmontando, quitándole la lona y el armazón de madera que la sostenía. Las mujeres, que también habían madrugado, estaban ocupadas en meterlo todo dentro de la tienda.

—Enseguida estoy a punto, amigo —dijo el Ruso.

Me acerqué a él y le conté que Bear estaba cabizbajo, triste. No se mostró muy preocupado.

—Ese salvaje superará eso y mucho más.

He recordado muchas veces aquellas palabras.

—No digo que no —respondí—, pero entre tanto no queda nadie aquí para vigilar mientras estemos fuera.

—¿Usted cree? —Se encogió de hombros.

Yo no sabía qué hacer. No tenía ganas de marcharme, sobre todo por que Molly estaba como estaba en el refugio. Pero no parecía haber otro modo de hacer las cosas. Tras preguntar a una y a otra, Jessie, la larguirucha, me dijo que tenía un vestido que ya no usaba y que podía vendérmelo. Le ofrecí los dos dólares que el chico de los granos me había dado por entregar al correo aquella carta.

—No —dijo, cambiando de parecer—, es demasiado bueno para la señora perra de ahí dentro.

—Dáselo —intervino el Zar, que había oído nuestra conversación.

Se hizo el trueque y enseguida le llevé el vestido a Molly. Estaba sentada en el suelo, frente a la puerta, sosteniéndose la piel de búfalo sobre los hombros. Aquellos ojos verdes en aquella cara picada de viruelas me hizo sentir de nuevo la ridiculez, la maldita vergüenza que experimentaba cuando pretendía hablar con ella. Tuve que

aclararme la garganta:

—Molly, las cosas van bien, esa gente quiere quedarse aquí. Me voy con el Ruso..., a cargar leña para construir casas.

Asintió con un movimiento de cabeza. No parecía importarle demasiado.

—Tú, Jimmy —proseguí—, no te dejes ver demasiado por ahí... Y esto, Molly, es un vestido.

Me atormentaba aquella actitud suya, que no me permitía saber nunca qué contestaría o si podría encontrar un momento de favor en sus ojos. Ahora, no dijo nada, permaneció tan indiferente que comencé a creer que no me había oído, pero de pronto se puso a llorar, silenciosamente, mirando al suelo, como si toda su vida pasara en aquel momento ante sus ojos.

—Molly, es un vestido que no está mal —le dije.

Pero no lo cogió.

—Póntelo tú, señor alcalde —me respondió.

Sentada en la misma postura, se mordió los labios y se pasó la mano entre los cabellos. No supe qué contestar, por lo que volví a salir con el vestido en las manos.

Jessie me vio y, cuando llegué a la tienda, ella, Adah y Mae habían dejado lo que estaban haciendo para rodearme.

—Ya lo sabía —soltó Jessie—: el vestido es demasiado bueno para ella. Esa pelagatos... Una tía que sería capaz de dejarse joder por un caballo...

—Maldita sea... —remugó Adah.

—¿Qué te parece la Señora Culo de Marrana esa? —le preguntó Jessie a Mae—. ¿No te jode?

—Mal asunto, esa fulana —repuso Mae con lentitud—. Apenas se quemó lo que debía.

Yo me rascaba los pelos de mi barbilla sin afeitarse; escuchar a aquellas mujeres me hizo decir algo que aún hoy no comprendo. Quizá quise evitar que se burlaran de Molly, tal vez no pude contener mis ganas de responder con una malsana diablura.

—Molly es mi esposa —dije.

Y creo que dije la verdad: nos había casado el Hombre Malo de Bodie.

Me miraron como si, de repente, me hubiera vuelto loco. Vi cierta duda en los ojos de Jessie —podía preguntarse por qué había dejado a mi mujer echada en la choza de un indio, donde ellas la encontraron—, pero desapareció al cabo de un instante. Supongo que no hay nada que le inspire tanto respeto a una prostituta como una mujer casada. Pues sí, aquellas pájaras se sonrojaron y tartamudearon cual pudibundas vírgenes y, casi sin darme cuenta, me encontré dentro de la tienda. Adah, que me había empujado hacia el interior, abrió un baúl y sacó algo de su fondo.

—Este es mi traje de boda —me dijo—. Solo lo llevé una vez, el día que me casé. Hace veinte años. Mi marido era un pastor protestante. Esta tienda era suya, estas sillas eran las que usaban los fieles, y este era su acordeón, el instrumento con el que yo tocaba los himnos. No tengo el anillo en mi dedo porque me avergüenzo de

llevarlo, pero puede decirle a su esposa que este vestido sí que está limpio.

—Oh, señora Adah...

—Vamos, lléveselo. —Dobló el blanco vestido sobre mi brazo—. No pesa nada, se sentirá bien en él, pobre mujer... No es de extrañar que, con esas horribles quemaduras, no sea ella misma.

—Claro... —dijo Jessie.

—Y devuélvele los dos dólares, Jessie —señaló Mae.

—Claro... —concedió Jessie, poniéndome el dinero en la mano—. Y usted deme el vestido que le vendí, no sé cómo se me ocurrió ofrecérselo. Debería ponerlo bajo tierra.

—Señoras —dije—, me abruman ustedes. Son estupendas.

Sí, mentía, pero, en cierto modo, sentía lo que decía. Incluso me habría emocionado la repetida bondad de aquellas mujeres si no hubiese sabido lo que le habrían podido hacer a Molly en caso de descubrir que era de su misma clase.

Cuando salí de la tienda, el Zar ya había subido a su carreta y había enganchado el tiro.

—Bien, amigo, le estoy esperando —dijo.

—Un momento, ya voy —le contesté.

Encontré a Jimmy delante del refugio. Hacía algunos minutos que daba vueltas por allí, pero aún tenía los ojos llenos de sueño. Estaba peinando con los dedos la cola de la jaca del mayor.

—Jimmy —le dije—, escúchame bien. Ahora me voy; es para ver si puedo recoger madera. Quiero que le des a Molly este vestido cuando me haya marchado. Necesita algo con que cubrirse, y ella lo aceptará si se lo das tú. Quiero que, mientras yo esté fuera, tengas enganchada la jaca al carro, y por aquí mismo. Si ves algún signo de aquel Hombre Malo, coge a Molly y dirígete, sin pérdida de tiempo, hacia el sur, donde se hallan los caminos de las carretas. ¿Me entiendes?

—Sí.

—No creo que tengas problemas. Lo que no debes hacer es vagar por ahí; no te alejes del refugio. No molestes al indio, está triste y podría hacerte daño. Comeos las tortas de las praderas que he hecho. Es probable que esas señoras os den algunas galletas si tú se las pides. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Volveré pronto.

Cuando ya me iba, me volví para añadir:

—Si alguien te pregunta cómo está tu mamá, se referirán a Molly.

Un minuto después, ya me encontraba en el pescante de la carreta, al lado del Ruso, que hizo chasquear el látigo. Arrancamos ruidosamente. Me volví para echar un vistazo hacia atrás: nadie nos miraba partir, salvo Jimmy, que se había quedado junto al refugio con la vista fija en nosotros. Cuando ya más lejos me volví de nuevo, vi que seguía allí mismo, sin moverse. Deseaba que mis palabras le hubieran dado

confianza, ¿o habían, quizás, aumentado su confusión?

El Ruso conducía sus caballos como si compitiera con un tren; tuve que agarrarme al asiento mientras la carreta vacía daba tumbos a uno y otro lado detrás de los caballos. Señalé hacia el sur y después hacia el oeste, llanura adentro, y allí nos dirigimos, con un retumbar sordo y continuo y alguna que otra sacudida al chocar las ruedas con alguna irregularidad del suelo, en medio de la nube de polvo que levantábamos. No era el momento más oportuno para hablar y escuchar, pero el Ruso parecía no saberlo. Era una de esas personas que están orgullosas de sí mismas y de su posición en la vida. Se puso a contarme su historia a gritos mientras rodábamos bajo el sol, y así siguió incluso después de que la llanura diera paso a unas arenosas prominencias del terreno, con algunos hierbajos aquí y allá, que se extendían ante nosotros como un mar sólido hasta donde alcanzaba la vista. Yo escuchaba a medias; estaba pensando en Molly y en si se pondría aquel vestido...

—Amigo... Vine al Oeste para labrar la tierra..., pero, de pronto, aprendí, me di cuenta..., los labradores se mueren de hambre..., solo los que venden cosas a los labradores, tierra, alambre de espino, semillas, herramientas..., solo esa gente se hace rica. Y pasa lo mismo con todo lo demás... No son los mineros los que tienen oro, sino los vendedores de burros, de picos, palas y gamellas... No son los vaqueros los que tienen dinero, sino los dueños de los *saloons* que les venden las bebidas, y los jugadores de ventaja que juegan con ellos al golfo... No son los que buscan el dinero los que lo tienen, sino los que abastecen a los que lo buscan. Esos hacen dinero... Así que yo vendí mi rancho... y pensé... ¿qué necesidad de esa gente voy a llenar?... Más que picos, palos y gamellas, más que semillas, más incluso que el whisky y el jugar a las cartas, lo que necesitan son mujeres. Y fue entonces cuando conocí a Adah, dueña de una tienda de campaña... Y así me metí en el negocio.

Llegamos a Fountain Creek al mediodía. Se alzaba en un mar de alta hierba amarilla a orillas de un arroyo seco. Antes de ponernos a trabajar, bebimos unos tragos de la cantimplora del Ruso y comimos un poco de galleta de la que él había traído. Había latas de conservas oxidadas por todas partes, medio enterradas en la arena. El cálido y áspero viento abría y cerraba la puerta de una cabaña situada en el extremo opuesto de la calle. Descubrí un sarnoso lobo de ojos oblicuos acurrucado debajo de un porche, a unos cincuenta pies de donde nos hallábamos nosotros. Nos observaba atentamente.

—Está hambriento —le dije al Zar—. Se echará sobre los caballos si se lo permitimos.

—Pues no se lo vamos a permitir.

Con la boca llena de galleta, cogió su escopeta con lentitud, apuntó y disparó al lobo con ambos cañones. Falló, pero el animal comprendió que era mejor marcharse con su pareja, que no habíamos visto. Ambos, tras pegar un brinco, se marcharon corriendo arroyo abajo.

—De todos modos, no se darán por vencidos y volverán dentro de un rato —dije—. Pongámonos manos a la obra.

Primero nos dirigimos a los corrales y deshicimos todas las ataduras de correas de cuero crudo que pudimos y cortamos las demás para dejar libre el maderamen, del que seleccionamos los postes y las varas cuyas longitudes consideramos más útiles. Luego los cargamos en la carreta. Después comenzamos a retirar vigas, tablas, tablones y listones de madera de lo que quedaba de las casas y graneros, manteniéndonos apartados de los sitios en que las hormigas blancas abundaban demasiado. Fue así como arrancamos puertas, deshicimos porches y cuanto se hallaba en buen estado para nuestros fines. Era tanta la madera podrida y carcomida que había en aquel lugar que parecía imposible que todo aquello se aguantara en pie. Trabajamos durante toda la tarde, deteniéndonos apenas para tomar un trago, tosiendo a causa del polvo que levantábamos nosotros y de la arena que arrastraba el viento. Nuestros hermanos lobos habían eliminado todos los ratones y todas las lechuzas existentes, pero las cucarachas y las arañas echaban a correr en grandes cantidades ante nuestra hacha y nuestro pico. Extrajimos madera hasta que juzgamos que no podríamos llevar más en la carreta. La cargamos apilándola hasta la altura de un hombre por encima del pescante. Después nos dedicamos a recoger cuantos clavos pudimos encontrar. Hasta que tropezamos con un esqueleto. Estaba totalmente limpio. Me hizo pensar en la indignidad de que, cuando un hombre muere, solo queden los huesos para poder deducir lo que fue.

—Fountain Creek —dijo el Zar, mientras se secaba el cuello con el pañuelo—. Amigo, ya ve el peligro que puede correrse. Todos los pueblos fantasma tienen un nombre que inspira confianza o que está lleno de promesas.^[2] ¿No le parece? Debemos tener cuidado cuando bauticemos el nuestro para no cometer este error...

Era ya tarde cuando estuvimos preparados para salir. Tomé las riendas y el Ruso se sentó sobre la madera para hacer peso sobre ella. Los caballos tuvieron que esforzarse para conseguir que las ruedas giraran y arrancamos a poca velocidad. He de decir que aquel viaje me preocupaba: la noche era negrísima, solo iluminada por las estrellas, y la carreta crujía y daba tumbos mientras yo no podía evitar deslizarme dentro y fuera del sueño. No podía creer que aquellos caballos tuvieran un destino. No paraba de pensar que estaba viajando sin objeto alguno. ¿De qué podía servirles, esto, a aquella mujer y a aquel niño? ¿Qué esperanzas tenía de poder hacer algo por ellos? Solo un loco habría podido llamar «lugar» a cualquier punto de aquella tierra y decir que se podía viajar a él desde cualquier otro sitio.

Debí de dormirme y los caballos probablemente se detuvieron..., porque me despertó el estampido de la escopeta del Ruso al tiempo que la carreta arrancó de golpe y las riendas se tensaron en mis manos. Había una luz en el cielo, frente a nosotros.

—Estos malditos lobos nos han seguido —exclamó el Zar desde arriba—, ¡pero ahora tienen motivos para correr hacia otro lado!

Pronto llegamos al pueblo. Jimmy vino corriendo a nuestro encuentro.

—Ha venido un hombre con aquel carromato —anunció—, el mismo con que llevaron a enterrar a mi padre...

El chico estaba a punto de llorar. Bajé, medio anquilosado, y tomé su mano:

—¿Qué dices, Jimmy? ¿De qué hablas, muchacho?

—Allí.

Al lado del pozo, vi el coche fúnebre de Hausenfield. No creía a mis ojos, fui hacia él para verlo más de cerca. Sí, allí estaban la mula y el caballo gris; además, el pico trababa aún la negra puerta. Y un tipo enjuto, sin mentón, con una chaqueta de cuero, me miraba de reojo, apoyado contra una de las ruedas:

—Hola.

—¿Dónde encontró usted este carromato? —le pregunté.

—Casi choqué con él allá abajo. Y me lo traje.

—¿Y no ha abierto la puerta para ver qué había dentro?

—No se me ocurrió...

—Ya —dije—. Pues esto es un coche fúnebre, para llevar a enterrar a los muertos. ¿Usted no ha enterrado nunca a nadie?

—No, nunca.

—Pues ahí dentro tiene a su primer cliente.

Luego vi a Molly: se aguantaba de pie por sí misma al lado del refugio. Llevaba puesto el vestido blanco... y me sonreía; era una sonrisa desmayada y amarga. Me pasé la mano por los ojos y, de pronto, me di cuenta de que ya tenía un nombre para el pueblo, un nombre que no le haría correr ningún riesgo. Lo llamaríamos Hard Times, tiempos difíciles. Tal como lo habíamos llamado siempre.

LIBRO SEGUNDO

Y así fue como todo terminó y como todo volvió a empezar. Desde el día de mi vuelta, Molly llevó el vestido de boda como si hubiera nacido para él. Andaba envarada, con los hombros hacia atrás y una mueca de dolor en la cara. Y cuando el dolor se fue, el gesto permaneció. La tirantez de las quemaduras curadas le dieron una marcada rigidez, su barbilla siempre estaba levantada, y la cruz, con su cadena alrededor del cuello, era fácilmente visible. Por eso, cada vez que la miraba, lo hacía temiendo que me reprendiera por algo.

El día en que el Zar y yo comenzamos a construir nuestras casas, Molly cogió la piel de búfalo de John Bear que tenía en el refugio y fue a devolvérsela al indio. Caminó hacia su choza, la sacudió y se la devolvió, con toda su población de piojos, y probablemente le dedicó un discurso de alabanza. Me lo hizo sospechar su aura al regresar; parecía que un despreciable ladrón se la hubiera robado al indio y que ella hubiese restablecido la equidad al devolverla. Molly mostraba vivos cambios de humor: no pronunciaba una sola palabra durante varios días seguidos; a veces sonreía de súbito, tal vez haciendo agradables planes, o se ponía a llorar cuando menos lo esperábamos, por el evidente motivo de algún recuerdo ingrato. Pero, eso sí, no desperdiciaba ninguna ocasión para manifestarme su inquina. Una mañana, Jimmy estaba ayudándome a mezclar fango con hierbajos para tapar las grietas del refugio. Mae, la regordeta, se acercó a nosotros con muy poca cosa, como de costumbre, dentro de su cabeza, y se puso a hacerle comentarios al muchacho y a azuzarlo un poco. Jimmy siempre observaba a las mujeres del Zar con mucha atención, lo que no les desagradaba.

—¿Verdad que te gusto, mi querido Jimmy? —preguntó la chica.

El muchacho se ruborizó.

—¿Me tienes cariño, verdad, corazón?

—No, señora.

—¿No le harías una cosita a Mae, eh, precioso? Ven, pon la mano aquí, no es para nada fofo, ¿verdad?

Lo dijo sosteniendo la mano de Jimmy sobre su pecho, momento en que apareció Molly y le propinó a la pelandusca un bofetón en la oreja. Mae se vio tan sorprendida que no reaccionó con enfado; solo se mordió el labio y se marchó corriendo. Jimmy volvió en el acto a su trabajo. Molly se quedó mirándome como lo habría hecho con un lagarto.

No era dolor lo que yo sentía en aquel ambiente, sino cierta angustia constante, como si una mano me oprimiera suavemente el corazón. Aquella mano nunca lo soltaba. Solía recorrer, con la mirada, las tumbas de la llanura o las alturas de las rocas o la cicatriz que era la antigua calle, y siempre veía la cara del Hombre de Bodie. Mi problema, causa de casi todos mis fracasos, consistía, ahora me doy

cuenta, en que no era capaz de ver más allá de mis sentimientos. No tenía pensamientos que fueran más lejos de mi entorno. Llegó un día en que pude añadir al refugio, formando una sola construcción, una sólida cabaña de tablas de madera, con lo que, en conjunto, pudimos disponer de dos cuartos donde vivir. Hice una mesa con trozos de la antigua balastrada del Sol de Plata y con algunas tablas, lo que nos hizo adquirir, a Jimmy y a mí, la costumbre de conseguir cuanto pudiéramos encontrar de comestible para ponerlo encima del nuevo mueble cada mañana. Molly lo servía, tomaba después su parte y bajaba al refugio para comer sola, dejando que el muchacho y yo saboreáramos los alimentos cuanto pudiéramos, sin mirarnos a los ojos.

Luego estaba el asunto de Jenks, el tipo que había traído de la llanura el carromato de Hausenfield, tan contento y satisfecho de su botín que no había olido al propio Hausenfield encerrado en el coche fúnebre. Su cabeza no era mucho más gruesa que el palo de una escoba y no tenía nada que pudiera llamarse mentón; el modo de mirar de sus sesgados y amarillentos ojos podía hacer pensar en la astucia de un lobo, pero en realidad no era más que un estúpido. Antes de que aquel lince consiguiera enterrar al alemán, tuve que enseñarle dónde hacerlo y explicarle bien cómo podría excavar la tierra con el zapapico que trababa la puerta, además de decirle cuál era la mejor profundidad de la fosa. Finalmente, acabé por trabajar lo mismo que él en aquella empresa. Cuando se hubo librado de Hausenfield, no hizo nada más, durante toda una semana, que permanecer sentado a la sombra de su nuevo carromato contemplando a las damas o engrasando su revólver y el cinturón de su pistolera.

Ante aquella obsesión por jugar con su arma día tras día, me fue difícil comprender que lo que en realidad estaba haciendo era reflexionar sobre si debía quedarse o seguir su camino. No era más que un perezoso, un hombre tardo que viajaba hacia donde lo llevaba el camino: en ese momento a un carromato negro con el que no sabía qué hacer para sacarle el mayor rendimiento posible. El Zar estaba irritado porque yo permitía que aquel tipo sacara agua para la mula y el caballo gris, y para su propio caballo, un alazán con manchas blancas, sin que diera o hiciera nada a cambio. También yo fui puesto a prueba por su culpa. Nadie confiaba demasiado en que hubiera algo aprovechable en Leo Jenks.

Una mañana, Molly se le acercó y le dijo, con voz ronca pero fuerte:

—Señor Jenks, ¿es posible que crea usted que ese revólver solo sirve para ser engrasado?

Estaba sentado con la espalda apoyada en una rueda y se levantó de un brinco cuando ella habló y se quitó el sombrero.

—Pues no, señora..., creo que también sirve para poner una bala donde usted ponga el ojo.

—¿De veras?

—Pues sí..., sí, señora.

—Muy bien. En este momento, tengo el ojo puesto en aquel molino de allí, sobre una de sus ocho aspas en movimiento, esa que, en cualquier momento, estará en lo alto, señalando al cielo.

Jenks se puso el sombrero y amartilló el revólver, apuntó y disparó. Hizo saltar astillas del aspa que en aquel instante pasaba por el punto más alto de su recorrido. Los caballos respingaron. A cierta distancia, John Bear, paró de cavar su huerto, junto a la choza, y se quedó mirando lo que pasaba.

—He puesto el ojo en el cuello de una botella —gritó Molly—. Ese que sale, allí, de entre los cascotes.

Jenks se volvió de golpe, apuntó donde ella señalaba, y el aire se llenó de cristales. Tres veces más, Molly puso el ojo en cosas —una piedra, un terrón de tierra, un palo de madera—, y cada vez aquel sorprendente Jenks puso la bala donde ella le había indicado. El ruido de los disparos rebotaba en las rocas de las colinas y volvía hacia nosotros. Ahora, todos miraban: las mujeres junto a su tienda; el Zar desde un rincón de su nuevo corral; Jimmy agachado detrás del carro del mayor. Yo estaba lo bastante cerca de Jenks como para ver que, cuando el hombre apuntaba, aquellos astutos ojos de lobo que tenía se torcían. Era realmente hábil.

Al final, enfundó el revólver y volvió a quitarse el sombrero.

—Muchas gracias, señor Jenks. Es estupendo encontrar a un hombre de verdad en estos lugares —dijo Molly mirando hacia mí—. ¡Ojalá el Señor permitiera que mi marido manejara el revólver tan bien como usted!

Después de esto, a Jenks ya no le costó nada decidir cuál sería el blanco de su vida. Cierta amanecer, subió al carromato y se dirigió hacia el este. Por la noche volvió con media docena de perros de las praderas colgando del pescante. Hay que ser muy rápido para acertar a un perro de las praderas mientras corre a lanzarse en su cubil... Más tarde, supe que Jenks dejaba parada la antigua diligencia en medio de una colonia de perros y se quedaba inmóvil sobre el techo del carromato durante horas, hasta que los animales olvidaban su presencia y salían de sus madrigueras.

Resultó que Jenks era un buen cazador, y trocaba sus matanzas por mi agua, por el whisky del Zar o por una de las chicas. La carne fresca es un lujo y no hay nada que se coma tan a gusto como una pierna de perro de las praderas bien asada o un buen guisado de conejo. Pero cuando Molly cocinaba carne de la que traía Jenks, siempre la especiaba con su desdén, lo que la hacía más difícil de tragar.

Cuando vino la diligencia, ya estábamos en las postrimerías del verano. El sol era cada vez más blanco y se ponía cada día más temprano. Los vientos eran más duraderos y daban más de un mordisco. Con su soplar, cada día era mayor la cantidad de polvo del antiguo pueblo que se llevaban y más perfecta la limpieza que hacían de la vieja calle. El Zar ya había construido su casa, y a la vez su establecimiento: una larga y baja taberna de tablas de madera y adobes que se alzaba donde había estado la tienda, al norte del molino de viento. Su puerta, como la de mi nueva cabaña, daba al

sudoeste. Cuando la diligencia entró en el pueblo, pasó frente al local de Zar, donde el mayoral tiró de las riendas para detener a los caballos.

Todos fuimos a recibirla, incluso John Bear. La diligencia pertenecía a la Territory Express Company, nombre que estaba pintado con letras rojas a lo largo de ambos lados del vehículo. Las cartas llegaron cubiertas de polvo y mugre, las colas de los caballos estaban llenas de bolas de barro seco. Había un largo trecho desde la última parada hasta nuestro pueblo.

El mayor era Alf Moffet. Yo ya lo conocía. Iba sentado en su cabina, inclinado hacia delante, con los brazos sobre las rodillas y las riendas flojas en una mano. Buscaba una cara conocida y la primera que vio fue la de Molly.

—Qué sorpresa, señorita Molly... Me dijeron que usted y Flo habían muerto.

Molly frunció el entrecejo y no dijo nada. El Ruso y sus señoras también estaban allí, lo que me intranquilizó. Alf podía hablar demasiado. Gracias a mis precauciones, no había tenido ningún problema con los mineros. Molly permaneció escondida durante los primeros sábados, y después ya no se preocuparon de ella. Pero yo sabía que Alf era un gran mujeriego; además, le gustaba mucho charlar y, sobre todo, chismorrear.

—Vaya con el bueno de Alf... —dije, subiendo hacia su asiento y aclarándome la voz—. Pues sí, tuvimos aquí un incendio, pero, como puede usted ver, no hemos muerto todos. Y estas son algunas de nuestras nuevas ciudadanas. —Señalé a Mae, a Jessie y a Adah—. Si tiene a bien bajar y entrar en el nuevo *saloon*, será un placer invitarlo a un trago y, tal vez, podré presentárselas.

—No puedo detenerme por mucho tiempo, Blue —repuso Alf, pero me permitió que lo cogiera del brazo mientras él bajaba de un salto.

Agarró la bolsa del correo y le dijo al otro hombre que lo acompañaba en la cabina, un viejo a quien yo no conocía, que descargara. Había dos barriles atados a la parte posterior de la diligencia y una pila de cajas sobre su techo, además de lo que llevaba en su interior. El Express portaba cualquier carga si, después de recoger a los pasajeros, quedaba sitio libre. Siempre que venía, recibíamos suministros en abundancia, algo con lo que yo había estado contando desde el día del incendio.

Dentro del establecimiento del Zar, las lámparas estaban encendidas. Todavía era de tarde, pero la luz artificial era necesaria porque el Ruso no le había hecho ninguna ventana al edificio. Hice sentar a Alf en una de las sillas de campaña, frente a una mesa de madera. Cuando nuestros ojos se hubieron acostumbrado a la penumbra, le hice una seña al Zar, y él, sonriente, nos trajo una botella de whisky y dos vasos..., tal como le había dicho que hiciera. La cristalería era parte de la que había pertenecido a Avery, restos que pudimos recuperar Jimmy y yo el día siguiente al incendio. Quería tratar bien a Alf.

Era un hombre corpulento, de cara cuadrada, de tez gris debajo de su sombrero. Se echó limpiamente tres vasos al coleteo y, cuando el polvo hubo desaparecido de su garganta, empezamos a hablar.

—Tenemos que hacerle algunos encargos, Alf —dije.

—Verá, Blue..., yo no sé... Los de la Compañía quieren que, cuando regrese, les diga si vale la pena seguir haciendo viajes a Hard Times.

—Cada día vemos más mineros por aquí, Alf. El negocio del ruso ese rinde más cada vez. Cada día llega gente nueva. Ese señor Jenks, no sé si lo ha visto usted por ahí fuera, ha venido directamente de Kentucky.

Alf inclinó la cabeza hacia un lado y me sonrió.

—Ese incendio no fue más que un pequeño accidente —proseguí—. La ciudad crecerá de nuevo como la mala hierba antes de que usted se haya dado cuenta, Alf.

—Ya sabe que siempre lo he apreciado, Blue, de verdad. Pero ahora veo que está dispuesto a llamar vientecillo a un huracán.

Alf se había enterado de lo del incendio por algunos de los que se habían marchado del pueblo, aunque no me dijo quién. No podía mentirle.

—¿Sabe lo que le pasó —dijo de pronto—, hace unos años, a la ciudad de Kingsville? Me refiero a Kingsville, Kansas... ¿No lo sabe?

—Ni la menor noticia.

Alf volvió a llenarse el vaso.

—Pues bien, era una buena ciudad, sí, señor, el término de un ramal del ferrocarril. Tenían dos..., tres establos para caballos y carruajes, dos grandes almacenes, muchísimas y estupendas casas de madera, una cárcel de ladrillo, algunos salones finos y un hotel de dos pisos. Pues bien: cierta primavera llegó un hatajo de esos Hombres Malos; estuvieron allí tres días. Mataron a veinte personas. Destruyeron el hotel, destrozaron los almacenes. Enladrillaron las puertas y ventanas de la cárcel, la convirtieron en un horno y en él asaron vivo al *sheriff*. La ciudad nunca renació.

—¿Y el ferrocarril?

—El verano siguiente, se presentó allí un inspector..., bueno, un tipo de esos que no hacen más que preguntar, y acabaron por alargar la vía del ferrocarril otras treinta millas. Ahora, cuando el tren pasa por aquel lugar, los pasajeros solo pueden decirle adiós a la hierba de la pradera.

—Sí, Alf, esos Hombres Malos son un verdadero azote. No puede negarse. Tomemos otro trago, vamos.

Cuando volvió la cabeza para beber, le hice una señal al Zar, que esperaba junto a la puerta. Al cabo de un momento, Mae y Jessie entraron en la sala y se sentaron a la mesa. Cuando los hube presentado, salí a la luz del día.

Bear ayudaba al viejo a descargar la parte trasera de la diligencia. Jimmy estaba sobre el techo desatando las ligaduras. Jenks pasaba los dedos por el rifle que salía de la funda de cuero sujeta al asiento del mayoral. Pero lo que me hizo dar un respingo fue que, de repente, apareciera allí Ezra Maple. No me había parado a mirar si había pasajeros, no los esperaba, pero ahora no creía lo que veían mis ojos. Allí estaba, con un traje del Este y con una maleta a su lado, en el suelo. ¡Dios mío, sí, sí..., era él!

—¡Ezra! —le grité.

Molly pasó cerca de él, y el recién llegado le dijo algo. Fui hacia ellos. Cuando estaba cerca, oí que ella decía:

—Señor, ya le he dicho que no está aquí. No le gustaba el clima. Blue —dijo luego, dirigiéndose a mí—, es el señor Isaac, el hermano de Ezra. No cree lo que le digo. Está buscando el almacén general, bueno, la tienda aquella...

Al observarlo más de cerca vi que no podía ser Ezra: aquel individuo no era tan alto ni encorvaba tanto los hombros. Era más joven, de piel más clara. Pero tenía aquella misma cara de sabueso, aquella larga cara de ojos cansados.

—Pues lo confundí a usted, de veras —dije.

Molly se fue, con una corta sonrisa, y yo llevé al hombre al lugar donde había estado la tienda de Ezra. Le conté lo que había pasado. Meneó la cabeza y miró al suelo:

—No debería haberse ido sabiendo que yo iba a venir. Eso no es propio de Ezra. Le escribí una carta hace seis meses. ¡Se lo dije clarísimo, como claro es el día!

Se sacó del bolsillo una gran pipa curvada, la llenó y la encendió con una cerilla que extrajo de su caja. Chupó un poco, frunció el entrecejo y, meneando la cabeza, miró los polvorientos escombros y dijo:

—Eso que ha hecho Ezra no me parece nada bien.

Pude entender lo que sentía. Un hombre no va al Oeste para nada. Había viajado durante cuatro o cinco semanas, en tren, en vapor, en diligencia, creyendo en todo momento que encontraría a su hermano al llegar, así como, probablemente, un modo de vida.

—«Ven a reunirme conmigo tan pronto como puedas». Estas fueron las palabras que me dijo al marcharse.

—¿De veras?

—«Ven a reunirme conmigo tan pronto como puedas. Allí hay sitio para los dos».

—Esto no puede ser más cierto.

—Le escribí una carta cuando falleció nuestra madre. Murió diciendo que yo debía vender mi almacén y venir aquí. Sí, por lo visto, estaba escrito que los dos hermanos debíamos hacer fortuna juntos. Y ahora yo estoy aquí —lanzó una larga mirada a su alrededor—, y Ezra no. ¡Vaya negocio que he hecho!

—Verá, señor Maple, no sé. El agua no brota así como así de las rocas, y la suerte no suele empeñarse en entrar como sea por la puerta trasera. Pero este lugar tiene, como suele decirse, posibilidades.

Me penetró con una mirada de traficante:

—Oiga... Durante estos últimos siete días de viaje no he visto ni un árbol.

—Razón de más. Figúrese la cantidad de árboles que podrían plantarse por estos andurriales si alguien se propusiera hacerlo.

No se rio, pero conseguí apartar su atención de Ezra. Lo conduje al pozo.

—Me gustaría que probara esta agua —le dije—. Es tan buena como cualquier

otra y mejor que la mayoría de ellas. Use la de este cubo para refrescarse. Verá como le ayuda a usted a pensar con claridad qué es lo que más le conviene hacer.

En aquel momento, yo no tenía ningún plan en la mente. Pero cuando volví a acercarme a la diligencia y vi la carga que habían dejado en el suelo, se me ocurrieron varias cosas. Aquellos eran los suministros que Ezra Maple había pedido para su tienda. Había un barril de harina y otro de buey en salmuera, sacos de café, cajas de latas de sardinas, galletas... y muchas otras cosas.

Molly se me acercó por la espalda:

—Señor alcalde —dijo con suavidad—, sé lo que estás tramando, pero he de decirte que no necesitamos aquí a otro Ezra Maple. Deja que ese hombre siga buscando a su hermano. Ojalá lo encuentre en el Infierno.

No contesté, sino que volví al *saloon* del Zar. Lo primero que vi fue el sombrero de Alf, el mayoral, sobre la mesa. Mae estaba sentada sobre sus rodillas y Jessie se hallaba de pie detrás de él, cogiéndole las orejas. Los tres se reían.

—¡Blue! —gritó Alf volviéndose a poner el sombrero—. Empiezo a comprender lo que me dice acerca de las posibilidades de este lugar. No puede negarse que hay por aquí un gran espíritu. ¡Sí, señor, un gran espíritu!

—Muy bien, Alf, entonces, ¿qué le parece si hablamos de negocios?

El Zar trajo una lámpara y la puso sobre la mesa. Alf les dijo a las damas que lo perdonaran y, con la mirada de todos sobre él, sacó unos papeles de su zurrón y los esparció sobre la mesa. Eran las facturas de las mercancías descargadas de la diligencia, todas con la indicación de «pagado».

—Suman cuarenta dólares, Blue.

—Pero todas llevan ese sello —dijo el Zar examinando las facturas—. Estas mercancías ya están pagadas. ¡Quiere que volvamos a pagarlas!

—Eso es —soltó Alf—. Esos géneros eran para Ezra Maple, y Ezra ya no está aquí. Claro que si ustedes prefieren que vuelva a cargarlas en la diligencia y siga mi camino...

—Zar —dije—, es un buen precio por las mercancías recibidas. Alf, el señor que aquí ve, conduce la mejor diligencia de este lado del Platte, y la Territory Express Company lo tiene en muy alto concepto. Hacen caso de lo que él dice.

Me había hecho a la idea de que Alf me pediría más de cuarenta dólares por su trabajito informativo, pero tenía que reconocer que la forma en que había expresado sus pretensiones era toda una demostración de buenas maneras. Nada le habría costado cobrarnos las mercancías aparte.

—De acuerdo, Alf. Ahí van esos cinco —dije, y nos dimos un fuerte apretón de manos por encima de la mesa.

Luego cambiamos nuestras cartas: yo le di dos —la del chico de los granos y otra que había tomado entre tanto—, junto con cuatro dólares. Alf me entregó a mí otra carta.

—Va dirigida a Ezra —dijo—; clávela en algún lugar visible por si vuelve algún

día.

Entonces Alf tuvo una idea: me preguntó si me gustaría encargarme de los asuntos de la Express en nuestra ciudad. Accedí. Me dio un talonario impreso para escribir todos los pedidos o encargos y para emitir los billetes de los pasajeros. Las condiciones eran el tres por ciento de todo el dinero que yo recaudara, excepto el del correo. Cerramos el trato con otro apretón de manos y dejé que Alf disfrutara de las mujeres mientras yo salía de allí en busca de cuarenta dólares.

El Zar, que había salido detrás de mí, me dijo:

—Pero ¿qué clase de negocio es ese? ¡Le damos mujeres y whisky y, encima, tenemos que pagar unas mercancías que ya están pagadas!

—Usted quiere que la diligencia vuelva, ¿no? —le contesté—. Si no nos mantenemos en la ruta de la Compañía, todos los mineros de esas montañas no nos servirán de nada.

—¡Cuarenta dólares!

A la luz del día, examiné mejor la carta que Alf me había dado para Ezra Maple: era la que su hermano Isaac le había escrito desde Vermont.

—Puede que no los tenga que pagar usted —le dije al Zar.

Me dirigí al pozo y le di la carta a Maple:

—Esto ha venido con usted en la diligencia.

Recuerdo que se quedó con los ojos clavados en el texto durante un buen rato. Entre tanto, mordía con fuerza la pipa y su rostro enrojecía progresivamente. Estaba irritado, pero se notaba en su cara cierta confusión. Creo que se alegró, al fin y al cabo, de que su hermano no se hubiera marchado sabiendo que él iba a venir.

—¿Y ahora qué hará usted? —le pregunté.

—No lo sé. Buscar a Ezra. Supongo. Hasta que lo encuentre.

Entonces le hablé a Isaac echando mano de toda mi capacidad de persuasión. Le dije que podía buscar a su hermano por mil caminos distintos y, aun así, no dar con él. Le dije que, en el Oeste, había montañas por un lado y desiertos por el otro, lo suficiente altas las unas y lo bastante extensos los otros para que se perdieran allí ejércitos enteros. Le dije que un hombre podía gastar todo su dinero y la mayor parte de su vida buscando algo o a alguien en el Oeste sin encontrarlo. Sin embargo, seguí diciéndole, si se quedaba en un sitio y se hacía un nombre en él y sus alrededores, la noticia de que Isaac Maple tenía un almacén en Hard Times viajaría con más seguridad y eficacia que cualquier carta que pudiera enviar. Y algún día la noticia alcanzaría a Ezra, que sabría a donde dirigirse para reunirse con su hermano.

—Señor Maple —le dije a continuación, cogiéndolo por el brazo—, aquellas mercancías que han dejado allí, en el suelo, iban destinadas al almacén de Ezra. Si lo desea, puede comprárselas a Alf Moffet por cuarenta dólares. Y luego puede vendérmolas a todos nosotros, doblando este importe, a cambio de agua, de un techo y también de dinero. Precisamos un almacén, y no dudamos que esta necesidad crecerá a medida que vaya llegando gente para establecerse aquí.

Le estuve hablando casi una hora entera y, al cabo de ese tiempo, con todos nosotros formando un círculo a su alrededor, se llevó la mano a la faltriquera y contó cuarenta dólares en billetes, lamiéndose el pulgar y apreciando la textura de cada valioso papel antes de ponerlo en mi mano.

Un instante después, le presenté al Zar, a la señora Adah (que hizo ruborizar a Isaac al darle la mano con un pícaro meneo de cabeza), a Jenks, que le dijo hola con un golpe de cabeza y un parpadeo de sus lobunos ojos, a la chinita y a Jimmy. Bear estaba en su choza y Molly se había quedado, envarada, en la puerta de nuestra cabaña, sin unirse al grupo. Pero la de Isaac Maple fue una bienvenida con todas las de la ley.

Al cabo de unos minutos, Jessie, la larguirucha, salió del *saloon* del Zar arreglándose los cabellos con la mano. Detrás de ella, apareció Mae, ayudando a sostener a Alf, que reía y pestañeaba a la luz del sol. Había consumido una buena cantidad de whisky y miró hacia la diligencia, alrededor de la cual nos hallábamos todos nosotros.

—¡Sí, señor, aquí se respira un gran espíritu, un gran espíritu, sí, señor! — exclamó.

El viejo, ya sentado en la cabina delantera de la diligencia, se puso en el sitio del mayoral y tomó las riendas mientras nosotros ayudábamos a Alf a sentarse a su lado. Le di los cuarenta dólares y la lista de encargos que había hecho para el Zar e Isaac. Él se lo metió todo en algún lugar del chaleco.

—¿Nos volveremos a ver, Alf? —le pregunté.

—¡Pues claro que sí, Blue, claro que sí! —Se levantó el sombrero a modo de saludo, un segundo antes de que su cabeza fuera empujada de golpe hacia atrás, cuando el viejo dio su primer latigazo y las ruedas rodaron sobre la tierra de la calle.

Me sentí completamente satisfecho al ver cómo la diligencia dejaba su estela de polvo sobre la llanura... Aquel día, había hecho un buen trabajo. Sin embargo, al anochecer, terminada nuestra cena, compuesta de buey salado que le compramos a Maple, recién sacado de su barril, Molly no pareció entender que yo hubiese hecho nada de lo que uno pudiera sentirse satisfecho.

—Pagaremos esta carne diez veces más cara que si se la hubiésemos comprado directamente a Alf —dijo.

—Oye, Molly, yo no tengo intención de abrir ninguna tienda. Y el hermano de Ezra, al establecerse aquí, traerá dinero al pueblo.

Me lanzó una aguda mirada.

—¡El pueblo! Señor alcalde, no conseguirás engañarme ni así...

—¿Qué?

—Atraparás a todos los malditos chalados que puedas para formar con ellos un buen rebaño. Cuantos más seamos, más seguros estaremos. ¿No es eso lo que piensas?

—No, no es eso lo que pienso.

—Te conozco, Blue —exclamó ella, ahogando una risa, lo que también hizo reír a Jimmy.

Entonces Molly me miró fríamente y me dijo:

—Señor alcalde, de nada sirve que todos los mansos del mundo estén juntos cuando aparece el Hombre Malo. Te lo digo yo. Lo sé muy bien.

Después comenzó una carrera contra el tiempo, el atmosférico. Jenks se puso a construir algo con cuanta madera podía recuperar de la vieja calle quemada. Era evidente para mí, que, fuera lo que fuera, lo estaba pasando mal. Por fin confesó que quería levantar un establo para su carromato y sus tres animales. Al oír eso, el Zar y yo le dijimos que iríamos a coger más madera a Fountain Creek y que lo ayudaríamos a construir un buen establo si nos dejaba guardar gratuitamente en él nuestros caballos. Aceptó. Hicimos dos viajes con los dos carromatos (el del Zar y la antigua diligencia pintada de negro). Esta vez no fuimos demasiado exigentes con la madera. Pensé que podíamos emplear todas las manos a las que pudiéramos compensar, pues el establo suponía mucho trabajo, con pesebres y todo; sin embargo, resultó que Isaac Maple, que había alquilado la gran tienda de campaña del Zar para cobijarse en ella, no tenía caballo alguno, y no veía por qué motivo tenía que ayudarnos; y que Bear no quería saber nada de nosotros mientras estuviéramos acompañados del Zar. El indio pasaba la mayor parte del tiempo fuera, en las rocas, preparando cepos, supongo que para atrapar cuanto bicho de pelo pudiera.

Durante aquellos días, Jimmy trabajó a mi lado en todo. Cuidaba de la jaca, cortaba raíces, recogía estiércol seco para el fuego, limpiaba la estufa y me ayudaba a rellenar las juntas de las paredes del establo. Siempre estaba junto a mí, dispuesto a hacer cuanto le decía. Pero recuerdo cómo miró a Molly cuando, una mañana, ella se dirigió a la vieja calle, hurgó en los cascotes hasta encontrar el estilete que se le cayó el día del incendio y volvió para clavarlo, llorosa, encima de nuestra puerta.

Y cada mañana que pasaba, el sol que se levantaba era más débil y más blanco, como un hombre que se irguiera de la cama, y cada mañana el frío tardaba más en abandonar la tierra. Hasta que, finalmente, el sol no subió sobre el horizonte a mayor altura que la mía, y entonces se acabó todo calor. Lo sustituyó un viento estremecedor que se te metía por dentro y piernas arriba, y que provocaba que de poco sirvieran las ropas que llevaras puestas. Los vientos eran ligeros, pero, con su frío soplo, bronceaban la llanura al secar lo poco que en ella crecía: no nos quedaba mucho tiempo antes de que llegara el invierno.

Aún no habíamos podido cubrir el establo cuando llegó el frío de verdad. Conducíamos los caballos al cercado que formaban las cuatro altas paredes y, mientras los animales resoplaban, haciendo visible su respiración, acabamos de desarmar el corral de Fountain Creek y pudimos emplear como vigas algunos de los troncos desbastados. No podía conservarse el calor del cuerpo más que moviéndolo. Cuando el techo estuvo colocado de modo aceptable, clavamos en el suelo, usando los palos largos que quedaban del corral, una especie de balaustrada, con su correspondiente baranda, a lo largo de la parte delantera de todas nuestras construcciones útiles. Partiendo de las puertas del establo y pasando ante la tienda de campaña de Isaac Maple, el *saloon* del Zar y el molino de viento, llegaba hasta la puerta de la cabaña que yo había levantado para Molly, para Jimmy y para mí. Una ventisca de Dakota es capaz de helarte los ojos y desviarte de la dirección que llevabas antes de que tus sentidos se den cuenta. He conocido a hombres que murieron congelados por la nieve y el vendaval a pocos metros de la puerta de su casa por no tener una baranda donde agarrarse y que los ayudara a seguir avanzando.

Durante el tiempo que duró esta apresurada preparación para el invierno, no paré de pensar en lo útil que nos habría sido un buen carpintero como Fee. Con un hombre diestro como él, no habría importado tanto que los clavos de que disponíamos hubiesen perdido su dureza y que nuestra madera estuviera carcomida. Me preocupaba lo que una ventisca podría hacerle al techo del establo. Hice lo necesario para reducir la velocidad de las aspas del molino de viento, para que el agua que no precisáramos se conservara en la tierra. El invierno es una época preocupante: tienes que arrojarte hasta la barbilla y esconderte en alguna madriguera con la esperanza de que, cuando llegue la primavera, aún quede algo.

Yo no poseía otras ropas que las que llevaba puestas; Molly solo tenía su vestido blanco; y Jimmy no disponía siquiera de algo con que taparse la cabeza. Los pantalones no llegaban a cubrirle los tobillos, y tuve que atarle un poco de cuero crudo alrededor de uno de sus zapatos para que la suela dejara de aletear a cada paso. No gozábamos de lo necesario para afrontar el invierno al aire libre, y sabía que cuando se presentara con todo su rigor solo tendríamos nuestro techo y los unos a los otros para no quedarnos congelados. Sabía también que ni aun así estaríamos protegidos contra una ventisca de las más fuertes.

El sol no apareció durante toda una semana, el cielo se tiñó de gris y luego la nieve comenzó a mezclarse con el viento. Si podías aguantar el castañeteo de dientes el tiempo suficiente para echar una mirada al exterior, no veías línea alguna entre la tierra y el cielo. La llanura y las colinas rocosas eran grises, y el viento, espesado por la nieve, lanzaba sus rachas contra tu cara hasta que perdías el equilibrio; no podías estar seguro de si tocabas el suelo con los pies o de si flotabas por el cielo, perdido ya

el aliento. Trasladé de nuevo al refugio excavado la estufa que había llevado a la cabaña contigua y allí nos confinamos con mantas alrededor de los hombros, contemplando el resplandor del fuego reflejado en las dos caras que cada uno teníamos delante.

Estos eran algunos de nuestros raros momentos de tranquilidad. No teníamos mucho de qué sentirnos orgullosos, pero debía reconocer que estábamos mejor de lo esperado. Me gustaba pensar que Molly, con toda su amargura, nunca había intentado marcharse de la casa que yo le había ofrecido, y que Jimmy no había hecho otra cosa que trabajar a mi lado y hacer caso de cuanto le decía. Una persona no puede vivir sin buscar presagios a su alrededor, y creo que aquellos presagios eran buenos.

Sin embargo, al observar a Molly sentada frente a la estufa, con la cabeza vuelta hacia un lado, las manos cruzadas sobre su regazo y sin mirar a ninguna parte, con los ojos perdidos escuchando el viento y la nieve que azotaban el exterior del refugio..., en aquel momento de silencio, me convencí de que si no se marchaba a la mínima ocasión que tuviera era porque en ningún otro lugar podría saborear tan bien el desaliento de su vida. Y Jimmy, aquel muchacho que trabajaba con tan buena voluntad, el mismo que, el día que llegué por primera vez al antiguo pueblo estaba sosteniendo por un extremo la tabla de madera que Fee estaba lijando... Nunca le había visto entretenerse con cosas inútiles, como hacen la mayor parte de los niños. Había contemplado a su padre aquel día, tropezando cuando salía mortalmente herido del Sol de Plata, y no dudó en llevarlo a casa casi a rastras, tirando de su cinturón..., otra clase de trabajo, al fin y al cabo. Jimmy estaba perfectamente adaptado a aquellas tierras y empleaba todos sus sentidos y facultades para sobrevivir con lo que aquellas le daban, pero, claro..., si el chico era tan voluntarioso y hacía las cosas como yo le decía, era porque no conocía otro modo de hacerlas y porque ignoraba cuanto no perteneciera a aquel limitado mundo.

Por lo tanto, ¿dónde estaban los buenos presagios? Aquella mujer de ojos verdes y aquel muchacho de ojos castaños que ahora estaban sentados frente a mí jamás habían hecho otra cosa que lo que habían podido. Pero si me dejaba llevar por las apariencias, íbamos camino de formar una familia que no estaba mal, y si un buen presagio es tan importante, ¿por qué no utilizarlo en tu favor?

Recordé aquel viejo almanaque medio quemado que guardábamos y pensé que, dado el tiempo que hacía, era un buen momento para que el muchacho aprendiera a leer. Podía sacarle punta a un palo y enseñarle las letras dibujándolas sobre el suelo apisonado. Y así lo hicimos, trabajando un poco cada día. Yo hacía que se fijara bien en una letra impresa, que me dijera su nombre y que luego observara cómo yo la trazaba arañando el suelo con el palo. A veces, Molly observaba nuestra tarea con cara inexpresiva. Era posible que también estuviera aprendiendo algo.

Pero el tiempo era desastroso. Bastaba una tempestad de algunos días para que la nieve se acumulara hasta una altura suficiente para aislar nuestra cabaña del frío. El sol se dejaba ver entonces una mañana, bajaban vientos calientes de las colinas

rocosas, con lo que pronto todo se fundía con un sonido que recordaba a una orquesta de grillos, y no hablemos del agua que corría por todas partes. Al llegar la noche, la tierra se convertía en hielo, todos los techos se llenaban de colgajos helados, y las paredes de nuestra cabaña quedaban expuestas de nuevo a los vientos fríos. Y así sucesivamente. Cada nevada traía su propio viento, de esos que llaman *chinook* por estas tierras, un viento que te martirizaba la piel. Un día pisabas nieve; el siguiente, fango. El agua te empapaba las botas y las congelaba durante la noche. Claro que esto, con todos sus inconvenientes, no era nada al lado de la ventisca pura. No, no era un tiempo que te dejara vivir con sosiego.

—Te has emperrado en enseñarle al chico esas malditas letras y ni siquiera te has dado cuenta de que está enfermo —me dijo Molly una noche.

Jimmy había tosido una o dos veces, que yo hubiera oído, pero no pensé en ninguna enfermedad.

—¿Te sientes bien, verdad, Jimmy? —le pregunté al muchacho.

—Sí, me siento bien.

Al siguiente día, no paró de toser. Incluso dentro del refugio, la tierra estaba húmeda, por lo que, al llegar la noche, doblé mi manta y la puse debajo del chico y permanecí sentado, escuchando su tos y observando sus escalofríos mientras él dormía. Molly estaba echada en su sitio, al otro lado de la estufa; podía ver, por los movimientos de su espalda, que estaba completamente despierta y que oía al chico cada vez que tosía.

A la mañana siguiente, Jimmy no se pudo levantar. Temblaba debajo de la manta, los dientes le castañeteaban y había cierto resuello en su respiración. Tenía la cara enrojecida y le brillaban los ojos. Molly me miró como si todo aquello fuera culpa mía.

Salí disparado hacia el *saloon* del Ruso. La mañana era gris y fría, el hielo cubría la baranda de un extremo a otro, y el suelo era una costra de nieve fangosa. El Zar caminaba arriba y abajo de su local, y Adah y las tres chicas estaban sentadas en las sillas de campamento, dispuestas a tomar su desayuno de tortas de harina y sardinas. Allí dentro hacía frío. Todos llevaban puesto un abrigo.

—Zar —dije—, le he de pedir un poco de whisky; el chico ha cogido algo, en el pecho.

—¿Sí? —Hizo un gesto displicente con la mano, sin dejar de andar—. Tome el que quiera. Esta semana no veremos a ningún minero por aquí... ¿Para qué necesito el whisky?

Adah quiso saber qué síntomas presentaba el muchacho. Le conté que tenía una tos muy fuerte, temblores y fiebre.

—Bah, son cosas propias del tiempo —respondió Jessie, la larguirucha—. Yo misma no me siento nada bien.

—Tu problema no es el tiempo, monada —le soltó Mae—, sino la mala luna que tienes.

Adah me dijo que esperara un momento y pasó a otra habitación. La casa que había construido el Zar no era mucho más ancha que un vagón de ferrocarril. Había dos cuartos en el extremo de la sala principal, uno detrás del otro.

—Ningún cliente, aparte de ese gorrón de Jenks —decía entre tanto el Zar. Se sentía molesto porque el tiempo había cerrado el camino del campamento minero.

—Oiga, Blue —dijo Mae, levantándose de la mesa—, tiene usted ahí una barba estupenda... ¿Por qué no viene usted una noche de esas para que se la peinemos?

La chinita tenía la boca llena y se la tapó con la mano al echarse a reír.

—Es que, la verdad —insistió Mae—, todo lo que vemos ahora por aquí es a ese Jenks, que no sirve para nada más que para limpiar sus malditos revólveres. Una barba como esa sí que debe dar calorcito a una chica, con esas noches tan frías...

—Y luego ese Maple, el recién llegado de Nueva Inglaterra —apuntó el Zar—: no bebe; las mujeres, para él, ni fu ni fa; y allí lo tenéis en mi tienda de campaña. Si he de comprarle algo, tengo que pagarlo con dinero... ¡Vaya negocio!

Adah volvió a aparecer con dos botellas. Me dijo que en la pequeña había trementina para frotar las piernas del muchacho, y que en la grande había ron, que era mejor que el whisky como medicina. Tenía que mezclarlo con agua caliente y hacer que el chico tomara cuanto pudiera.

—Para el pecho, no hay nada como el ron —me dijo.

Le di las gracias, regresé e hice lo que me había dicho. En principio, el remedio pareció dar resultado. Pero, por la tarde, Jimmy comenzó a temblar de nuevo y no quiso tomar más ron. Cada vez que tosía, se le estremecía todo el cuerpo. Molly preparó una sopa de harina con trozos de buey salado, pero el chico no la quiso.

Empezó a asustarme oír toser a Jimmy como un hombre; la tos le salía de las entrañas, le empujaba la lengua y los ojos hacia fuera, y enrojecía intensamente su cara. Lo teníamos abrigado con todas nuestras mantas y procurábamos que la estufa diese el máximo calor posible, pero el muchacho no paraba de temblar. Comencé a sentir la terrible rabia de la impotencia. Nuestra inquietud y nuestro ajeteo duraba hora tras hora; lo incorporábamos para que respirara con más facilidad, lo volvíamos a acostar..., pero nada lo aliviaba y no podía conciliar el sueño.

Sería casi medianoche cuando Jimmy se puso a gemir y a mirarnos, ora al uno, ora al otro. Pero no sabíamos qué más podíamos hacer. Sus ojos quemaban de un modo increíble y sus mejillas se hundían al ritmo de su jadeante respiración. Llegó un momento en que Molly no pudo mirarlo por más tiempo; andaba arriba y abajo con los dedos crispados sobre su cuello y sobre la cruz que colgaba de él. Durante uno de los peores ataques de tos que sufrió el muchacho, ella subió el desnivel que nos separaba de nuestra cabaña y se adentró en la oscuridad.

Un momento después, noté una corriente de aire en mis pies y la seguí a la cabaña. Tenía la puerta exterior medio abierta y miraba, hasta donde le alcanzaba la vista a través de la ventosa luz de la luna, en dirección a la choza del indio.

—Señor alcalde —me dijo—, ¿qué harás si el chico muere? ¿Lo enterrarás al lado

de su papá?

Sin esperar respuesta se lanzó afuera sin más abrigo que el vestido blanco y caminó hacia la cabaña de John Bear con aquel rígido andar suyo, abrazándose a sí misma en un vano intento de protegerse del frío. Mientras cerraba la puerta, se alzó en mi interior una ola de indignación. En aquel momento, habría sido capaz de golpearla; tanto era el dolor que sentía ante la enfermedad del muchacho, aumentado ahora por la reacción de ella. Maldije a aquella testaruda prostituta por el influjo que tenía sobre mi vida.

Unos minutos después, el indio se hallaba en nuestro refugio observando a Jimmy. El chico lo miraba asustado. Bear llevaba su manto de piel de búfalo sobre la camisa, y su negro pelo le colgaba hasta los hombros desde debajo del sombrero. Nos mirábamos unos a otros y nadie pronunciaba una sola palabra... Por fin, el indio se inclinó hacia Jimmy y arrancó con tanta brusquedad la manta que lo cubría que el muchacho dio un grito y tuvo un acceso de tos.

Bear puso en marcha sus prácticas curativas con una rapidez que resultaba reconfortante. Colgó la manta en el vano de la puerta que daba paso a nuestra cabaña. Puso un puchero de agua sobre la estufa y atizó el fuego. Cuando el agua empezó a hervir, le echó unas hierbas que había traído, con lo que, al cabo de unos minutos, el aire interior del refugio se había vuelto aromático y vaporoso. Observábamos sus movimientos con estupefacción: se sacó un bote del bolsillo y vertió un puñado de semillas en la palma de su mano. Entonces se arrodilló y lanzó una mirada por el refugio.

—Quiere una piedra —me dijo Molly.

Corrí hacia el exterior y encontré una piedra plana; volví a entrar y se la di. Puso las semillas sobre la piedra y comenzó a machacarlas con otra piedra que sacó de no sé dónde; cuando los granos estuvieron bien molidos, el ambiente se llenó de un penetrante olor a mostaza. Cogió unos puñados de tierra del suelo, los mezcló con el polvo de mostaza y les añadió un poco de agua de nuestro cubo hasta conseguir una masa pastosa. Entonces, llevando la pasta en la mano como en una copa, fue hacia Jimmy y se arrodilló a horcajadas sobre él.

Jimmy empezó a forcejear, dando patadas y braceando hacia arriba, pero el indio se limitó a echarse hacia atrás hasta que el muchacho se estuvo quieto y volvió la cara hacia otro lado. Aún con la pasta de mostaza en la mano, Bear puso al descubierto el pecho del chico. Al ver aquel pequeño cuerpo, en el que podían contarse las costillas, me dolió el corazón. Bear esparció la medicina de una axila a la otra, entre la garganta y el estómago. Luego le bajó la camisa y lo envolvió apretadamente con la manta.

He de reconocerlo: en cualquier circunstancia, John Bear era el mejor doctor que hubiera visto jamás, ya fuera de piel blanca o de piel roja; tenía un verdadero don para curar, y eso no había nadie que se lo quitara.

Antes de marcharse, se acercó a Molly y, ante su asombro, el indio le desabrochó

la cadena del cuello y puso la cruz sobre la cabeza de Jimmy. Bear no era cristiano; no era más que un hombre modesto. Molly había tenido agarrada la cruz entre sus manos durante toda la cura, y él no era quién para negar el poder de un posible encantamiento, fuese de la clase que fuese.

Después, llegó otro largo día, y otra larga noche, con un tremendo viento que, procedente de las rocosas colinas, no paraba de arrojar nieve sobre el pueblo. En el interior del refugio, las paredes de tierra y de adobe se iban cubriendo de líquidas gotitas mientras el vapor del puchero, en el cual el agua no paraba de hervir sobre la estufa, seguía extendiéndose sobre la estancia. Yo alimentaba el fuego y llenaba el puchero sin descanso. Molly permanecía sentada con el muchacho apoyado contra ella. El chico tosía echando esputos y escupiéndolos en un trapo que ella aguantaba sobre su boca. Los ojos de Jimmy se habían despabilado con la mostaza, el pecho le dolía de tanto toser y le quemaba a causa del emplasto. Daba pena mirarlo. Cada vez que él hacía un gesto para arrancarse la manta, ella levantaba las manos y le susurraba:

—¡Déjalo que queme! ¡Cuanto más, mejor!

Algunas veces, la señora Adah vino a llamar a nuestra puerta para preguntar cómo seguía el muchacho. No entraba, por lo que yo tenía que salir; hablábamos unos momentos a gritos para poder oír lo que decíamos bajo los embates de la ventisca, tras lo cual ella regresaba precipitadamente al *saloon*.

Pasó otro día y, al llegar la noche, Jimmy tampoco quiso comer nada; no obstante, algo más tarde, cuando la nieve dejó de caer, me pareció que respiraba mejor. Con todo, no podía cerrar los ojos. Molly, haciendo que apoyara la cabeza sobre su propio pecho, lo rodeó con sus brazos. Para ella representó un gran esfuerzo; se sonrojó y me miró como si temiera que yo me riera de ella.

Hubo un momento de desconcierto en sus ojos; quería hablar con el muchacho, consolarlo, pero le costaba encontrar las palabras adecuadas. Tuvo que retroceder un buen trecho en el tiempo para dar con ellas:

—Seguro que no has visto nunca una gran ciudad. Seguro que no. Molly vivía en Nueva York, ¿no lo sabías? Es un sitio muy grande con casas de piedra, todas formando filas, con calles empedradas que tienen luces en cada esquina, unas luces que cada noche enciende un hombre que lleva una antorcha en un palo larguísimo. Y se ven coches y ómnibus por todas partes, limpios y brillantes, con caballos de crines trenzadas y airoso trotar. ¿No lo sabías...?

Yo estaba sentado con la espalda apoyada en la pared, mascando una torta de las praderas y observando a Molly mientras hablaba; quería ver cómo terminaba aquello. Los ojos del muchacho estaban abiertos y atentos, aunque su respiración era pesada; en cambio, los de Molly permanecían cerrados, como si fuera atrayendo a su memoria los recuerdos para describirlos.

—... y, cada mañana, me ponía un vestido negro recién lavado, un limpio delantal de lino blanco y una pequeña cofia almidonada que se sostenía sobre mi pelo con

alfileres; sí, iba tan limpia y almidonada como una monja. ¡Y aquella casa! Claro, nunca has visto nada que se le parezca: más de quince habitaciones, cada una de ellas con sus muebles a juego, su lustroso suelo de madera y sus elegantes alfombras. ¡Y aquellas camas! No era difícil hundirse por completo en aquella blandura. Y el comedor... Era una habitación que se usaba solo para comer, ¿te lo puedes creer? La mesa se cubría con un fino mantel bordeado de borlas, sobre el que se ponían tal vez diez juegos de tenedores, cuchillos y cucharas de plata pura, y tres o cuatro copas en cada sitio para las diferentes clases de agua o vino. Y luego el comedor, iluminado con velas, se llenaba de gente que hablaba y reía; y allí entrábamos tres o cuatro de nosotras con bandejas de verdura caliente, de pollo, de carne asada, de bollos y otras cosas buenas para servir las a todas las damas y caballeros. A todas las damas y caballeros...

Nunca olvidaré aquellas palabras. Incluso después de que el muchacho cerrara los ojos, siguió abrazada a él sin dejar de susurrarle sus recuerdos. Fue la vez que más dijo de sí misma, la vez que más supe de ella. Habló todo el tiempo en *brogue*, ese dialecto irlandés. Jamás se lo había oído, y nunca más volvería a escucharlo en sus labios.

—A todas las hermosas damas y finos caballeros... —Entonces sus ojos se abrieron y vio que yo la estaba observando—. ¡Mira a otro lado! —dijo, mientras los ojos se le llenaban de lágrimas—. ¡No sé cómo te atreves a mirarme! ¡Mira a otro lado!

Aunque no me lo hubiera dicho, no habría tardado en hacerlo; su terrible orgullo era cegador.

Más tarde, se apartó con cuidado del muchacho, procurando no despertarlo del sueño que tanto había tardado en llegar. Y también nosotros dos nos echamos para ver si conseguíamos dormir un poco. Pero todas las mantas estaban encima de Jimmy, y cuando se apagó el fuego el frío penetró en mis huesos hasta hacerme daño. En realidad, ni Molly ni yo pudimos dormir. La oía temblar. Me arrastré hacia ella y le toqué el hombro; se acurrucó y se quedó pegada a mi cuerpo.

—¡Maldito alcalde! —me susurró al oído—. ¡Esto no quiere decir que pueda soportar ni siquiera mirarte! ¡Te lo juro!

La abracé tan fuerte como pude, sintiendo su pecho contra el mío, sintiendo su respiración, y no me aparté hasta que llegó el calor y ella se durmió. Creo que había estado deseando abrazarla incluso cuando el fuego aún no se había apagado. Mis manos permanecieron todo aquel tiempo sobre su espalda, lo que me permitió sentir en mis palmas las cicatrices de las quemaduras que su vestido cubría. Era pequeña, mucho más pequeña de lo que parecía. La tuve rodeada todo el tiempo con mis brazos, apretada contra mí, mientras pensaba que los dos no hacíamos otra cosa que soportar nuestras propias vidas, aunque cada uno a su manera. Llegué a la conclusión de que si el hecho de odiarme la satisfacía, había que dejar que me odiara. En el peor de los casos, su odio era algo que tenía lugar entre ella y ella misma. Y, al darme

cuenta de esto, me sentía avergonzado por no haber sabido comprenderla.

Jimmy fue mejorando, pero poco a poco; su tos duró aún varias semanas. Molly estuvo pendiente de él durante cada minuto de todo aquel tiempo, y ni una sola vez me pidió que la ayudara a cuidar del muchacho. Le preparaba sopas, lo mantenía bien abrigado y, durante el día, lo sostenía por debajo de los codos cada vez que él tenía o quería ir de un lado a otro de la cabaña con su lento caminar. De vez en cuando, ella iba a consultar a John Bear, y pagaba sus consejos con su propia ración de comida. Y si volvía con algún nuevo tratamiento, Jimmy lo aceptaba sin rechistar, aunque se muriera de ganas de protestar. Había algo en Molly que lo hacía doblegarse a sus deseos: lo cuidaba sin la menor exageración, sin la menor sonrisa, como si, en cualquier momento, su paciencia tan puesta a prueba pudiera detener sus atenciones y abandonarlo a su propia suerte.

A mí ya me había abandonado a mi propia suerte. Nuestro accidental abrazo solo la había calentado hasta el punto de que se diera cuenta —muy ligera cuenta— de que yo me hallaba en la cabaña. Permanecía completamente ocupada en cuidar del muchacho y en mantener la frialdad en que yo estaba encerrado por voluntad propia. Era, pues, poco lo que podía hacer, aparte de achicar de nuestro refugio toda clase de aguas o de preocuparme por si podríamos mantener encendido el fuego hasta el final del invierno. Cuando Jimmy pudo levantarse, pensé que tal vez le gustaría reanudar nuestras lecciones de lectura. Pero no lo hizo con mucha afición: sus ojos se desviaban constantemente hacia aquella mujer como si le preguntara de qué podía servirle aprender a leer aquel almanaque durante horas y más horas.

Yo pasaba muchas horas estudiando el almanaque. Eso evitaba que pensara o que me preguntara dónde estaría pasando el invierno el Hombre Malo. El almanaque contenía, entre muchas otras cosas, los datos censales de los diferentes estados y de sus distritos territoriales, y se indicaban las fechas en que habían entrado a formar parte de la Unión. Siempre me habían gustado esta clase de lecturas. Antes de que me entrara la fiebre de irme al Oeste, trabajé varios meses en casa de un abogado, y siempre me gustó el tacto del papel, grueso y grande, de los documentos legales, o leer memorias salpicadas de latín. Después, en mis constantes viajes, siempre que tropezaba con algún bando o aviso me lo leía de cabo a rabo. Hay gente que tiene debilidad por las cartas o por reducir a virutas, con su cuchillo, cuantos palos o trozos de madera caen en sus manos; mi debilidad han sido siempre los documentos, la recopilación de hechos y otras cosas por el estilo.

Cuando llegué a Hard Times por primera vez, no fue nada determinado lo que hizo que me detuviera en el pueblo. Fee estaba poniendo las últimas tablas de madera al *saloon* de dos pisos de Avery. El hecho de que estuviera construyendo aquel local precisamente delante de aquella extensa llanura me chocó bastante. Pensé que un carpintero tenía mejores lugares donde ganarse la vida y que la desolada pobreza de

aquel sitio no merecía en absoluto su labor; sin embargo, era tal la confianza y la resolución con que Fee trabajaba que me avergoncé de haber puesto en duda la utilidad de su obra. A mis cuarenta y ocho años, totalmente cansado de mirar, de buscar, de no parar de ir de un lado a otro y de querer no sabía qué, estaba en condiciones de admitir que no era el lugar ni su situación lo que más me importaba. Compré un cuarto que daba a uno de los porches que había a lo largo de ambos lados de la calle y allí me quedé. Más tarde, sin ninguna intención especial, le compré un libro de registro a un hombre que viajaba vendiendo de todo un poco; y, después, compré el escritorio y otras cosas a aquel abogado que se fue a trabajar a las minas. Puse el libro sobre la mesa y, en mis ratos de ocio, comencé a anotar el nombre de todos, la tierra que pretendían y las propiedades que ya poseían. Nunca había disfrutado tanto. El pueblo no tenía ningún promotor y, claro, nada quedaba registrado. Si alguna vez crecía lo suficiente como para ser inscrito oficialmente o si el territorio necesitaba los nombres necesarios para solicitar su transformación en estado, yo dispondría de los datos esenciales. Algunos, como Avery, rieron cuando se supo lo que yo estaba haciendo; más tarde, él mismo fue uno de los primeros que me llamó alcalde...

Pero solo pensar en ello provocaba que los días se me hicieran más largos.

Una de aquellas frías tardes, se oyeron unos golpes en nuestra puerta: era Isaac Maple. Entró disculpándose y nos dijo que había intentado ver a Jenks y al Zar, pero que Jenks se hallaba durmiendo y que el Zar estaba de mal humor y no tenía ganas de hablar con él.

—¿Para qué quería verlos, Isaac? —pregunté.

Se sacó algo del bolsillo: un pequeño calendario impreso. Allí, de pie y con la nariz goteante, nos dijo:

—Voy marcando en esto los días que pasan y, que yo sepa, hoy estamos a 25 de diciembre, Navidad.

Molly y yo le dirigimos una mirada perpleja. El hombre esperaba alguna respuesta, de la clase que fuera. Todo lo que se me ocurrió fue:

—Si es así, Isaac, quítese el abrigo y tome un poco de café con nosotros.

Molly dejó de mirar a Isaac para mirarme a mí. Luego se apartó de nosotros sin decir palabra.

Se podía ver claramente en los ojos de aquel tipo que nos consideraba tan desagradables como Jenks o el Ruso. Su cara de sabueso cansado expresó aún más cansancio.

—No, gracias —dijo, y se volvió y salió.

Aquello me hizo pensar en él durante el resto del día. Isaac Maple permanecía solo en su tienda la mayor parte del día, pensando, era de suponer, en su hermano Ezra. Era un hombre pusilánime y desconocedor de la vida del Oeste, por lo que cabía suponer que había sido una gran falta de compañía lo que lo había traído a

nuestra puerta. No es que yo tenga afición por celebrar fiestas, pero, en aquel momento, quería comprender los sentimientos de Isaac. Al atardecer, me dirigí al *saloon* del Zar y pedí un trago por cuenta de la casa.

El Zar estaba apoyado de codos en su mostrador de madera sostenido por caballetes.

—¿Por qué? —preguntó con mala cara.

—Porque estamos en Navidad —respondí—. ¿No lo sabía?

—Pues verá... Yo solo pienso celebrar la llegada de la primavera.

Pero la señora Adah estaba realmente emocionada. Corriendo, fue a despertar a las chicas, que dormían en las habitaciones traseras. Pensé que la mujer había reaccionado tal como Isaac deseaba y, cuando regresó, dije:

—Ha sido Isaac Maple quien me lo ha dicho.

—Voy a buscarlo —dijo ella poniéndose un chal encima—. Pobre hombre... Tan solo...

—Evítate esa molestia, Adah —dijo el Zar, pero ella ya había salido.

Al Zar aquel hombre no le era de ninguna utilidad, por lo que no quería molestarlo lo más mínimo por él. Cuando Adah volvió con Isaac Maple, tuvo que servir ella misma las bebidas. El Ruso se había sentado, refunfuñando, en una de sus sillas de campaña.

Entonces quiso la casualidad que entrara Jenks. Llevaba un gorro que él mismo se había hecho con una piel de perro de las praderas; le caía hasta la altura de los ojos, por delante y por detrás. Apenas podía distinguirse su sonrisa lobuna debajo de aquel gorro.

—El cliente —dijo el Zar cruzando los brazos.

Pues sí, aquello tenía visos de convertirse en una verdadera reunión social. Así que volví a la cabaña para traer a Molly y al chico. Ella no quería participar de la fiesta. Dijo que salir de noche con el viento tan frío que hacía y la nieve que caía no sería bueno para Jimmy. Yo dije que podíamos envolverlo en una manta y que así lo llevaría en brazos hasta el *saloon*. A ninguno de los dos pareció gustarles mucho la idea; sin embargo, no tardó en llegar, a través del viento, la voz de la señora Adah, que cantaba un himno acompañándose con el acordeón, y eso contribuyó a que se hiciera lo que yo quería. Abrigué bien al chico y fuimos a donde nos llamaba la música.

Cuando entramos, Adah paró de cantar y se levantó para saludar a Molly. Todos se mostraron muy corteses: Jenks levantó un instante su gorro al decir «hola», y las damas del lugar cumplieron también a Jimmy, aunque, por hallarse este junto a Molly, guardaron las debidas distancias. Había solo una lámpara sobre la mesa, por lo que la sala estaba casi a oscuras. El Zar encendió otra y, a una señal de Adah, comenzó a verter una bebida para Molly. Esta levantó la mano y, como una señora de verdad, sonrió negando con la cabeza. Había bebido lo suyo en otros tiempos, y no le habría desagradado hacerlo ahora, pero experimentó más placer no aceptando y

manteniéndose apartada de aquellas fulanas, a pesar de que conocía mejor el oficio de lo que ellas podían imaginarse.

De pronto, nos quedamos, todos allí de pie, sin saber qué decir. A nadie se le ocurría nada para romper el embarazo general. Levanté mi copa:

—Bueno... Brindo por la Navidad y por mejores tiempos para el mundo.

—Amén —dijo la señora Adah.

Entonces la mujer cogió el acordeón, volvió a sentarse y comenzó de nuevo su himno. Todos guardaron silencio para escuchar el canto, mientras bebían, desde el principio hasta el final. La mujer tenía una voz profunda, pero sentía lo que cantaba. Cuando terminó el himno, empezó otro, precisamente uno que Isaac conocía; avanzó, pues, hasta situarse detrás de ella y, mirando erguido a la pared, aportó otra voz: tenor.

El whisky calentaba las gargantas; a mí se me esparció por todo el cuerpo como un rayo de sol. La música de iglesia seguía adelante; Molly, con Jimmy a su lado, escuchaba sentada en una silla; el Zar iba de un lado a otro ofreciendo el contenido de una botella. Comprendí entonces cuál era la intención de Isaac Maple: celebrar, simplemente, que todos nosotros estuviéramos allí. Y me pregunté si no comenzaban a llegar los mejores tiempos: éramos solo unas cuantas personas, pero unas personas que comenzaban a echar raíces en una tierra donde no había más que tumbas unos pocos meses antes.

Al cabo de un rato, el licor empezó a surtir efecto en cada uno de nosotros. Jessie y Mae, que se habían sentido cohibidas por la presencia de Molly, fingieron haberse olvidado de que ella estaba allí y comenzaron a alegrarse. Jessie fue hacia Jenks, que estaba sentado en una silla, y metió el pulgar debajo de su gorro de piel.

—¿Eres tú el que está ahí debajo, Ojo Muerto? —le soltó.

Jenks le apartó la mano de un sopapo, dirigiendo al mismo tiempo la mirada hacia Molly:

—¡Quita, mujer!

—¡Pero, Jenksy! —dijo Mae, sentándose de golpe sobre las rodillas del hombre—. Nunca te había visto tan apagado. ¿Acaso no has dormido, hoy?

—Dejadme, chicas, por favor —insistió Jenks, quitándose de encima a Mae de un empujón.

Manteniendo en alto la mano con que sostenía su vaso, se dirigió a la barra. Jessie y Mae se rieron. El gesto de Jenks no podía ser más digno, pero nada pudo evitar que quedara a la vista la parte trasera de su pantalón, llena de costras de estiércol ya casi secas.

Cuando terminó el himno, Adah se volvió en su silla y puso la mano sobre el brazo de Isaac.

—Canta usted muy bien, señor Maple —dijo.

—Gracias, un buen himno siempre es un placer —respondió Isaac.

—¡Estupendo! ¡Estupendo! ¡Estupendísimo! —intervino el Zar, mientras

aplaudía.

—Tiene usted un verdadero don, señora Adah —dijo Isaac.

—¿Un don? —soltó el Zar—. Tú y él juntos...: dos coyotes aullándole a la luna.

Isaac se volvió hacia él:

—¿Qué dice?

—¡Le digo que sí! —dijo el Zar, echándose a reír—. Que esa música la he oído yo en la estepa por la noche. Eso no son más que aullidos. ¿Verdad, Jessie? ¿Verdad, Mae? ¿Me oís?

Pero las chicas estaban ocupadas trabajándose a Jenks; lo habían seguido a la barra.

—¿Qué le pasa esta noche a tu amigo, Mae? —preguntó Jessie.

—Está tímido —contestó Mae, hurgando a Jenks en las costillas.

—Si yo oliera a mierda de caballo, también estaría tímido —dijo Jessie.

—Voy a hablarle claro, amigo —dijo el Zar, acercándose a Isaac—. No es solo su manera de cantar lo que es inhumano, sino, también, su modo de hacer negocios, su manera de comportarse en todo. Todo aquel que es hombre bebe mi licor a cambio de su dinero. Todo aquel que es hombre necesita a mis chicas.

—Nadie tiene derecho a decirme a mí cómo debo llevar mis negocios o cómo debo comportarme —respondió Isaac, a quien de pronto se le enrojeció la cara.

—¡Dinero! ¡Dinero! —vociferó el Zar—. ¡Dinerooo!

—¡Nadie le obliga a usted a comprar! —gritó Isaac ahogando la voz del Zar.

Adah, al ver que las cosas se salían de madre, miró de reojo a Molly y se volvió para sentarse y comenzar otro himno. Pero solo consiguió aumentar el ruido. El Zar se apartó de Isaac con un gesto de desprecio y se sirvió otro trago de la botella que había encima de la mesa. Pero el tendero fue tras él, furibundo:

—¿No le pago a usted mi buen dinero por usar su tienda de campaña? Yo siempre juego limpio, mis negocios son siempre honrados. A cada uno lo suyo. ¡Todo lo que busco es un beneficio justo y honesto, cosa que muchos no pueden decir!

—Bah... ¿Y quién le necesita aquí? —preguntó el Zar.

—¡Dios sabe que yo no pedí quedarme en este lugar! ¡Me lo pidieron!

Entre tanto, las sonrisas habían desaparecido de las caras de Mae y Jessie.

—Creo que al señor Jenks ya no le gustamos, Mae —apuntó Jessie.

—Óyeme, desbarbillado, gorrón limpiador de pistolas —dijo Mae, dirigiéndose a Jenks—, la próxima vez que vengas por aquí con la lengua colgando, no cuentes con nosotras. Puedes ir a casa de «ella»... A ver lo que te da...

—Eso, hijo de perra con dientes de caballo —soltó Jessie, acercando su cara a la de Jenks.

Por un segundo, creí que Molly los había oído, pero el acordeón soplaba de lo lindo e Isaac Maple gritaba más fuerte que él:

—¡Fui engañado! ¡Sí, engañado! —Me miró directamente—. ¡Eso es lo que digo! ¡Engañado! ¡Pagué mi buen dinero para establecerme en este infierno! ¡Este sitio no

fue bueno para Ezra y tampoco lo es para mí!

—¿No nieva nunca en Vermont, Isaac? —pregunté.

—Sí, nevaba, claro que sí. Pero uno sabía cómo defenderse de la nieve. ¡No tenías que pasarte los días y las noches sacándola de encima de tu tienda para no morir sepultado!

—Pero este es un invierno suave, Isaac... —dije.

—Es posible, pero es mi primer invierno, y el último, en este agujero. Se lo aseguro.

—¡Muy bien, pues váyase y adiós! —gritó el Zar.

—Me iré, vaya si me iré, no tema. Cuando venga esa diligencia, no me busque: estaré dentro de ella esperando partir...

En aquel momento, la señora Adah paró de cantar. Y, en medio del súbito silencio, Isaac miró a su entorno y gritó:

—¡Pero jamás veremos llegar la diligencia! ¡Habremos muerto todos antes de que vuelva!

Nunca había oído unas palabras tan desesperadas como aquellas. Últimamente, no había transcurrido una noche sin que yo también pensara lo mismo; pero no lo había dicho a gritos, cosa que tampoco habían hecho los demás. Isaac puso el miedo en nuestras mentes al airearlo de aquella manera. Un escalofrío recorrió la sala y, en el silencio que se produjo, oímos el viento que, en el exterior, soplaba por toda aquella tierra. Vi ante mí la desierta inmensidad de una llanura cubierta de nieve helada que nos separaba del resto del mundo sin camino alguno en ella.

Poco después, Isaac salió. Entonces, Molly se levantó y se marchó apresuradamente. Mae se apoyó en la barra y, pasándose los dedos por el pelo, dijo, en voz baja, como hablando con ella misma:

—Hasta la próxima Navidad, querida.

El Zar se dejó caer en una silla y descansó la cabeza sobre la mano que había puesto en la mesa que había delante. Nuestra reunión ya no tenía sentido, cada uno de nosotros estaba solo consigo mismo. Abrigué bien al chico y me fui.

El sentimiento de desamparo surgido de aquella Navidad creció con el correr de los días. Había jornadas de un frío tan intenso que respirar un poco de aire en el exterior era lo mismo que tragar escarcha. El tiempo nos había confinado de tal modo en nuestra madriguera que cuando me ponía a pensar en la primavera solo lo hacía como en una posibilidad ya perdida. ¿Cómo podías recordar el calor del sol cuando, a lo largo de un helado día tras otro, el invierno bailaba a tu alrededor con todos los recursos de su ruda fantasía? Estábamos encerrados en aquella cabaña, igual que varas grises con ojos. Ni siquiera podía preocuparme que algún día llegáramos a quedarnos sin nada para comer o para alimentar el fuego; había una amenaza peor: sentirse tan perdido en aquel lugar, ser una criatura viviente en una tierra sin vida.

Lo que intento es explicar cómo fueron las cosas durante aquel tiempo, pues el

invierno tuvo mucho que ver con cómo se desarrollaron luego los hechos. Bajo tales condiciones, incluso los actos más comunes de cada día no tenían objeto alguno. Era una locura comer solo para permanecer vivo dentro de aquella guarida; era una locura acostarse al llegar la noche para despertar al otro día, un día igual al anterior. Una vez Molly miró hacia la puerta y dijo:

—¡Estamos enterrados, tan enterrados como esos muertos helados bajo tierra ahí fuera! Pero nosotros lo sabemos, Dios mío... Esta es la única diferencia.

Y Jimmy, ante aquella alusión a su padre, se puso a llorar y se levantó de golpe para abrazarla, como si no quisiera aceptar la realidad.

A veces, oíamos las riñas del Zar con sus mujeres. Parecían un prelude de la muerte. El Ruso se estaba bebiendo sus propias existencias, lo que aumentaba su malhumor. A Jessie, la larguirucha, le hizo saltar un diente de un revés y, en otra ocasión, la señora Adah tuvo que llevarlo a dormir la mona amenazándolo con un garrote, pues había estado a punto de hacerle algo parecido a la muchacha china.

A Leo Jenks le dio por pasearse en medio de las tempestades y disparar sus pistolas al viento. En cierta ocasión se quedó demasiado tiempo fuera, asegurando que había visto un berrendo; quizá fue cierto, quizá no, pero lo indudable fue que los dedos se le helaron pegados al rifle y que, cuando en el *saloon* del Zar, donde entró dando un traspie fenomenal, se los separaron del cañón como pudieron, la piel se le quedó adherida al metal del arma.

En cuanto a Isaac Maple, siguió arreglándoselas él solo en su tienda de campaña, tachando en su calendario de bolsillo, como si fuera un error, cada día que pasaba. Nunca hablaba cuando alguien iba a comprarle algo; sin prestarse a ningún intercambio de palabras, se libraba del comprador tan pronto como podía. Cierta día especialmente frío, en el que el viento hacía que te dolieran hasta los dientes y te helaba las maldiciones que echabas, fue al encuentro de todos nosotros, uno tras otro —del Zar, de Jenks, de mí mismo y también del indio— para ofrecernos la venta, en calidad de socios, de la mitad de lo que había encargado a Alf Moffet. Nadie quiso comprarla, lo cual acabó de convencerle de que tenía razón, de que había sido engañado y de que Alf no volvería a dejarse ver. A partir de entonces, nos dobló el precio de la harina y las sardinas —que era todo lo que le quedaba—, y, al final, no quiso vendernos nada, con el pretexto de que necesitaba aquellos alimentos para él.

Cuando esto sucedió, el Zar vino a verme con su escopeta y me dijo:

—Matémoslo.

Se proponía hacer lo que decía, pero, después de echarle yo un pequeño discurso, en vez de eso caminamos con trabajo hacia el establo, donde Jenks estaba cuidando sus lastimadas manos. Echamos una mirada a los caballos. A todos les colgaba la piel y la cabeza. Se habían comido cuanto tenían para alimentarse, incluso habían roído la corteza de la madera del pesebre donde la había. La jaca del mayor parecía estar en peores condiciones que el resto de los animales; tenía los ojos empañados, los huesos le sobresalían por todas partes, como si fueran a perforarle la piel, y sus piernas

estaban plagadas de úlceras. Tomé prestado el revólver de Jenks y le disparé a la jaca detrás de la oreja.

Ni uno solo de los demás animales se agitó al sonar el disparo. Entonces el Zar tomó el arma y mató uno de los suyos; y pasamos el resto de la tarde despellejando a nuestras víctimas. Era algo que habríamos tenido que hacer más tarde o más temprano, aun cuando Isaac se hubiese mostrado más benévolo con nosotros; una semana más y no habríamos tenido qué llevarnos a la boca. Volví a la cabaña con las manos y los pies entumecidos, y las ropas acartonadas por la sangre, pero afuera, frente a la puerta, había ahora algo escondido en la nieve que nos sustentaría algún tiempo.

Aprovechamos todo lo que pudimos de aquella pobre jaca; una astilla de sus costillas nos sirvió de aguja, y las fibras de sus tendones, de hilo. No disponíamos de ninguna corteza que nos sirviera de tanino, pero Molly descarnó la piel con su estilete, y la batió con una piedra durante varios días, frotándola con tierra de cuando en cuando. Por fin, consiguió ablandarla, cosa que no había creído conseguir; y así fue como ella pudo confeccionar una burda chaqueta para el chico y yo pude recomponer nuestros zapatos. He de decir que todo esto —incluso el sacrificio de los animales— contribuyó a animarme. Cuando menos, hacía algo con algún propósito. Pero supongo que Jimmy quería a la jaca, pues, aunque se puso la chaqueta cuando estuvo lista y se tomó las sopas que Molly hizo con los huesos, tardó mucho tiempo en volver a dirigirme la mirada.

De todos los sinsabores de aquel invierno, no fue el menor el desprecio de Jimmy. No creo en una suerte de inteligencia humana de los animales, o que pueda dárseles algún destino que no sea el más útil para nosotros, así que, cuando maté la jaca, solo pensé que era algo que debía hacerse. Sin embargo, la actitud del chico provocó que aquello me remordiera la conciencia. Al darme cuenta de sus sentimientos respecto a mí, comprendí que no obedecían a una reacción repentina, sino a una divergencia que había ido creciendo entre nosotros con el correr del tiempo. Ahora me sentía menos cerca de él que la noche en que velamos juntos a su padre. ¿Cuántos eran los caballos, o jacas, que había matado yo además de aquel animal?

Molly no tenía tantos problemas con los sentimientos del muchacho; a veces, le decía cosas que yo consideraba crueles, o lo miraba como si no fuera más que el huérfano que, en realidad, era..., pero este trato no hacía sino aumentar hacia ella una suerte de inclinación que tenía mucho de perruna. La ponía de manifiesto desde su enfermedad. Seguía a Molly con los ojos y esperaba pacientemente cualquier cacho de atención que ella pudiera prestarle. Yo veía ahora en el rostro de aquella mujer una sombra que me hacía pensar que aquella actitud del chico no le gustaba. La turbaba, era algo que ella no pedía. A mí me disgustaba aquel exceso de amor del chico; y a ella también, con toda seguridad. Hasta que llegó aquella noche, dos semanas después del sacrificio de los caballos, en que me sentí realmente helado por el invierno.

Algo nos despertó en el refugio. Unos arañazos que, a aquellas horas, nos

parecieron sobrenaturales. Encendí la lámpara y vimos lo que era. Había un animal en el techo; lo arañaba atraído por el calor. Cogí mi pistola y, en aquel mismo instante, se abrió una brecha encima de la cabeza de Molly y apareció una garra que dio un zarpazo al aire. Ella gritó. Yo disparé, una vez, dos, no a la garra, sino a través de la madera, donde tenía que estar el cuerpo... y el corazón. La garra desapareció antes del segundo disparo. Pensé en la carne que habíamos dejado enterrada fuera y salí para perseguir al animal con la lámpara en la mano. Desde la puerta abierta, vi, bajo aquella débil luz, una sombra que daba un brinco y se alejaba sobre la nieve. El ruido que me había despertado estaba aún en mis oídos y mi corazón latía con fuerza cuando salí para volver a poner en su sitio la tabla que el intruso había desplazado. Jamás podré olvidar lo que vi al mirar por el hueco abierto en el techo: Molly y Jimmy se besaban y abrazaban el uno al otro, unidos por el terror. Después de aquello, la inclinación de ella hacia él fue tan perruna como la de él hacia ella. Ya no la turbó más la mirada del chico, sino que cuidó de él con cariño, besándolo con frecuencia. Y creo que yo fui el único de nosotros que seguí recordando, siempre con el corazón palpitante, la visión de aquellas garras, afiladas como hoces, que habían surgido de la noche para amenazarnos.



Tenía que llegar alguna vez el fin del invierno, o el nuestro. A primeros de marzo, habría apostado por la victoria del invierno. Comenzaron a soplar, día tras día, unos vientos secos que barrían la nieve hasta descubrir la superficie de la helada y árida tierra y levantar grandes remolinos de arena. Pero, una tarde, creí oler la lluvia. Salí. John Bear estaba de pie junto a su choza, de cara a poniente, observando el sombrío y polvoriento cielo... Él también la había olido. El aire era frío, pero ahora era solo un murmullo de lo que había sido y, si te quedabas completamente quieto, podías percibir, aunque solo unos instantes, cierta tibieza en él, cierta humedad. No comuniqué a nadie mis esperanzas, pero, por la noche, me desperté y la oí: caía suavemente sobre nuestro techo; no era un aguacero, sino una llovizna persistente. Y, al amanecer, el sol se esparció de pronto sobre la llanura.

Salí al exterior y me adentré en aquella nueva mañana sin creer lo que veía. El sol me llenaba los ojos de tibias brumas, rosadas, verde pálido y amarillas; y, por toda la llanura, se elevaban nubecillas de niebla blanca, como si el invierno se marchara de la tierra en forma de vapor. Creía sentir cómo giraba la Tierra. Todo era nuevo para mi vista; miré a mi alrededor, contemplé la corta calle, y las construcciones que la formaban —la cabaña, el molino de viento, el *saloon*, la tienda de campaña y el establo— se me antojaron una fila de plantas recién surgidas de la tierra. La chinita se asomó con cautela por la puerta del *saloon*, extendiendo la mano hacia la repentina brillantez. La saludé con la mano. Unos minutos más tarde, todos se hallaban al aire libre, parpadeando a la luz del sol, silenciosos ante algo que se les había hecho difícil de recordar. Entonces Jenks lanzó un alarido y echó su gorro al aire y, de súbito,

todos se pusieron a correr de un lado a otro, a estirar sus miembros y a gritar. El Zar recorría la calle abrazando a todo el mundo; Adah estrechaba la mano a Isaac Maple; las chicas se besaban unas a otras; y Jimmy, cogido del brazo de Molly, jugueteaba mimosamente con ella. Jenks entró en el establo e hizo salir a los caballos. Reinaba por doquier una desordenada alegría, todos reíamos como locos. Nos veíamos pálidos y demacrados en aquel aire tan nuevo para nosotros, pero, a pesar de todo, seguíamos vivos.

Quisiera escribir ahora sobre aquella primavera: describir cada uno de sus minutos, empleando todas mis fuerzas y todo mi tiempo, sin seguir adelante, a través del dolor de las otras estaciones. Pero no debo. Todo lo que me cabe hacer es recordarla en sus puntos esenciales para mi propósito, que no es otro que contar cómo fueron sucediendo allí las cosas.

Fue por aquel entonces cuando el Sueco se estableció en el lugar y cuando bajó a él Bert Albany. Los dolores se estaban curando al calor del sol y las renacidas esperanzas alimentaban de nuevo la vida. Un verdor de fe en el porvenir creció en los corazones, como la maleza que, a lo largo de las rocas, rebrotó con verde esplendor.

Recuerdo otra primavera, muy anterior, cuando subía, con una cuadrilla de vaqueros, a lo largo del Gran Mo: cómo el río se deshela con fragor y el hielo se rompía, asaltando a pedazos el aire, para luego verse arrastrado por el ímpetu de la corriente, hasta que el agua recuperó por completo su lecho y fluyó con ligereza de una orilla a otra. Fue una gran derrota del invierno. El cambio había sido ahora igualmente repentino: un poco de sol nos había quitado todo el frío de nuestros helados huesos, y la sangre corría, ligera, por nuestras venas. Alf Moffet vino y se detuvo, con la diligencia aplastando sus muelles de tanta carga como llevaba; y los mineros volvieron a bajar a lomos de sus monturas. Habían trabajado durante todo el invierno y estaban ansiosos de gastar una parte de su paga fuera de los almacenes de la Compañía. Bastaron un par de noches de sábado para que Isaac Maple olvidara que lo habíamos engañado; además, él y el Zar hicieron los suficientes pedidos a Alf para justificar su vuelta, de modo regular, cada dos semanas. Con mi comisión sobre sus encargos, gané lo bastante para hacer acopio de carne y otros alimentos en lata, café, azúcar, harina, judías, tocino y bicarbonato. Ahora sí que puedo decir que comenzamos a comer bien.

Cada mañana y cada noche, Molly preparaba una buena cantidad de tortas de sartén; las sumergíamos en azúcar y nos las comíamos enrolladas. Luego venían las judías con tocino y, tal vez, todos los tomates de una lata, y un buen café para terminar. Y así fuimos comiendo, hasta que olvidamos el gusto de aquella jaca, momento en que nuestra propia carne comenzó a llenar los vacíos que había entre nuestros huesos, con lo que empezamos a parecer de nuevo seres humanos.

Todos íbamos aún andrajosos como los mismos indios; además, con el sol cada día más alto, creció la necesidad del pozo de Hausenfield. Fue entonces cuando decidí fijar el precio de un dólar diario para todos aquellos que sacaran agua de él. Tuve suerte con el molino de viento: le clavé las aspas que le había quitado al llegar el invierno, aseguré algunas tablas sueltas del maderamen de la torre, y funcionó a la perfección, subiendo un agua pura y fría con su equivalencia en dólares. Un día fui a la tienda de Isaac y salí de ella con una chaqueta de minero y unos zapatos para

Jimmy, unos borceguíes y percal para Molly, y una navaja para mí.

Recuerdo muy bien todo aquello. Me dirigí directamente al pozo, dejé junto a él mis cosas y busqué y encontré una piedra lo suficiente fina para afilar mi nueva navaja. Entonces, con un trozo de jabón de lejía, me afeité allí mismo la barba, hasta la piel. No me había afeitado desde que perdí mi anterior navaja en el incendio, y era algo que estaba deseando de veras. Aunque, como la mayoría, soy partidario del bigote, pero no de la barba; no me gusta sentírmela ni la afición que suelen tomarle los piojos. Cuando me hube adecentado —sintiéndome liso como un ternero—, llevé a la cabaña cuanto había comprado, ¡y digna de ver fue la expresión de aquellas dos caras! Molly y el chico me acogieron con la veneración propia del caso; no sé si por mi persona o por las cosas que les llevaba.

—Caramba, fíjate en eso —dijo Molly, sonriendo; y creo que refiriéndose a mí.

Jimmy también era todo sonrisas..., hasta que Molly decidió que el chico tenía que bañarse antes de ponerse la chaqueta y las botas nuevas. Así que tuvo que salir e ir a meterse en la bañera. Mientras estaba en ella, Molly le lavó en un cubo la camisa y los pantalones que se había quitado. Más tarde, la señora Adah, siempre con su tendencia a la generosidad, salió del *saloon*, para ofrecer unas tijeras a Molly. A mí, me sorprendió que las aceptara; a Jimmy, que ella las llevara a su cabeza. Así pues, cuando el chico estuvo limpio, vestido con su chaqueta y sus botas nuevas, y con la camisa y los pantalones limpios y secos, y con bastante menos pelo que el que tenía antes de pasar por las tijeras..., sintió un hambre tremenda, además de haber ganado mucho en guapura.

—A eso le llamo yo un chico como Dios manda —dijo Molly contemplándolo.

Tampoco ella tenía mal aspecto. Precisamente el día anterior, se había lavado el pelo y había ido a sentarse en las rocas para que la brisa se lo secara. Tenía unas facciones bonitas, a pesar de las señales de la viruela. Le habían desaparecido las arrugas de la frente, su rostro era más suave y había cierta dosis de alegría en sus ojos. Yo no tenía derecho a sentir resentimiento por su influencia sobre Jimmy, pues era beneficiosa para ambos. Era muy posible que el uno al otro se dieran restos de su propio pasado. ¿Qué otra cosa podía sentir, pues, sino satisfacción?

Cuanto estoy describiendo sucedió una tarde en que la luz del sol lo cubría todo de un dorado intenso y en que el aire se respiraba con deleite. Allá arriba, John Bear cuidaba su huerto. Jessie trabajaba también en uno que había comenzado a cultivar; no sabía, y no iba a ser yo quien se lo dijera, que solo el indio era capaz de hacer crecer algo en aquella tierra. Detrás del *saloon* del Zar, se alzaba una pequeña columna de humo: su destiladera. Entre tanto, el Zar y Jenks, a lo lejos, en la llanura, hacían correr sus caballos en grandes círculos. Se notaba un sentido de celebración en cuanto se estaba llevando a cabo.

Una mañana, fui al establo de Jenks para echarles un vistazo a los caballos que habían sobrevivido. No eran los sentimientos del chico los que me habían llevado

allí; sucedía, tan solo, que no me gustaba haberme quedado sin nada en que montar. Me gustó, sobre todo, el aspecto de la mula: sus costillas se mostraban a través de la piel, pero había resistido mejor el invierno que el caballo gris y el alazán. Sabiendo a quién iba a dirigirme, fui al encuentro de Jenks y le dije que quería comprar uno de sus caballos. Asomó en sus ojos una astuta mirada y me dijo que solo estaba dispuesto a vender la mula. De mutuo acuerdo, fijamos el precio en setenta y cinco dólares, pagaderos en derechos de uso de agua a un dólar diario, excepto los días de lluvia, suponiendo que hubiera alguno durante el tiempo que durara el cumplimiento del trato. Así pues, me llevé la mula y la conduje cerca de mi cabaña, donde la enganché al carromato del mayor. Así estuvo casi todo el día, hasta que Jimmy se acercó por allí como si nada de lo que tenía delante le importara; levantó las riendas como si no significaran gran cosa para él y, finalmente, subió al asiento del carro y fue a probarlo en la llanura.

Me alegró verlo correr y jugar de aquel modo. No tardó en volver, pero solo para venir a tirar de Molly y hacerla subir al asiento del carromato, a pesar de sus protestas. Salieron disparados; ella riendo y bien cogida al asiento, y Jimmy gritando con voz destemplada, de pie y lanzando al aire las riendas, consiguiendo más y más velocidad de la mula. Por mi parte, me fui a mis ocupaciones y, creo ahora que un momento antes, me volví y vi que ya se hallaban casi fuera del alcance de mi vista. Se habían alejado describiendo círculos, pero todo lo que veía en aquel momento era un embudo de polvo que seguía una línea recta. ¿Adónde iban? Por un instante, me quedé sin aliento. Pensé que ya podía despedirme de ellos. Me estaba bien empleado. Se habían marchado y, encima, ella riéndose de aquella manera.

Sin embargo, lo que pasaba era que Jimmy había visto algo e iba a observarlo más de cerca. Durante un buen rato, el carromato no fue más que un punto negro quieto en mis ojos, hasta que por fin se movió. Al cabo de otro rato, ya estaban de vuelta a la cabaña.

—¿Qué hay allá abajo, Jimmy? —pregunté.

El chico miró a Molly. Ella bajó del asiento y entró en casa, y él la siguió. Fui tras ellos.

—He dicho, muchacho, que qué hay allá abajo. ¿Acaso has perdido la voz?

—Una carreta —otra mirada a Molly, que tenía los labios apretados.

—¿Una carreta?

—Sí. —Y luego, de golpe soltó—: Está rota por detrás. El hombre está plantado allí y la mujer no hace más que gritarle.

—¿Quién es?

—Pues... aquella mujer es...

—¡Jimmy! —dijo Molly.

—¿Quiénes son? —insistí, dirigiéndome a ella.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Pues... ¿No has hablado con ellos?

—¡Sí, claro! ¿Crees que voy a ir por ahí dando la bienvenida a todos los pordioseros de la pradera?

Salí, fui a ver al Zar y le dije lo que Molly y el muchacho habían visto. Él estaba ocupado con su destiladera, pero me dijo que podía coger su carreta con su tiro. Enganché cuatro caballos, y Jenks, que estaba por allí, dijo que podía acompañarme. Subimos al asiento delantero y partimos. ¿Por qué había cogido yo la carreta del Zar en vez del carromato del mayor y la mula? Creo que Molly lo comprendió mejor que yo: al pasar por delante de la cabaña, ella salió a la puerta. Jenks la saludó llevándose la mano al sombrero, pero ella no le hizo el menor caso y me gritó:

—¡Ya sé lo que estás haciendo, señor alcalde! ¡Anda, ve a buscar a más idiotas para nuestro pueblo!

La encontramos hacia el sur, parada en el camino que bordeaba la llanura; era tal como Jimmy había dicho: una vieja carreta. Vi que era de tipo irlandés y que iba llena hasta el toldo que la cubría; un hombre estaba sentado en el asiento delantero; las ruedas traseras estaban despatarradas como las patas de un potro recién nacido. El hombre, con el pelo de un rubio amarillento y sin barba, con las manos colgándole entre las rodillas, nos miraba con unos ojos tan tristes como los de sus bueyes. No había ninguna mujer que le gritara, como había dicho Jimmy, pero pronto la vimos un poco más allá: caminaba en dirección contraria a la de la carreta, a través de la maleza, con la cabeza envuelta en un chal, levantando los brazos y gritándole al cielo.

—Buscamos un lugar donde haya suecos —dijo el hombre.

—No los hay por estos alrededores, que yo sepa —le contesté.

Confirmó mis palabras con un movimiento de cabeza, como si no esperara otra respuesta. Jenks y yo bajamos de nuestro carromato para echarle un vistazo al eje, momento en que el hombre también descendió de su asiento, lo que me permitió ver al individuo más alto que me había topado hasta entonces: debía de medir casi dos metros. Andaba con pesadez, como la mayoría de los hombres corpulentos; su tez, evidentemente la de un rubio, me recordó a la superficie de una fresa; a un lado del cuello tenía un lobanillo del tamaño de una bala de cañón. El eje de las ruedas traseras del carro estaba roto por el medio, limpiamente; el extremo interior de cada una de sus mitades reposaba sobre el suelo.

—¿No lleva usted ninguno más? —le pregunté.

—No. Ninguno más.

La mujer seguía vociferando, a una buena distancia de nosotros. Era lo único que oíamos. El hombre estaba turbado.

—Mi mujer —dijo, golpeándose la frente con dos dedos y sonriendo de modo lastimoso.

—¿Es usted un colono con tierras otorgadas por el Gobierno? —le preguntó Jenks, levantando la mirada hacia él.

—Sí, lo era.

—La pradera siempre atrae, ¿verdad?, pero también pega... —dijo Jenks,

asintiendo con la cabeza.

—Sí. —Todos miramos el eje—. Hace tres años que ella me ruega que vayamos a vivir con otros suecos. Lloro todas las noches... Y yo esperando que llueva. Y la lluvia que no llega. Ahora estoy buscando un sitio donde haya suecos; quizá con eso se le ponga de nuevo la cabeza en su sitio.

La voz del Sueco era tan profunda como el mugido de una vaca, pero era suave a la vez, sin la menor aspereza. No se lamentaba de su mala suerte, sino que la describía sin rodeos. El hombre me gustó enseguida. Le dije que no era mucho lo que podíamos hacer en aquel momento en cuanto al eje, pero que si estaba en el pueblo el tiempo necesario tal vez podríamos encontrar uno. Aceptó mi proposición, por lo que comenzamos a descargar sus pertenencias. Invertimos más de una hora en cargarlas en la carreta del Zar. Aquella gente llevaba consigo cuanto poseía en el mundo. Había una cama de madera, un escritorio de cuatro cajones, una mesa de roble, una cómoda, colchones y ropa de cama, sillas, taburetes, una mantequera, un hervidor, una bañera, algunas ollas y cacerolas de hierro, un arado con su reja de acero, un saco de maíz... No era de extrañar que su vieja carreta se hubiera rendido. La mujer había vuelto para espiarnos mientras trabajábamos. Jenks se alteró al sorprenderla cuando nos observaba desde el otro lado de la carreta. A mí no me preocupó en absoluto. Era una mujer rechoncha. Su chal, al resbalar, mostró su escaso pelo de color claro; su cara era honesta, pero no había nada que poder captar en sus ojos.

Cuando terminamos el trabajo, estaba sediento. En el cielo solo quedaba otra hora de sol.

—Ahora será fácil arrastrar su carreta, sin nada dentro —dije—. Ya es hora de que llevemos sus cosas al pueblo en la nuestra; síganos por ahí.

—Muy bien. ¡Helga! —gritó a la mujer.

Fue hacia ella y se puso a hablarle como si fuera una criatura, señalando hacia Jenks y hacia mí. De modo imprevisto, ella se puso a gritarle y a pegarle. Apenas llegaba al pecho del hombre, pero no paraba de agitar los brazos hacia arriba consiguiendo darle una y otra vez en la cara y en los brazos. Él no hacía el menor movimiento para detenerla. Se limitaba a esperar que se agotara.

—¡Mi madre! —exclamó Jenks.

—Subamos a la carreta —dije.

Quedamos así de espaldas a la escena; no me gusta presenciar esa clase de cosas.

—¡Mi madre! —repitió Jenks mientras esperábamos, ya sentados—. ¡Un gigante así dejándose pegar de esa manera!

Al cabo de un rato, dejamos de oírlos. Me volví y vi que el hombre levantaba en brazos a su esposa para ponerla en la parte trasera de nuestra carreta; la sentó en una silla para que quedara de espaldas. La mujer no protestó.

—Así me verás a mí, ¿verdad, Helga? —le preguntó.

Arrancamos con gran esfuerzo de los caballos; no tuve que contenerlos por el camino: lo hizo el peso que remolcaban. Detrás de nosotros, el hombre hizo

chasquear el látigo sobre los bueyes, los cuales empezaron a tirar de la carreta cubierta. Se tambaleaba pero se dejaba arrastrar, y el eje iba dejando un surco en la tierra.

Cuando nuestra carreta llegó al pueblo, la del Sueco aún no había hecho ni la mitad del camino a través de la llanura.

—No toquemos nada hasta que él llegue —le dije a mi compañero de viaje.

Jenks entró en el *saloon* del Zar y, al cabo de un momento, este y sus señoras salieron para satisfacer su curiosidad; lo mismo que Isaac Maple, que surgió de su tienda. Molly y Jimmy vinieron hacia nosotros y, como los demás, se quedaron mirando a la mujer. Las chicas del Zar se acercaron para ver los muebles. Nadie dijo una palabra, y la mujer aún seguía con la vista fija en la llanura cuando llegó su marido en la segunda carreta. Me dirigí al pozo para beber y, al volverme, vi a la mujer, que, inclinándose hacia delante con las manos sobre las rodillas, escupía a los pies de Molly.

Un momento después, tenía a Molly a mi lado, junto al pozo. Creí que estaba furiosa y que por eso temblaba, pero observé que estaba lívida de miedo.

—Vamos, Molly... —le dije, y permitió que le cogiera el brazo—. No es nada más que la pobre mujer de un colono.

Y así fue como Bergenstrohm se estableció en nuestro pueblo. Pero nunca lo llamamos otra cosa que «el Sueco».

Fue Isaac Maple quien tomó a su cuidado a la pareja. Todos los demás fueron ahuyentados por la locura de la mujer, pero Isaac dijo:

—Mi madre tenía arranques a causa de su cambio de vida, y mi abuela los tuvo antes que ella. Los he visto desde niño, por lo tanto, no me preocupan.

Ofreció su tienda de campaña para almacenar sus muebles. Hizo que el Sueco situara la carreta al lado de la tienda, y ambos apuntalaron su parte trasera con grandes piedras. Pusieron en ella la cama y el escritorio.

—De momento, pueden tener ustedes una bonita casa, ahí dentro —dijo Isaac.

Tuvo que decidirse a concederles crédito enseguida. Empezó a pagarme un dólar diario por el agua de ellos, aunque yo le dije que no era necesario. Buscó en uno de sus catálogos y encontró un eje de acero cuya compra podría encargarse para la vieja carreta irlandesa. Cuidaba del Sueco como si fuera su propio hermano.

—Eso —me dijo un día el Zar— no es ningún misterio. El hombre tiene una carreta.

El Ruso tenía razón hasta cierto punto, pues Isaac necesitaba algo, en efecto, con que ir a buscar madera si quería construirse su propio almacén comercial. Hasta aquel momento, la carreta del Zar era la única que habría podido utilizar; con toda seguridad, habría desistido de sus planes antes que pedírsela. Pero tengo la impresión de que Isaac habría acogido del mismo modo a aquel par de desgraciados si solo hubiesen tenido un carretón de mano. Creo que bastó con que hubiesen venido al

pueblo después de él. Isaac era de esa clase de personas cautelosas que siempre buscan tener a alguien con quien poder contar. Según él, no podía contar con nosotros porque habíamos llegado antes. Y el Sueco había llegado de la llanura, igual que él, el otoño anterior, y eso le ofrecía tantas garantías como si hubiese venido directamente de Vermont.

Fuesen cuales fuesen sus sentimientos, no era probable que Isaac perdiera mucho con su gesto. Lo lógico es que quien vive con una mujer loca haga lo posible por pagar sus deudas y aporte su trabajo. Mucho antes de que Alf le entregara el eje al Sueco, había podido comprobar que se lo merecía, que era sumamente bondadoso, que no pedía favores y que hacía cuanto se le pedía. Su mujer parecía más calmada con gente a su alrededor. Además, después de cierto sábado, no volvió a decir que estaba buscando un lugar donde hubiera suecos. Lo que sucedió aquel sábado fue que uno de los mineros descubrió a Helga junto a su bañera y le ofreció cincuenta centavos para que le lavara sus ropas de pana. Los cavadores sentían la primavera y tenían muchas ganas de estar elegantes. Desde entonces, hubo una escena que se hizo habitual en el pueblo: un grupo de hombres de pie detrás de la carreta del Sueco, sin otro vestido que su camiseta, unos calzoncillos largos de una sola pieza y sus botas, fumando Regalias o Cheroots de importación que le habían comprado a Maple y hablando como los miembros de una sociedad. El Sueco disfrutaba con su conversación y con lo que decían. Encendía una pequeña fogata y tendía una cuerda encima de ella para secar las piezas que su mujer lavaba; mientras tanto, seguía intercambiando palabras con aquellos hombres, contándoles su historia, moviendo arriba y abajo su enorme cabeza mientras escuchaba la de ellos ...

No puedo negar lo que sentí al ver establecerse a aquel labrador entre nosotros. Molly tenía razón: habría acogido a cualquier malhechor que hubiese venido a parar a nuestro pueblo. Tenía la sensación de que cada nueva persona que llegaba ayudaba a enterrar el pasado. La llegada del Sueco hizo que volviera a mi mente una idea que había desaparecido desde el incendio...: volver a llevar un registro, a anotar las cosas. Alf me había entregado tres libros rayados y una pluma de acero para llevar las cuentas de la Express. Pero había en ellos suficiente papel para escribir la Biblia. No obstante, tenía que descartar aquella idea; miraba hacia Molly como si temiera que leyese mis pensamientos, y casi me preparaba ya contra las palabras de mofa que me lanzaría.

En realidad, desde que el Sueco y su mujer se habían quedado en el pueblo no había dicho ninguna palabra en contra de ellos. Algo que había visto en Helga la había asustado hasta el punto de amansarla; era como el caso del alcohólico que renuncia a la bebida intimidado ante la visión del Infierno. Molly no era de esa gente que daban una buena acogida a una cara nueva, pero no mostraría tales sentimientos durante una larga temporada. Al parecer, su juicio se había suavizado. Tanto fue así que cuando Bert Albany apareció y descubrí el porqué, se lo conté a Molly y ella incluso sonrió.

Bert bajó caminando por el rocoso sendero a la mitad de una semana; tenía los hombros encorvados y suspiraba como si llevara el mundo a cuestas. Era, nada más ni nada menos, el chico de la cara llena de granos que solía entregarme cartas para el correo. Se paró frente al *saloon* del Zar, allanó un momento la tierra con la bota y por fin se decidió a entrar.

—¿No te has enterado de que hoy es día de trabajo? —le dijo el Zar.

El muchacho no contestó; parecía avergonzado. Estuvo sentado todo el día por el *saloon*, acariciando vasos de whisky y sin hablar con nadie. El Zar se esforzó por comprender qué le pasaba, y finalmente optó por pensar que Bert había perdido su trabajo: «Pobre chico, no lo dice, pero estoy seguro de que ya no es del gusto del que manda en la mina».

Sin embargo, ¿cómo era posible tal cosa? Bert solo tenía veinte años. Que yo recordara, siempre que venía al pueblo se emborrachaba..., no porque pareciese gustarle, sino para ponerse a la altura de los demás mineros. Ese comportamiento es propio de todo individuo joven: hace el doble de todo para asegurarse de que se mantiene al mismo nivel que los otros. El mandamás de la mina no dejaría escapar a un chico como Bert. Aun así, el Zar se dijo: «Puedo ofrecerle algunos dólares; puede servirme como ayudante».

Cuando le ofreció el trabajo, Bert se quedó con la boca abierta. Luego se le iluminó la cara y rio. ¡Claro que aceptaba! Un par de días después de eso, le dije al muchacho:

—Bueno, ahora solo tendrás que viajar unos cuantos pasos para entregarme las cartas para el correo.

—Nada de eso, señor Blue —respondió—. He dejado de escribir cartas. Lo cierto es que nadie me contestaba...

Dijo aquellas palabras con expresión alegre; la cosa no parecía importarle mucho. Y así fue como hubo en el pueblo un nuevo sonido que escuchar: el silbido de Bert entregándose a su tarea.

Un jueves, a última hora de la tarde, entré en el *saloon* del Zar para tomar un trago. Jenks estaba allí, sentado a una mesa con Mae y Jessie. No me fue difícil saber dónde se encontraba el dueño del local: sus ronquidos llegaban de la estancia contigua como el trotar de un rebaño de ganado. La señora Adah me sirvió desde detrás de la barra.

—¿Dónde está el nuevo empleado? —le pregunté.

Miró a las dos muchachas y ellas le devolvieron la mirada. Mae se levantó, fue hacia la puerta de la estancia contigua y la cerró con cuidado.

—Ahora escúcheme bien, Blue —me dijo Adah en voz baja—; tiene que prometerme que se guardará debajo del sombrero lo que voy a decirle.

Jessie y Mae vinieron hacia nosotros y se me pusieron una a cada lado, de un modo que me era muy difícil levantar el vaso.

—¿Qué pasa, señoras?

—Ese Bert corteja a nuestra pequeña —dijo Adah.

—¿Cómo? —preguntó Jenks—. ¿La chineja?

—Te lo juro, Jenks —susurró ásperamente Mae volviéndose hacia él—, ¡y si cuentas una sola palabra de esto te arranco la cabellera!

—Cuando vuelvas a tu establo, gorrón, recuerda que esto no es asunto tuyo —añadió Jessie.

Jenks se apoyó con los codos sobre la barra y sonrió entre dientes con aquella astucia tan suya:

—Recórcholis... ¿Quieres decir que va con la chavala amarilla?

—No grite, por Dios —dijo Adah. Entonces me miró a mí—: No es cosa de broma. Si el Zar se entera, lo mata.

—¿Tan prendado está el chico de ella? —pregunté.

—¡Uy! —exclamó Jessie—. Seguro que no ha visto usted nunca cosa parecida. ¡Ni que se tratara de una chica blanca! ¡Ni que su papá fuera dueño de un ferrocarril!

—El sábado pasado, no le dio a nadie la oportunidad de tocarla —dijo Adah—. Le pagaba el dinero una y otra vez, y la llevaba junto al pozo solo para cogerle la mano.

—Yo también lo vi —apuntó Mae, asintiendo con la cabeza.

—¡Recontrarrecórcholis! —exclamó Jenks.

—Sí, sí... —prosiguió Adah—. Al cabo de un rato, consideraba que ya había pasado bastante tiempo para volver adentro; entonces entraba, volvía a pagarle y afuera otra vez.

—¿Saben ustedes una cosa? —Tuve que reír—. El Zar creía que lo habían echado de la mina.

—Pues no. ¡Se despidió él solito! ¡Ese chico está loco, ha perdido el seso! No puede decirse lo que hará. Yo nunca había visto a nadie tan enamorado.

—Conozco a un tío que una vez se acostó con una india payuta —dijo Jenks—. No creo que fuera precisamente por su olor...

—A mí no me parece bien —señaló Adah.

—No sé —dije.

—Esa chiquilla, Blue, no sabe lo que se hace. El sábado estaba tan asustada que no paraba de temblar de pies a cabeza.

—¿Eso la asusta?

—Solo le diré que, desde entonces, no para de llorar. Ahora mismo está con ella en alguna parte, mirándola como un ternero enfermo. La chica no sabe qué hacer, pobrecilla...

—Si solo se ha enamorado de ella... —apunté—. Hay cosas peores.

—Blue —dijo Adah—, hay enamoramientos y enamoramientos. Ella no es más que una niña; es una tontería tratarla de ese modo.

—Cuando el Zar lo descubra, los matará a los dos —afirmó Mae.

—Bueno, él no es el dueño de la chica. Cualquiera de ustedes podría tener un galán con solo proponérselo —dije.

—Quizá pudiéramos, o quizá no —replicó Jessie—. Pero el Zar la compró. Le pagó cien dólares a su padre.

—Aquel chino no era ni siquiera su padre —le soltó Mae a Jessie—. Dijo que lo era, pero no parecía capaz de preñar ni a una pulga.

—No dirá usted nada de esto, ¿verdad, Blue? —dijo Adah.

—Para esto, soy mudo, señoras.

—Pobre chica... —prosiguió Adah—. Nadie puede decir cómo va a terminar todo esto. No puedo imaginar qué le pasa a ese muchacho.

Por fin pude engullir el trago, pese a estar cercado por aquellas tres caras de mal agüero: la señora Adah con su fino bigote; la larguirucha Jessie, de larga quijada; y la regordeta Mae, de gordos carrillos... Les preocupaba lo que haría el Zar, pero creo que lo que las tenía más intranquilas era la actitud de Bert. Se sentían incómodas ante un sentimiento de aquella clase, viniese de quien viniese; era algo incomprendible. Para mí era la revelación de que tal cosa también podía suceder en aquel lugar. Era como si alguien hubiera venido a él para plantar una bandera. Decidí que, si el Zar armaba un escándalo, como temían las señoras, haría lo que pudiese por el muchacho. Quería alimentar algo como aquello en nuestro pueblo, conseguir que prosperara.

Cuanto más pensaba en Bert, más me agradaba. Incluso sus granos estaban llenos de humano desespero. Fui a la tienda de Isaac. Allí también estaba el Sueco. Les dije lo que pasaba con Bert. Se rieron a gusto. Cuando volví a la cabaña, Molly estaba sentada al lado de la puerta. Habíamos tenido algunas tardes de lluvia suave, algunos crepúsculos con un cielo de lento oscurecer, por lo que ella había tomado la costumbre de sentarse en un taburete frente a la puerta de la cabaña para contemplar la llegada de la noche. Me senté a su lado y solo le noté una leve sonrisa cuando le dije que había en el pueblo un enamorado de verdad. Percibí a Molly de un modo que era para mí placentera y dolorosa a la vez. Sentí su intimidad. Empecé a pensar que yo era mayor que ella, que... No, aquel pensamiento iba demasiado lejos, no tenía derecho a él. Yo no era Bert Albany, no era libre de anteponer mis sentimientos a todo lo demás. Así que nada dije mientras acabó de caer la oscuridad. Y, cuando Molly entró, me senté en silencio y esperé que ella se durmiera antes de hacer yo lo mismo.

La noche del sábado siguiente, fue la noche en que a todos nos pareció por primera vez que nuestra suerte estaba cambiando. Jamás había visto a tantos mineros en el pueblo. Y sentían la estación. Aquello no era una multitud de hombres dispuestos a divertirse un poco; podía compararse, por el barullo, a una cencerrada. Llevaban armónicas, uno había traído un banjo, la bebida les animaba el baile y, por resultar escasas las mujeres entre tantos hombres, muchos mineros bailaban unos con otros, formando cuadrillas capaces de hacer temblar la tierra. E, insistente entre todo aquel ruido, corría una rumor: a no mucho tardar, iban a instalar un nuevo molino de

bocartes que serviría para triturar el mineral. La chinita no tenía que temer nada del Zar, al menos aquella noche. Bert, desde la barra, no la perdió de vista en toda la velada, pero el Ruso no se habría dado cuenta de cómo se comportaban aquellos dos ni aunque Bert la hubiese llevado todo el tiempo a hombros: estaba ciego de felicidad por los rumores que corrían, yendo nerviosamente de uno a otro corrillo para no perderse ninguna versión del proyecto. Hacia medianoche, estaba convencido de que la Compañía construiría una carretera donde ahora solo había un sendero para comunicarse con la mina, con el fin de poder acarrear el mineral hasta el nuevo molino...

No me atreví a creerlo. Pero era cierto que la ciudad iba a ser bendecida por la suerte. Y parte de ella iba a rozarme.

Creo que si la mente del Zar hubiera sido un caballo habría ganado cualquier carrera. Yo no quería tener responsabilidad en sus vanas esperanzas. Pero cada vez que sucedía algo que venía a justificarlas se reía de mí, diciendo: «Bueno, amigo, ¿estoy loco?», hasta que tuve que admitir aquellos buenos presagios y, cierto día, decirle:

—No, por Dios, Zar... Está usted más cuerdo que yo.

Y es que hay que sazonar con mucha sal cualquier cosa que cuente un minero. Un minero es un hombre capaz de esperar durante veinte años que la tierra le pague sus esfuerzos, y ello con el mismo fervor y altas esperanzas del primer día, aunque haya transcurrido ese montón de años. Cada vez que te acercas a uno de ellos, puedes oír su canción, la misma de siempre:

—Estoy ahorrando dinero, Jack, y tan pronto como tenga bastante para mi equipo, le diré adiós a la Compañía. ¡Me iré a Montana a dar con ese filón de oro! ¡Sé dónde está, conozco el lugar exacto, Jack! ¡Está allí, quietecito, esperándome...!

Y le paga a Jack un trago para brindar por el feliz hallazgo; y ambos se lo creen. Por lo tanto, no quiero dar crédito a ningún rumor que venga del campamento.

Sin embargo, se había levantado un molino de bocartes. Eso era un hecho. Alf también me lo dijo: una población llamada Número Seis, que se encontraba a unas quince millas hacia el este. Angus McCellhenny me dijo algo más: la Compañía utilizaba, para el envío de sus cargamentos, las carreteras de peaje que, desde el campamento, iban hacia el oeste; por lo tanto, no les salía a cuenta cargar nada que no fuera mineral de alta ley. Pero, si abrían una carretera hasta nosotros, podrían ir al nuevo molino a través de la llanura sin pagar peaje a nadie. Y, entonces, el mineral de poca riqueza también les rendiría.

Tal como contaba Angus, la idea tenía sentido. Poco después, cierta mañana a primera hora, un hombre a caballo bajó de la mina con una recua de mulas detrás de él. Nunca lo había visto, pero sabía quién era. Aunque no lo conocía, había oído maldecir su nombre demasiadas veces: Archie D. Brogan, el mandamás de la mina, dos ojos azules en una cara de grasa pura. Era demasiado gordo para las ropas de minero que llevaba puestas. Estuvo sentado en el *saloon*, bebiendo con evidente inquietud, hasta que Alf Moffet llegó con la diligencia. Entonces supimos por qué había venido Brogan: tres hombres vestidos con trajes negros a medida y sombreros hongos bajaron del vehículo, y el mandamás estuvo a punto de caerse al tropezar consigo mismo, deseoso de darles una bienvenida adecuada. Los hombres eran más bien pequeños y andaban con cuidado en nuestra sucia tierra. Eran los directores del Este y su ingeniero. Por lo tanto, nos alegramos de verlos subir a las mulas con la ayuda de Brogan y ascender, saltando en sus monturas, por el sendero que conducía a la mina.

—¡Construiré un hotel! —gritó el Zar tan pronto como se fueron y, en su alegría, incluso abrazó a Isaac Maple.

Pocos días después, los hombres de la Compañía volvieron a bajar para que los recogiera un coche especial. Mientras lo esperaban en el *saloon*, se abanicaban con los sombreros.

—Nunca había visto unos hombres con unas manos tan blancas —dijo Adah en voz baja—. Solo preguntaron al Zar si podía servirles algo, y este casi murió de angustia al no poder complacerlos, pero, cuando se marcharon en el coche, sacudió el puño hacia ellos gritando: «¡Construiré un hotel!».

No era más que la expresión de un deseo, pero, de algún modo, mejoraba nuestras perspectivas.

No mucho después, recibimos la visita de un hombre que tenía una taberna junto a la carretera de peaje que conducía al oeste desde el campamento. Nos observó detenidamente y midió un terreno cerca de la carreta del Sueco. Sin mediar palabra, me puso una moneda de diez dólares en la mano (como señal). Antes de marcharse con su caballo, me dijo que volvería.

Como puede verse, esto supuso que mi corazón floreciera, que brotaran nuevas esperanzas y, aun cuando intentaba decirme a mí mismo que aquello era como el sol de la tarde —tan agradable de sentirlo en la cara, como una cálida mano, que uno podría soñar en cualquier cosa con la seguridad de conseguirlo—, a pesar de que las dudas me abrumaban, siempre manaba de mi interior, rezumante como néctar, la esperanza. Y otro anochecer, cuando estaba sentado junto a Molly al aire libre, con una nueva luna que mezclaba nuestras sombras, le hablé con tanta facilidad que no me conocía a mí mismo. Y ella habló conmigo. Y fuimos dos personas nuevas surgidas de nuestras viejas penas:

—Molly, te juro que siento llegar mejores tiempos. Este lugar está cobrando nueva vida. Tendrán que abrir una carretera para que esos carros de transporte puedan pasar por aquí. Y, para hacerlo, ¡necesitarán a mucha gente! ¡Habrá trabajo para muchos!

—No me gustaron nada, aquellos tres. Andando por aquí como si tuvieran miedo de ensuciarse los piecitos.

—Ni siquiera hemos de volver a verlos; solo vinieron para ver y decidir...

—Y hacer más dinero para sus fulanas de ciudad, llenas de flecos y volantes...

—¡Pero qué nos importa! Pronto figuraremos en el mapa.

—¿De veras? ¿Tú crees?

—Lo sé. Ahora nos toca a nosotros.

—Mi vida es mejor ahora que con Avery. Quiero que lo sepas, Blue.

—Molly, quiero hacer lo posible para que, los tres juntos, tengamos un buen porvenir.

—Siempre te gustó más Flo que yo.

—Eras tan adusta...

—No puedo olvidar a aquel hombre. Lo veo en mis pesadillas.

—Si puedo ser aceptable a tus ojos, también yo me consideraré aceptable.

—Todavía oigo su voz: «Volveré». Es lo que me dijo.

—Bien, pues si llega ese día, cosa que dudo, si llega ese día, si ese hombre vuelve, estaremos preparados para recibirlo. Todos estaremos preparados.

Molly guardó silencio un momento.

—Los dos hemos sufrido mucho —dijo.

Cogí su mano entre las mías. Fue suficiente para que volviera a registrar cosas en aquellos libros.

No, quizá no lo cuento bien. Cuando sumergí mi pluma en la tinta no fue solo como una celebración; fue algo que tenía que hacerse. El Zar e Isaac vinieron, cada uno por su lado, a reclamar una parte de fachada en la calle, tras haber visto la moneda de oro de diez dólares de Jonce Early. ¿Qué otro modo había para establecer los derechos de la gente? No creo que yo fuera tan necio como para dejarme cegar por mis sentimientos. Ahora teníamos literas para dormir y otra habitación con su puerta, y las noches eran buenas cuando nos acostábamos los dos en la misma litera, abrazados como dos pobres criaturas casadas... Ella mostraba la vergüenza de una recién desposada. Era tan decorosa... Jamás conocí dicha igual. Pero la hora de nuestra conjunción fue también motivo de desencanto para Jimmy. ¿No sería ver las sonrisas que ella me dirigía, lo mismo que la puerta cerrada por la noche, una razón para el odio que me demostraba? Las vacilaciones y el enternecimiento de Molly no hacían más que afirmarlo en su postura. Se pasaba todo el día fuera; solo lo veía a la hora de las comidas. No me hablaba, y, cuando lo veía en la calle al ir a mis asuntos, se escabullía enseguida como si no hubiera oído que lo llamaba. ¿Cómo podíamos ser felices dos personas si había una tercera que no lo era?

Las páginas de mi libro están llenas de tratos. Tengo ante mí todas las inscripciones... La calle creció a lo largo del año, de lo que podrá darse cuenta el lector por las líneas que siguen. Anotaba el nombre de cada persona y lo que poseía. Registré que Molly tenía, respecto a mí, todos los derechos que le correspondían como esposa, y a Jimmy como hijo. Escribí a quién pertenecía cada terreno. Jonce Early volvió y construyó una taberna en el sitio que había marcado. Un herrero llamado Roebuck consideró que habría muchos caballos dentro de poco, así como herramientas de labranza que arreglar, e instaló su fragua. Otro hombre —no puedo escribir su nombre porque nunca oí que se le llamara de ninguna manera— llegó con la primavera en una carreta llena de carbón, que vendería a sacos. Más nombres cada mes que pasaba. Recuerdo que aquello me maravillaba: al enterarse de nuestras perspectivas, toda aquella gente venía a establecerse en nuestro pueblo, con lo que demostraban su sentido común, pero siempre tuve la impresión de que lo que pasaba se debía a que alguien había certificado Hard Times como un lugar existente en el

mundo.

Así es como mi libro registra el incremento que tomaron mis comisiones de la Express. Así es como en él consta el acta matrimonial de Bert y la chinita: él sabía escribir, pero ella solo firmó con una cruz. Aquello fue importante, porque tan pronto como empecé a llevar un registro me convertí en parte natural de toda queja o demanda, legal o de cualquier otra clase. Me sentía como un domador de caballos que tuviera que elegir uno de ellos cada día, en función de las circunstancias. Durante muchos sábados, la señora Adah, Mae y Jessie contribuyeron a la felicidad de Bert desviando hacia la chinita solo los borrachos y los más débiles, de modo que todo lo que tenía que hacer era conducirlos a una habitación, cobrarles lo estipulado y dejarlos allí durmiendo. Bert tenía un buen garrote a mano mientras cuidaba de la barra, y siempre estaba a punto de saltar y utilizarlo en defensa de un posible ultraje a su amada. Eso tenía inquietas a las demás. Su tensión llegaba al máximo siempre que algún minero amigo de Bert le gritaba, bromeando, algo así como:

—Te gusta estar cerca del género, ¿verdad, Bert?

Las chicas vinieron a mí en delegación y me eligieron para poner al Zar al corriente de la situación:

—Usted puede decírselo con diplomacia, Blue —dijo la señora Adah—. Sería peor que lo descubriera por sí mismo.

Y así lo hice un día, sin testigos. Primero tuve que persuadir al Zar de que no era necesario matar a Bert, ni echarlo a la calle. De esto último le convencí al decirle que estaba seguro de que Isaac Maple lo tomaría enseguida a su servicio. Cuando lo hube calmado, añadí:

—Escúcheme, Zar: ¿qué importa una chinita de más o de menos, cuando, dentro de pocos meses, tendrá usted el mejor *saloon* de los alrededores? Un hombre de negocios como usted no puede perder el tiempo preocupándose por tales tonterías.

—No un *saloon*, amigo. Un hotel. Dos pisos. Ventanas con cristales. Un espejo. Una barra de madera pulida.

—Estupendo, Zar. Este es un gran momento, y aún se acercan tiempos mejores.

—Tiene usted razón.

—Claro que tengo razón... Podrá importar una docena de chinitas, si es lo que quiere. Este pueblo está creciendo a pasos agigantados y necesitará más chicas de las que cree.

—¡Seremos una ciudad!

—¡Claro que sí!

—Muy bien, Blue: puede decirle al chico que no lo mataré.

—Así se habla, Zar.

—Si ama a la chica, que se la quede.

—Ajá.

—Puede quedársela... por trescientos dólares.

El Zar era difícil de vencer, no es preciso decirlo. Cuando les llevé la noticia a

Bert y a las señoras, solo vi caras largas ante mí. Pero Molly tuvo una idea:

—Si Bert se queda con la chica, pero trae a alguien en su lugar, es posible que el Ruso quiera negociar.

Por lo tanto, lo intenté. Me parece que el Zar no creyó que pudiera encontrar gangas en el Infierno, pues aceptó enseguida. Estuvimos hablando, allí sentados, como si él fuera un rey extranjero que estuviera concertando un matrimonio principesco para su hija. Si Bert le proporcionaba otra mujer, solo le cobraría cien dólares —que era lo que había pagado por la chinita—, suma que el muchacho podría satisfacer con su trabajo. Eso fue todo lo que pude conseguir de él. Se mantuvo firme en tales exigencias durante casi toda una semana. Hasta que, por fin, Bert tomó prestados nuestro carromato con la mula y se marchó para no regresar hasta dos días después, pero, ¡oh, Señor!, volvió con una mujer de cabello gris, cara triste y curvas por todas partes. Se la entregó al Zar con una reverencia. Era la señora Clement. Nunca he sabido de dónde la sacó. Jamás habría pensado que un muchacho como aquel fuera capaz de tamaña empresa, y parte de ella fue no decirle jamás a nadie cómo lo logró.

El Ruso no esperaba que Bert se presentara con ninguna mujer, pero, como un hombre de honor, se atuvo a lo pactado. Incluso es posible que quedara agradablemente sorprendido de los recursos que tenía aquel chico. Pero el verdadero problema lo representaron Mae y Jessie. No les gustó nada esa nueva mujer. La examinaron y les pareció defectuosa. Cuando el Zar le ofreció las mismas condiciones que tenía concertadas con ellas, se enfurecieron. Aquello era un insulto. Discutieron acaloradamente. En un momento dado, decidieron dejar al Zar y marcharse del pueblo.

Aquella mañana también fue muy ruidosa en mi cabaña. Jessie y Mae entraron, llorosas, pidiéndome que les emitiera billetes para la próxima diligencia. Las acompañaba la señora Adah, que no paraba de estrujarse las manos. También apareció el Zar, que no gritaba y despotricaba sin parar. La situación había dado la vuelta como un calcetín, pues las chicas estaban enfadadas con Bert por haber liado tanto las cosas. El Zar, en cambio, lo defendía. Pero cuando Mae y Jessie pidieron su parte de los beneficios, dinero que el Ruso guardaba en depósito para ellas, interrumpió el juego: el dinero de las muchachas, junto con el de él, lo había invertido en madera para el nuevo «hotel». Se había ido todo a cambio de un recibo de Alf, según les anunció a las furiosas mujeres. Así que, sonriendo, las invitó a tomar su parte de la madera cuando la trajeran las carretas de carga. Aquella noticia desalentó a todos. Así pues, nada más se hizo ni se dijo después de aquel punto culminante en que el problema había alcanzado sus límites naturales. Cuando llegó la madera y el Zar contrató a algunos mineros que conocían el oficio de carpintero, las mujeres no pensaban ya en otra cosa que en el lujo de las habitaciones previstas para el segundo piso..., aunque ello no hizo aumentar su estima hacia la señora Clement.

Y en otoño, cuando se celebró la boda, a la que asistieron el Zar, Mae, Jessie y

cuantos otros formábamos el censo del pueblo, todos se sintieron felices ante la unión de los dos jóvenes. Las únicas sombras eran las que cruzaban los rostros de Bert y su chinita, ambos peinados y limpios, pero terriblemente asustados y apenados por el desbarajuste que habían armado.

Fui yo quien los casó. No lo siento, creo que todo fue lo mejor que podía ir, sobre todo por recaer en mí la parte conclusiva del asunto, dadas las funciones que por mi cargo me competían. La ceremonia se celebró frente al antiguo *saloon* del Zar. La contempló un reducido número de personas esparcidas por la calle, incluidas algunas que yo apenas conocía. Por encima de nuestras cabezas, al otro lado de la calle, se alzaba el nuevo *saloon* del Zar, con sus dos pisos, tal como se había proyectado, con tres habitaciones provistas de ventanas con cristales en la segunda planta, así como con una falsa fachada hasta la altura de un tercer piso inexistente. A su lado, después de un callejón de separación, se levantaba la tienda, toda ella de madera, de Isaac Maple, construida por el Sueco casi en su totalidad. Desde donde yo me encontraba, la cicatriz de la vieja calle quedaba oculta a mi vista. Ninguno de los llegados después del incendio sabían que yo no era un verdadero alcalde, ni que las palabras que pronuncié para unir en matrimonio al chico y la muchacha eran las mismísimas frases que me indicó la señora Adah —que pareció avergonzada hasta de recordarlas—, más lo que pude recordar de lo que había escuchado de labios del auténtico pastor que me casó más de veinte años antes. La señora Adah también tenía una Biblia y me la ofreció, pero Mae nos hizo ver que la chinita tenía muy poco de cristiana y que era mejor no complicar las cosas.

Después el Zar nos invitó a beber a todos en su casa. La barra y el espejo aún no habían llegado, por lo que nos sirvió el licor, que todos bebimos, desde detrás de su tabla de madera. Uno de los recién llegados sacó un violín y, aunque era por la tarde, bailamos todos sobre aquel nuevo suelo de pino hasta que estuvo suficientemente santificado. El Sueco sacó a bailar a su Helga. Yo bailé con Molly, y no lo hice mal para un hombre de mi edad. Aquella rígida espalda se ablandó bajo mis manos, y apareció un sonrojo de placer en el rostro de Molly mientras pateábamos el suelo de un lado a otro, unidos por los brazos que rodeaban nuestros cuerpos. Y así seguimos hasta que no pudimos más.

Algunas veces, durante el memorable anochecer al que ya me he referido, Molly se ablandó, y luego, el día de esa boda, bailamos... En algún momento es probable que alcanzáramos la máxima perfección que quedaba en nuestras vidas. «Los dos hemos sufrido mucho», dijo en aquella ocasión, pero las palabras no giran con la Tierra, sino que tienen su estación propia. No puedo recordar cuándo sucedió aquel momento trascendental por más que lo intento; tal vez fue durante nuestro baile, o una mañana cualquiera, cuando un ligero soplo de viento hizo oscilar la luz del sol; quizá fue en una de aquellas noches de abrazos en nuestro instante de madurez, mientras nos dejaba atrás el rodar de la Tierra; puede que ocurriera mientras dormíamos. En realidad, el discurrir de la vida es un secreto: uno solo tiene el

recuerdo de sus momentos, y el recuerdo tiene su propio tiempo. El tiempo real te conduce a lo largo de la vida, pero tú no sabes en qué momento te encuentras. Por eso solo se puede tener conciencia de que hubo un gran momento y de que ese momento se fue.

Lo que mi mente ve ahora es el invierno: noviembre. Nuestra cabaña tiene una doble pared de tablones de madera; nos defiende bien del viento. En el interior, al lado de la puerta de entrada, está mi escritorio: es la mesa del Sueco, se la compré. En las paredes, hay estantes llenos de provisiones, colgadores con ropas de abrigo compradas para todos nosotros, y una cómoda con un jarro de roca ferruginosa y una palangana. El señor Hayden Gillis está sentado ante mi escritorio examinando mis libros con detenimiento: un hombre que ha venido expresamente a vernos; pertenece a la oficina del gobernador del territorio.

—¿Ha fijado usted algún precio para esos terrenos, señor alcalde? —dice de pronto, volviéndose hacia mí.

—De eso, ni hablar. Pongo estacas de referencia cuando alguien reclama la propiedad de una parcela en la que tiene intención de construir. Luego firma en el libro, y yo también. Eso es todo.

—¿No es usted el promotor de esta población?

—No...

—¿Lo creerá usted? —dice Molly, secándose las manos con su delantal—. Aquí, todos los que quieren algo lo toman, y ya está.

El hombre aparta la mirada de ella para fijarla en mí. Es un tipo bajito, de cabeza grande y facciones pequeñas sobre un mentón prominente, con unos cabellos que le caen, por detrás, sobre los hombros:

—Sus registros han sido escritos con esmero. Pero no veo que se mencione su elección como alcalde.

—Pues... no, señor. Llegué a serlo a fuerza de llamarme así la gente. Todo comenzó cuando empecé a llevar nota escrita de cuanto creía necesario. Luego, cuando nos enteramos de que una carretera cruzaría este lugar, la gente se puso a reclamar ese terreno y aquel otro a lo largo de la calle. Y yo me dediqué a hacer las cosas como era debido, para que después no hubiera pendencies. El señor Zar es el Ruso, y el señor Maple es el tendero. Han levantado sus establecimientos para cuando aumenten los clientes con la construcción de la carretera. El Zar es dueño de la gran casa que se ve en la calle según se baja desde aquí, y también de la taberna de enfrente. Isaac posee la tienda y es el que alquila esas chozas de plancha de hierro. En este momento, son los principales propietarios de la ciudad.

—Pero nosotros, aparte de esta casa y del molino de viento, no poseemos ni un palmo de terreno con fachada a la calle —dice Molly, irritada—. A mi marido le basta con ver cómo los demás hacen dinero.

—Ya está bien, Molly...

Pero ella prosigue:

—Alguien perforará otro pozo algún día; es algo que puede suceder, pero Blue no cree que pueda impedirlo. De este modo, ¿adónde vamos a llegar? Se lo digo yo, señor Gillis, lo que tiene usted delante es más que un hombre honrado. Ya puede usted confiar en sus registros... ¡No hacen más que ir en contra de él!

—Bien —dice el hombre levantándose—. Creo que ya hemos visto bastante. —Tira de su abrigo para arreglárselo y coge el sombrero de copa, que había dejado sobre la mesa—. ¿Tendrá usted la bondad de venir conmigo, señor? —añade dirigiéndose a mí, y se despide de Molly con un reverencioso movimiento de cabeza.

Afuera, aun cuando hace frío y el cielo está cubierto, el Zar e Isaac esperan con el sombrero en la mano. Los cuatro nos dirigimos hacia el nuevo local sin decir palabra mientras el hombre camina, con sus piernas arqueadas, balanceándose a cada paso como movido por un contrapeso de plomo. Jimmy aparece de improviso y se pone a andar detrás de él, imitándolo, hasta que lo aparto de un manotazo y vuelve a desaparecer.

Isaac me cuchichea:

—Blue, si tiene usted ocasión, pregúntele si conoce a Ezra Maple. Es un hombre que viaja mucho. Puede que se haya encontrado alguna vez con él.

Me gustaría complacer a Isaac y preguntar lo que él quiere, junto con algunas cosas que me rondan por la cabeza, pero este funcionario no es un hombre fácil de interrogar. Mientras los demás esperan en el bar, subimos a la habitación que él ha tomado (abandonada precipitadamente el día anterior por Jessie). Se sienta a una mesa situada al lado de la ventana, coge mi fajo de papeles, en los que estampa sellos durante un rato y, entre tanto, se murmura a sí mismo, como si yo no estuviera allí esperando:

—Cada vez que alguien se planta en algún lugar de este territorio, me llama el gobernador y me envía a buscar la nueva población. No importa que sufra reumatismo o que ya no tenga edad para viajar a lomos de un caballo. Cuando un hombre reclama un terreno que pueda rendir, allí hay un pueblo. Cuando encuentra un poco de hierba, allí hay también un pueblo. ¿Perfora un pozo? Otro pueblo. ¿Se detiene en algún sitio para vaciar la vejiga? Otro. Varias veces al año surgen pueblos en esta tierra, y mi tarea es la de ponerlos todos en el mapa. ¿Y para qué? La reclamación se vuelve agua de borrajas, la hierba muere, el pozo se seca, y todos se marchan a otro lugar, a forjar un pretexto que me haga viajar de nuevo. Nada se queda quieto en esta maldita tierra. La gente es empujada de un lado a otro a cada sople de viento. No puedes llevar la ley a un montón de piedras, no puedes conseguir que los coyotes se establezcan en ninguna parte, no puedes formar una sociedad solo con arena. A veces, pienso que somos peores que los indios... ¿Cuál es el nombre de este lugar? ¿Hard Times? Es usted un hombre lleno de buenas intenciones, señor Blue. Por casualidad, me he dado cuenta de cuáles son sus gustos. He visto a Blackstone en su escritorio, y los *Alegatos* de Chitty. Puede usted leer cuanto quiera

sobre la ley, sí, pero está por completo desarmado para la primavera, cuando el pueblo se llene a reventar de gente que venga a trabajar en esa carretera. Necesitan ustedes un funcionario de orden público, pero ni siquiera he visto que lleve usted pistola. Miro por esta ventana y veo cabañas, casas de troncos, chozas de plancha de hierro, una tienda de campaña, un almacén, pero no veo la cárcel. Será mejor que construyan una. Será necesario que encuentren a un buen tirador y construyan una cárcel.

Luego se vuelve para coger su saco de viaje, lo abre, busca debajo de un montón de cosas y saca una botella de whisky etiquetada y dos pequeños vasos. Frota los vasos en el faldón de su abrigo y, después, levantando los ojos hacia mí y sonriéndome con la pequeña cara que tiene en su enorme cabeza, me da un vaso y lo llena:

—La cárcel puede esperar. Ahora brindemos por una pronta disminución de las responsabilidades de su cargo.

Mi mente ha recogido cuanto ha dicho el hombre, y ahora solo pienso en lo que significa su visita: será un largo año de espera, pero en primavera nuestras expectativas se cumplirán.

No recuerdo haber probado un whisky tan bueno como aquel. Unos minutos más tarde, bajé la escalera mientras todos los rostros se dirigían hacia mí con ansiedad: el Zar, Isaac, el Sueco, Bert Albany... No, ninguno de ellos serviría. Antes de que nadie pudiera decir nada, salí, caminé calle arriba hasta el establo, donde encontré a Jenks, que dormía junto a la puerta. Lo zarandeeé para despertarlo y lo conduje, casi a rastras, hacia donde había quedado Hayden Gillis. Y, una vez en lo alto de la escalera, ante las sorprendidas miradas de todos los presentes, y en el momento en que Jenks despertaba por completo con la boca abierta de par en par, clavé una estrella de hojalata en su chaqueta y lo nombré *sheriff*. Sueldo: veinticinco dólares al año, cobraderos a partir del año siguiente.

—¿Ha matado alguna vez a alguien? —preguntó el señor Gillis a Jenks.

—A ver, deje que cuente...

—Bien. Desde ahora, tiene usted este pueblo a su cargo. Procure que esa gente aporte lo necesario para construir una cárcel. Tome los libros de registro del señor Blue y llévelos con pulcritud. Tan pronto como coja, vivo, a un forajido, o a alguien que haya delinquido seriamente, escriba una carta a la capital y pondremos un juez de circuito a su disposición. Aquí tiene los papeles. La carta de constitución de la ciudad. Los impresos para el censo. Una petición para que el territorio se convierta en estado; puede hacérsela firmar a la gente cuando no esté ocupado en otra cosa.

Después el hombre taconeó escaleras abajo, con el saco de viaje en la mano y el sombrero de copa en la cabeza, y salió sin siquiera saludar con un movimiento de cabeza a nadie de los que esperaban abajo. Isaac Maple, aún desde cierta distancia, me dijo:

—¿Blue?

Yo me encogí de hombros y él se me acercó. Todos los demás se agruparon en torno a mí ante la barra. ¿Para qué había venido ese hombre? ¿Qué pasaba? Sonreí porque no había dudas en cuanto a la respuesta.

—Pare de cavilar, Zar —le dije al Ruso—. Todo el dinero que ha invertido volverá a usted doblado.

Entre tanto, Jenks no había hecho otra cosa que bajar hasta la mitad de la escalera, donde se había detenido con el fajo de papeles en la mano, mirando el distintivo que brillaba sobre su chaqueta. Luego dirigió la mirada hacia la puerta y, después, de nuevo a su pecho. Estaba perplejo. Pero entonces comenzó a darse cuenta de lo que había pasado y, tras reanudar la marcha escaleras abajo, a cada paso que daba su sonrisa lobuna se hacía más y más ancha.

—¡Qué bien! —gritó el Zar—. ¡Ahora sí que estaremos protegidos y sin preocupaciones con Jenks de *sheriff*!

Todos rieron. Jenks fue hacia la barra y le dijo a Bert, que en aquel momento la atendía:

—¡Una ronda para todos, vamos!

Y a todos saludó con un amplio movimiento de la mano. A poco de comenzar la ronda general de licor que siguió, Jenks dejó sus papeles sobre la barra. Debieron de caérsele durante el jolgorio, pues, terminada la celebración, los encontré en el suelo cubiertos de pisadas de botas. Los recogí, los junté y me los guardé dentro del chaleco.

El hecho de que Jenks fuera un representante de la ley no cambió mucho las cosas. La gente siguió viniendo a mí para descargarse de lo que llevaba dentro; y yo continué intentando registrar todo lo necesario en los libros, aunque estaba siempre dispuesto a dárselos a él, en cualquier momento que me los pidiera. Sin embargo, un mes después de la visita de Hayden Gillis, el *sheriff* vino a decirme que había decidido autorizarme a que yo le hiciera todo el trabajo de oficina, teniendo en cuenta lo ocupado que él estaba en la calle cumpliendo con su deber de vigilancia..., y, además, porque yo sabía escribir. Y desde entonces, como desde siempre, no tomó parte en nada de lo que hiciera yo sobre mi escritorio. Eso sí, a veces venía a mirar por encima de mi hombro una o dos veces al día, si yo estaba sentado a mi mesa de trabajo, para aprobar con un competente movimiento de cabeza lo que yo estaba haciendo o, más probablemente, para conseguir una comida gratuita de Molly. Que yo sepa, nadie del pueblo prestaba atención a Jenks, como no fuera para bromear a su costa de vez en cuando. Sin embargo, Molly y Jimmy lo trataban con respeto y deferencia, lo que hacía que se sintiera el hombre que consideraba que debía ser. Recorría la calle a paso regular, llevando la pistola en una funda abierta y con su estrella cuidadosa y ostentosamente visible. A veces Jimmy lo seguía a todas partes a unos pasos de distancia, de modo que uno podía decir dónde estaba Jenks con solo descubrir a Jimmy a la puerta de cualquier casa.

Hacia Año Nuevo, la calle se extendía en forma de media luna, a partir de mi cabaña, que estaba en su extremo sur, hasta, como en otro tiempo, la choza de John Bear, al pie del sendero que conducía a la mina. Había transcurrido un año entero y la mitad de otro desde que había clavado la pala en la tierra para empezar a excavar un refugio.

—Todos esos idiotas han venido como cuervos atraídos por el olor de la carne — dijo Molly.

—Los muertos comen lo que ha muerto, Molly. Este pueblo está vivo.

—Nadie habla. Todos buscan no sé qué con la mirada.

—Esperan la llegada de la primavera, Molly. —¿Era necesario que se lo explicara?—. Todos esperan hacer un poco de dinero cuando venga el buen tiempo.

—¿Jimmy? —llamó ella.

Estábamos frente a nuestra puerta, en la oscuridad de última hora de la tarde. Una costra de nieve cubría la tierra. Calle arriba, se veían brillar las luces en las ventanas. El fuerte y frío viento traía el olor de las cenas que se estaban cocinando.

—Molly —le dije, volviéndome hacia ella—, ¿qué te preocupa? Todo va bien, ¿no lo ves? Estamos prosperando.

En aquel momento, Jimmy, de un salto, surgió de las sombras, de donde no lo habíamos esperado. Puso las manos sobre los ojos de Molly:

—¡Uuuuh! —gritó en su oreja.

Ella se sobresaltó. Luego atrajo al chico hacia ella y lo estrechó entre sus brazos.

—Ay, señor alcalde... —dijo—. ¡Aunque este pueblo creciera cuatro veces más de lo que pudiera alcanzar nuestra mirada, seguiría siendo un pueblo de salvajes!

La broma del muchacho me sorprendió. Un escalofrío momentáneo que recorrió mi espalda me hizo comprender lo que Molly quería decir. Pero después volvió a mí la verdadera imagen de nuestro pueblo, con lo que, una vez más, Molly y yo contemplamos la misma escena con ojos distintos. Tuve que reírme de que una mujer se asustara de aquella manera cuando corrían tan buenos tiempos.

Esto sucedió el invierno pasado, hace solo un año, pero, en mi mente, parece un recuerdo de días mucho más lejanos.

LIBRO TERCERO

He tratado de escribir lo que sucedió, pero es un trabajo difícil, lleno de anhelo. Los hechos de mi pasado comienzan a escaparse de mi memoria, y la forma que el recuerdo da a las cosas crea su propio tiempo y guía mi pluma por derroteros en los que no confío. Ante los ojos de mi mente, hay un arco de soles que multiplican el cielo... o una larga y fluctuante noche de una sola luna que da vueltas una y otra vez en su oscuridad. Sé que esto es un recurso narrativo, pero no puedo dejar de escribirlo. Pienso: «Molly, Molly, Molly», y ella es el tiempo, que pasa por sus fases como esa luna, sonriendo y poniendo ceño a medida que el muchacho crece, adquiriendo la misma complexión de Fee, su padre... Veo algo que nunca sucedió: los dos llevando una cruz gigantesca con gran esfuerzo y clavándola en la tumba de Fee. «No me inclino mucho por Dios —protesta él—. Acostumbro a poner mi fe en la gente».

Molly, ¿podías saber en realidad lo que se acercaba? ¿O tuvo lugar porque tú lo sabías? ¿Eras más lista que la vida o la vida dependía de ti?

Cuando el tiempo se hizo menos frío, se colgó un letrero a través de la calle. Isaac facilitó una pieza de percal, el Zar compró la pintura y el joven Bert invirtió una semana en pintar las letras rojas, de un estilo que copió de un catálogo. Helga le cosió al dorso una arpillera y le hizo ranuras para combatir el viento. Y, en una mañana deslumbrante, el Sueco la puso en su sitio. Se extendía desde la torre del molino de viento hasta la falsa fachada del *saloon* del Zar: BIENVENIDOS A HARD TIMES, decía. Ondeaba al viento como algo vivo.

Casi todo el mundo salió a la calle y contempló el trapo haciendo comentarios. Creo que el letrero podía verse a una milla de distancia, llanura adentro. Pero fue precisamente aquella mañana cuando Molly rompió a llorar y me dijo:

—¡Blue, por el amor de Dios, vámonos de este lugar!

Y, desde entonces, no pasó un día sin que no me lo repitiera, rogando, suplicando, para que le hiciera caso.

—¡Este sitio ya no es seguro, sé que tenemos que irnos de aquí!

—¿Y dónde quieres ir, Molly?

—Pues no lo sé. Bastará con que nos marchemos, Blue. Ahora mismo. Hoy. Nosotros tres. Ya encontraremos algún otro lugar...

—Molly, lo que dices no tiene sentido. ¡Hemos trabajado mucho por este pueblo, y hemos hecho los sacrificios que ya sabes! Hemos construido un hogar desde la nada... ¿Y ahora quieres irte?

—Eres un necio, señor alcalde. ¡Siempre has sido un necio!

—Es posible. ¡Pero no soy tan necio como para salir corriendo cuando lo que tenemos comienza a rendir! ¿No se te ocurre pensar que en todas partes es igual? ¡No vayas a creer que por estas tierras cabalga un solo Turner!

—Sí, los hay a cientos, ya lo sé. A miles. Y me cogerán. ¡Todos vienen por mí!

Si hubiese sido un hombre más listo, me habría dado cuenta del porqué de su angustia. Podíamos salir a la puerta de nuestra casa sin ver, por estar ocultas, las huellas del desastre, pero la cicatriz de la antigua ciudad seguía allí.

—¡Supongo que me protegerás! Supongo que cuidarás de mí, como la última vez. El buen alcalde Blue, tan rápido, él, con la pistola. No hay problemas para el alcalde Blue, sobre todo cuando va detrás de una, amparándose en sus faldas. ¡Ningún problema, ninguno!

Y volví a sentir aquella mano que me estrujaba el corazón, aquel dolor ya casi olvidado.

—¿Qué les pasa a esos locos, con sus letreros, sus cabañas y sus grandes planes? ¡Dios mío, lo que tenemos que hacer es marcharnos de aquí!

—Molly, por favor...

La cogí entre mis brazos. Lloraba entre unos sollozos que hacían estremecer todo su cuerpo:

—Blue..., te lo ruego..., véndelo todo... y nos iremos a alguna ciudad..., Blue.

Le pasé la mano por el pelo, atraje su cabeza contra mi pecho y así la mantuve hasta que se calmó. Recuerdo que, después, la senté ante la mesa. Cuando se apoyó en ella con el codo, cogida la cabeza con la mano, vi que sus verdes ojos estaban hinchados por el llanto. Aun así, intentaba escucharme.

—Molly —le dije—, puede que tengas razón, que esta calle, con todo su bullicio, llame la atención a algún Hombre Malo. Sí, es posible que no te equivoques y que, con la misma seguridad que el invierno trae el verano, esta nueva situación traiga a nuestro Hombre de Bodie. Lo sé tan bien como tú. Pero esta vez hemos progresado demasiado para ellos. Escúchame bien: no quiero decir que me enfrentaré con su pistola; quiero decir que no tendré que hacerlo. La última vez que vino, estuvimos perdidos a partir del momento en que Flo se le acercó. Estuvimos perdidos ya antes de que Fee entrara en el *saloon* de Avery con su estaca. Si intentas luchar con esa clase de hombres, con solo que adviertan que te has fijado en ellos, ya llevas las de perder. Los he visto entrar en un pueblo (un grupo de ellos a caballo), husmeando el lugar, tanteando cómo serán recibidos. En ese momento, intentar ahuyentarlos sería lo mismo que dirigir la pistola hacia uno mismo. Pero cuando se encuentran con un pueblo cuya pujanza les hace suponer una fuerte oposición, no tardan en volver grupas. Cuando los negocios están en plena marcha y la vida se muestra en su plenitud, no pueden hacer nada, el ambiente los amilana.

—Oh, Señor —se lamentó ella—. Dios mío, líbrame de este hombre, de este charlatán...

—¡Molly! ¿Quieres que te diga una cosa? Escúchame: ¿sabes por qué vino aquella vez? Porque nosotros «queríamos» que viniera. Lo esperábamos con la lengua colgando. Incluso el pobre Fee, que construyó una calle, pero no fue capaz de erigir un pueblo digno de recibir tal nombre. Cuando cogió aquella estaca, debió de

saber que había muerto toda esperanza. Si Fee no sabía que no era el hombre que yo creía que era, si se engañaba a sí mismo, no podía saber lo que era la vida.

—Blue...

—¡Molly, debes creerme, debes creer lo que te digo! ¡Turner jamás volverá a atacarnos!

Poco después, paró de rogarme que nos fuéramos. Aquello, por sí solo, habría acabado por hacerme recoger nuestras cosas e irnos a otra parte. No era precisamente por los ánimos que yo intentaba darle por lo que ella dejó de hablar de marcharse, sino por aquel diablo que tanto le sonreía. ¿No eran aquellos gritos —«Te lo ruego, Blue, Blue, Blue...»—, gritos de socorro? A sus ojos yo ya no podía ayudarla. Una vez más, me veía andando tras ella hacia el *saloon*, detrás de ella, sin hacer nada.

Era como si estuviera resentida contra todos aquellos que no habían sufrido en manos del Hombre Malo. Cuando la gente comenzó a cabalgar por debajo del letrero de bienvenida, aumentó su hosquedad. Un día, ató dos palos en forma de cruz y fue con Jimmy a las tumbas de la llanura para ponerla en la de Fee. Los observé desde la puerta de la cabaña. Recordaba muy bien en qué orden estaban las sepulturas: estaban clavando la cruz, por error, en la tumba del manco Jack Millay.

Molly no tomaba parte en la vida de la calle. Comenzó a quedarse en casa. Solamente muy de vez en cuando se sentaba fuera, detrás de la cabaña, cuando hacía buen tiempo, y allí contemplaba la llanura y cuanto se veía al oeste de las rocas. Yo hacía las compras necesarias para nosotros tres, y Jimmy se encargaba de llevarle las noticias más recientes. Era su especialidad: siempre se las arreglaba para encontrarse donde sucedía algo; entonces corría hacia Molly para contárselo. De este modo, ella estaba al corriente de todo lo que pasaba; y Jimmy sabía qué opinaba al respecto. Molly siempre opinaba lo mismo. Ya se tratara de alguien que había llegado en la diligencia, de algún rumor sobre la carretera, de algún negocio del Zar o de Isaac Maple, o de alguna medida que yo hubiese tomado..., no le gustaba. Todo pasaba ahora por la lengua de Molly. Había cenas en que hablaba sin descanso mientras yo comía, demostrando que su mente iba de una persona a otra, que se ocupaba de cada palmo de terreno..., hasta que yo, terminada mi comida, tomaba el café sin que ella hubiese tocado apenas su plato. Jimmy escuchaba todo lo que decía como si se tratara del propio Evangelio, hablara de lo que hablase, o por más que se hubiese ya referido a lo mismo unas cuantas veces. Bebía de sus palabras como un bebé de los pechos de su madre.

Molly solo toleraba a una persona: Jenks. No porque no fuera otra cosa que un simplón, sino porque era muy hábil con las pistolas. El nombre de Jenks nunca recibía en nuestra mesa el latigazo de su lengua; también era la única persona con quien hablaba. Muchas veces veía al chico ayudando a Jenks en el establo, limpiando los pesebres o haciéndole recados. Como salario, le permitía que acariciara a los animales y viviera unas horas entre ellos y, de vez en cuando, recibía la paga extra de

una lección de manejo de revólver. Cierta día, lo sorprendí sosteniendo un colt a la altura del hombro y apretando el gatillo para disparar a las paredes del establo, mientras Jenks mantenía un palo debajo de la muñeca del chico dándole consejos sin parar:

—Agárralo con firmeza, hijito, oprímelo, pero sin nervios, apunta con cuidado, así darás en el blanco...

Quise poner fin a la lección, y así fue como descubrí que Jenks enseñaba al chico solo para complacer a Molly, que le había pedido ese favor.

Al fin y al cabo, no había nada malo en enseñar a un muchacho el manejo de las armas, suponiendo que se lo tomara como una de tantas cosas que le convenía saber. Sin embargo, tal aprendizaje, mientras Jimmy iba adquiriendo la corpulencia de su padre y la mirada de Molly, no pasó desapercibido. Mae me dijo, en privado, porque, según ella, no quería armar líos, que un día había saludado al muchacho, cuando estaba asomada a su ventana del segundo piso, y que él, en un repentino arranque de ira, cogió una piedra, se la lanzó y le dio en el pecho. Otro día, Isaac Maple lo sorprendió cuando se metía en el bolsillo un puñado de cartuchos que había cogido del mostrador. Se los pagué, pero a Isaac no era el dinero lo que lo preocupaba. Y luego estaba lo de John Bear. A él no hubo modo de pagarle: el huerto del indio representaba algo más que comida para él; no había nadie más que pudiera hacer crecer una planta en aquel lugar. Un día, al despertar de su siesta, advirtió que alguien había pisoteado sus hortalizas. Bear nunca pensó que hubiera sido Jimmy. Por alguna razón, me dio a entender que le echaba la culpa al Zar..., aunque era inverosímil que este tuviera motivos para hacer una cosa como aquella. Yo sabía quién había sido. Sin embargo, no dije nada al respecto. Pensé que era con Molly con quien debía hablar:

—Molly, ese chico cada día se vuelve más salvaje. Su maldad va en aumento.

—¿Tú crees?

—Le tiró una piedra a Mae.

—Supongo que dio en el blanco, ¿no?

—Molly, se trata del hijo de Fee...

—Voy a decirte lo que te fastidia, señor alcalde: que el chico aprecie a Jenks, que le guste estar con él. Y eso te sulfura, ¿verdad?

—¡Jenks no tiene nada que ver con esto!

—Si supieras cómo se maneja un revólver, señor alcalde, tal vez serías tú quien podría dar al chico alguna lección de hombría.

—Eso no es hombría.

—Pues yo te digo que sí, señor alcalde. Seguro que lo es.

—¿Ah, sí? ¿Crees acaso que es hombría pisotear todo el huerto del indio?

Me miró. Luego fue hacia la puerta y llamó al muchacho. Un momento después, el chico entró y se plantó ante ella.

—¿Fuiste tú quién destrozó aquellas plantas?

Mirándome de reojo y con cara de asco, respondió:

—No.

—¿Lo hiciste o no lo hiciste? —insistió Molly, agarrándolo por los hombros y sacudiéndolo.

—Sí —confesó, asustado.

Uno, dos, tres, los bofetones de Molly cruzaron la cara del chico.

—Si vuelves a hacer algo parecido, te despellejo. ¿Me oyes? —Y, gritando con todas sus fuerzas, repitió—: ¿Me oyes?

No era aquello lo que quería. Yo mismo habría pegado a Jimmy si hubiera creído que serviría de algo. Ahora solo había conseguido que me odiara más. Lo sentí mientras se pasaba los dedos por los sitios de la cara en que Molly lo había abofeteado. Al cabo de un par de días, encontré un tintero volcado sobre uno de mis libros de registro; la tapa estaba totalmente empapada. Aquello me sacó de quicio, pero decidí olvidarlo todo, a excepción de mis ganas de hacer entrar en vereda al muchacho, sirviera para lo que sirviera. Al volverme, vi a Molly en el refugio, que ahora era la habitación de Jimmy. Observaba cómo el chico se preparaba para acostarse.

—Mirad esos hombros... —oí que murmuraba ella—. El Jim de Molly se está volviendo alto y fuerte, ¿verdad? Molly lo alimenta bien y él se está transformando en un hombre de verdad, ¿no es así? Lo llamarán el Gran Jim, y él cuidará de su Molly. Sí, él cuidará de ella...

Aquel periodo fue el de nuestra máxima prosperidad. Pequeñas nubes de mosquitos flotaban, en los amarillos atardeceres, sobre los caballos atados a la baranda del porche, anca contra anca. La gente necesitaba trabajo. Era como si todo el Oeste viniera atraído por su olor, extendido por el aire primaveral cual si fuera aroma de agua en pleno desierto. ¿Cómo veía yo aquello? ¿Me inquietaba pensar que nuestro pueblo se estaba convirtiendo en un refugio? Abría con frecuencia la puerta de nuestra cabaña para ver qué traían las ruedas que pasaban rodando por delante de ella: era una polvorienta pareja que tiraba con esfuerzo de un carretón de mano, o un grupo de buscadores de oro fracasados que llenaban por completo una carreta plana, con sus cinturones tipo Bowie y sus largos y viejos rifles al hombro. Podías conocer a estos hombres solo por su tos. Un día llegó un tipo a caballo. Llevaba un sucio atuendo blanco, y se veía un rollo de fieltro verde sobre su silla: era un repartidor de faraón, el famoso juego de cartas. El Zar y Jonce Early, el tabernero del otro lado de la calle, se lo disputaron en una guerra de ofertas para que cuidara de la banca en los respectivos locales. Por fin, el Zar lo convenció. Vino también una vieja harapienta sin otra cosa en su carreta que un montón de andrajos y una jaula con tres cacareantes gallinas; hizo dinero vendiendo sus huevos a un dólar la pieza. Pero la mayoría de los que llegaban solo venían dispuestos a aceptar el primer trabajo que les ofrecieran, y su dinero iba a parar casi siempre a los bolsillos de los que estaban establecidos en la calle.

Todos nos beneficiábamos de la viva actividad comercial del momento. La gente pagaba en toda clase de monedas por mi agua: dólares de plata, billetes, vales del territorio. Por mi parte, además, cuando no estaba ocupado vigilando el pozo, anotaba encargos para la Express o recogía el correo. Ahora la Compañía había puesto otra diligencia, por lo que teníamos dos llegadas semanales. Si entrabas en la tienda de Isaac Maple («Hermanos Maple», rezaba el letrero pintado por Isaac y que había puesto en la puerta del establecimiento para que todos pudieran verlo), siempre había alguien delante de ti, a pesar de que Isaac contaba con la chinita para que lo ayudara a atender a los compradores. En la tienda, podías proveerte de cuanto pudieras desear: azúcar, harina, alimentos enlatados, barriles de salmuera, compotas, frutos secos, cuchillería, herramientas para carpintería, papel embreado, rollos de alambre de espino, tabaco de varias clases, matapijos, almidón de maíz, lavanda embotellada, miel, aceite de castor... Podías pensar que estabas en Silver City.

Frente al comercio de Isaac Maple, al otro lado de la calle, siempre había un grupo de personas que esperaban a la entrada de la tienda de campaña, que el Sueco le había alquilado al Ruso para tener en ella lo que podía llamarse una casa de comidas. Permanecían allí en espera de que el corpulento fondista los dejara entrar. Por veinticinco centavos, podías tomar un desayuno de tortas de harina y café; por cincuenta, un almuerzo consistente en tocino y café con bizcochos hechos por la misma Helga. Yo mismo me acostumbré a comer allí cuando Molly dejó de cocinar.

Lo mismo que el Ruso, no podía pedir un negocio mejor, a pesar de la competencia que tenía al otro lado de la calle. Siempre que llegaba alguien, solía ser al «Palacio del Zar», adonde se dirigía en busca de información, pues era el edificio más alto del pueblo. Entonces, Bert, que servía detrás de la barra del local, los enviaba a mi puerta. Y si era al Sueco del «restaurante» a quien preguntaban, se secaba sus manazas con el delantal y conducía al forastero hasta mí. Todavía no había nadie de los que trabajaban en la mina que viviera en el pueblo; sin embargo, yo llevaba una lista de los que buscaban trabajo. No quería constar como un agente de la mina; de hecho, siempre procuraba aclarar que no lo era. Sin embargo, la costumbre de llevar aquellas anotaciones me ayudaba a saber quién había en la ciudad y, además, podía aprovechar la oportunidad de obtener otra firma a favor de nuestra incorporación en un nuevo estado. Y ello le daba siempre al forastero la sensación de haber hecho cuanto podía antes de que comenzara la contratación de gente: escribir su nombre. Llegué a tener unos cincuenta nombres en aquella lista.

Un día, al volver a la cabaña, al anochecer, vi que no había fuego en la estufa ni cena sobre la mesa. Poco después, Molly dejó de lavar la ropa. Y, algo más tarde, tuve que ser yo quien barriera y quitara el polvo, cada mañana y cada noche. La carga era más pesada, pero distribuí mis tareas ordenadamente; uno puede adaptarse a cualquier cosa sin siquiera darse cuenta.

Otro día, un hombre se me acercó cuando me hallaba frente a la tienda de

campana del Sueco:

—Acabo de estar en su casa para entregarle una carta para el correo, pero no me ha contestado nadie cuando he llamado.

—Mi mujer siempre está en casa —dije.

—Pues sí, he visto que salía humo de la chimenea. ¿Acaso es sorda la señora alcaldesa? —me preguntó sonriendo.

—Deme su carta —repuse—. Ya la cojo yo.

Caminé calle abajo. Era un día más bien cálido, sin pizca de viento. Un fuerte hedor de vida llenaba el aire, las moscas se te pegaban a las ropas y tenías que pasarte continuamente las manos por la cara para ahuyentar los mosquitos.

—¡Molly! —grité. El cerrojo estaba echado. Golpeé y golpeé la puerta hasta que ella me abrió—. ¡Oye —le dije—, esto tiene que acabarse!

—No quiero basura en mi casa.

—¿Crees que todos los que llamen a nuestra puerta van a ser el Hombre de Bodie?

—¡Apártate de mí!

—¡La gente viene a verme para hablarme de sus asuntos, y tú corres a esconderte en el refugio! ¡Alguien se limpia los pies y se quita el sombrero al entrar, y tú lo insultas!

—¡Insulto a la basura y a la porquería en cualquiera de sus formas, a los pordioseros vagabundos, a toda esa vida hedionda y despreciable!

—Escúchame, te estás creando cierta fama en este pueblo, Molly. ¡No me gusta que te comportes de esta manera!

—¡Entonces, vete! Todos son como tú. Toda esa basura. ¡No son peores que tú! ¡Maldito seas! —Se fue corriendo al cuarto trasero y desapareció en él tras dar un portazo.

Así se comportaba. Era como si cada nueva persona que llegaba al pueblo le quitara un poco más de aire para respirar. ¿Qué podía hacer yo? Ahora veo lo que sucedía, pero ¿habría podido decirlo entonces?

Jimmy aceptaba su actitud. Habría tenido que disgustarse al darse cuenta de que Molly lo ignoraba la mayor parte del tiempo, pero solo la veía bajo ciertos aspectos, por lo que se sentía recompensado siempre que ella volvía a él en un arranque de ternura. Jimmy cumplía sus deberes con ella como si fueran un acto de fe. Por ejemplo, ciertas personas que sabían quién era le daban los dólares que tenían que pagar por el agua del pozo. Yo no llevaba cuentas muy estrictas al respecto, pero sabía que la cantidad de dinero que desviaba hacia Molly era como mínimo igual a la que me entregaba a mí. No sabía dónde escondía los dólares ni qué quería hacer con ellos. Sabía, en cambio, que ella no estaba trazando planes para marcharse; en realidad, había dejado de pensar en cualquier proyecto para su vida. Si hubiese podido prever el futuro, yo mismo la habría puesto en la diligencia, le habría comprado una cofia y un vestido de aquellos del catálogo, le habría llenado un

maletín de billetes y le habría dicho: «Adelante, Molly, sigue tu camino. Tú tienes razón, y yo estoy equivocado. Esa mirada gatuna de tus verdes ojos se quedará para siempre conmigo; márchate tan lejos como pueda llevarte este dinero y deja Hard Times para el alcalde...».

Pero una noche descubrí adónde iba a parar el dinero.

—Blue —me susurró Molly a través de la oscura habitación—. Blue, ¿estás durmiendo?

—No.

—¿Por qué no duermes? ¿Qué piensas, Blue, que no puedes dormir?

—Nada.

—Dímelo. Cuéntale a Molly tus problemas.

—¿Qué?

—¿Quieres venir aquí? ¿Quieres estar con tu Molly? Anda, ven, ven... —Oí sus movimientos en la cama para hacerme sitio.

—Pensaba en la carta que ha llegado para Archie D. Bregan, ese de quien dicen que es el mandamás de la mina —respondí. Me preguntaba qué pretendía aquella mujer.

—Ah, ¿ha recibido una carta?

—Una carta con la dirección escrita a máquina. Solo me gustaría saber qué dice. Eso es todo.

Una risa ahogada.

—Si serás tonto... ¿Por qué no la abres, hombre?

—Anda, procura dormir, Molly.

—Ven aquí, Blue. Ven a darme un buen abrazo y olvida esa carta que tanto dices que te preocupa y que te quita el sueño de esa manera. No se trata de la carta, ¿verdad? Sabes muy bien lo que no te deja dormir, ¿no es cierto? Vamos, ven al lado de tu Molly.

¿Cuánto tiempo hacía que no pensaba en ella de aquella manera? ¿Desde cuándo había comenzado a mostrarse tan conforme y sometida, para que yo tuviera la impresión de ser un duplicado del Hombre Malo arrancándole el placer?

—Es que quiero decirte una cosa —insistió ella—. De veras, tengo que decirte una cosa al oído...

Sí, soy un tonto. Siempre tenía que acudir a la llamada de Molly, sabiendo todo lo que sabía, sin esperar nada..., y aún seguiría haciéndolo en este momento. Mis pies no habían tocado aún el borde de su litera cuando ella gritó: «¡¡¡Jimmy!!!», con una fuerza capaz de despertar a todo el pueblo. «¡¡¡Jimmy!!!», volvió a gritar.

Y allí, en la puerta, con la débil luz de la cabaña detrás de él, arrancado de su sueño, con una escopeta en la mano, apareció el muchacho.

—Qué... ¿Te apartarás ahora de mí, señor alcalde? ¿Me dejarás tranquila? ¿Te das cuenta de lo que te pasará si intentas tocarme? ¿Lo ves bien, viejo y lujurioso cabrón?

Sí, era la voz de Molly: la reconocí.

Con un gruñido, fui hacia el chico y le arrebaté la escopeta de las manos. Jimmy, que estaba medio dormido, se dejó caer sobre la cama de Molly, en realidad en sus brazos, gimiente y tembloroso.

—Muy bien, Jim, no pasa nada... —dijo ella—. Molly está muy bien, no te preocupes...

Lo cogí por el brazo y tiré de él para apartarlo:

—Ve a tu cama. —Seguí tirando de él hasta alejarlo de Molly—. ¡Vamos, a la cama! ¿O es que quieres recibir unos azotes?

Lo conduje a empujones hacia su litera, pero, al cruzar el desnivel del escalón por el que se bajaba al refugio, tropezó y se cayó.

—¡Ay, aaay! —gritó.

Y allí lo dejé sentado, quejándose y frotándose los dedos de los pies.

Me quedé con aquella escopeta de dos cañones en las manos; era nueva y lucía con reflejos azulados. Como si fuera un martillo, descargué con ella un tremendo golpe sobre mi escritorio, pero la culata no se rompió. A través de la puerta, vi a Molly sentada en la cama; se aguantaba las sábanas hasta el cuello, con el pelo revuelto, apenas si podía contener la risa que le provocaba el éxito de su jugarreta; las risotadas ahogadas salían a rachas de su boca cerrada. Le tiré la escopeta. Dio en la pared y cayó detrás de ella. Paró de reír, se dibujó en su boca una sonrisa forzada, de sufrimiento y virtud ofendida. Dejé de verla al dar un portazo.

Me senté y me sostuve la cabeza entre las manos. ¡Qué estúpido y ciego podía llegar a ser un hombre! Que Dios me perdone por mi modo de ver las cosas, pero lo cierto fue que mi corazón se apiadó de aquel muchacho. ¿Estaba todo, incluso la dulzura que ella me había demostrado momentos antes, calculado para influir sobre el chico? Estaba entrenándolo por si tenía que hacer que se enfrentara al Hombre Malo, estaba violentándolo con la intención de convertirlo en la montura adecuada para su propio cabalgar hacia el Infierno..., y yo no lo había visto hasta aquel momento; ni siquiera me había dado cuenta de que no era yo quien tenía que sufrirla: era Jimmy quien tenía que hacerlo.

Cuando la noche desembocó en algo que pudo llamarse día, fui al *saloon* del Zar.

—¿Le pongo un traguito como desayuno, alcalde? —dijo quedamente Mae tan pronto como crucé la puerta—. Creo que le hace falta, con esa cara...

—¿Todavía no está aquí, Bert? —pregunté.

—Verá... No puede esperarse que el chico deje una cama donde lo está pasando tan requetebién solo porque lo espera el trabajo —respondió mientras me vertía el licor—. No contamos con que abandone tan temprano a su preciosa chinita.

Tomé el trago.

—¿Qué le pasa, Blue? ¿Es esa mujer suya? ¿Le está dando un mal rato?

—¿Qué?

—Cuando un hombre tiene esa cara por la mañana, o se trata de su mujer, o de su hígado. Que yo sepa, no le pasa nada a su hígado...

—Pues lo que eres tú... No tienes precisamente muy buen aspecto —le dije. Su cara estaba descolorida; lo de regordeta no le sentaba tan bien como antes—. ¿Acaso no participas de la prosperidad?

—Qué quiere que le diga, alcalde... Maldita sea... —Se frotó la frente—. De un tiempo a esta parte, ya no sé ni lo que es respirar. Antes, solo era los sábados; ahora, cada noche es sábado.

El Zar bajó la escalera con un sonoro taconeo. Ahora se vestía de forma elegante.

—La, la, la —cantaba. Se nos acercó y pellizcó el carrillo de Mae—. Maechka —dijo, pero ella le apartó la mano. El Ruso se sentó de espaldas a su espejo—. Blue —me saludó, volviéndose con una sonrisa—, es usted el hombre al que quería ver. Tenemos que hablar de asuntos importantes, alcalde.

—Ahora no, Zar.

—Debe ser ahora. Bastará con que me escuche. —Se sacó con cuidado del bolsillo una hoja de periódico plegada—. Aquí dice que en Silver City hay una compañía que, por trescientos dólares, va a donde le pides con una perforadora de vapor y te horada un pozo hasta encontrar agua.

—¿Sí?

—Tal como se lo digo, y supongo que no se enfadará... Pienso llamarlos dentro de poco. Así tendré mi propio pozo.

—Lo felicito.

—Pero no venderé agua a los demás; se lo prometo.

Mae rio. Él la fulminó con la mirada.

—Zar, haga lo que quiera, pero debe tener en cuenta que, tan pronto como usted perfore un pozo, Isaac Maple hará lo mismo. Ya se lo imagina, ¿no?

Se encogió de hombros.

—No me importa.

—Entonces, ¿por qué cree que puede importarme lo que usted haga? Haga lo que quiera, y buena suerte.

Un par de hombres cruzaron la puerta, y algunos más tras ellos. El día comenzaba. Puse mi dinero sobre la barra y salí.

En el porche, un hombre dio unos pasos apresurados hasta ponerse delante de mí.

—Buenos días, alcalde —masculló—. Solo quería saber si hay alguna noticia...

—Lo sabrá cuando yo lo sepa.

—Ya lo sé, alcalde, pero no puedo...

—Vaya a mi casa cuando yo esté allí —le dije—. Ahora tengo otras cosas que hacer.

Isaac estaba en su porche, poniendo algunas mercancías a la puerta de la tienda. Entré con él y le hablé durante unos minutos. Cuando terminé, me dirigí, calle abajo, hacia la cabaña. Molly estaba dormida en la habitación a que daba acceso la puerta de

entrada a la cabaña. El refugio estaba vacío.

Era casi media mañana, pero el día ya se había templado como si estuviéramos a media tarde. Salían algunos hombres de la tienda de campaña del Sueco limpiándose los dientes con la uña o con un palillo. Fui hacia allí. En aquel momento, salía el Sueco con un par de calderos.

—Estoy buscando a mi chico —dije.

—Sí —sonrió—, allí dentro.

Jimmy no estaba en ninguna de las largas mesas. Una docena de cabezas se levantaron para mirarme cuando recorrí con los ojos el lugar. Lo encontré al fondo de la tienda, sentado en el suelo con las piernas cruzadas, enrollando tortas de sartén y metiéndoselas en la boca. No me miró. La mujer del Sueco estaba de pie cerca de él con las manos sobre el delantal, contemplando con una sonrisa como el chico comía.

—Jimmy, vas a venir conmigo —le dije.

Busqué en mis bolsillos para pagar su desayuno, pero Helga meneó la cabeza y detuvo mi mano con un gesto. Cuando el muchacho hubo terminado, salí sin mirar atrás. Caminé calle arriba, dejé atrás la choza de Bear y seguí por el pedregoso sendero. Fui subiendo por él y, aunque me faltaba el aliento, no aminoré la marcha hasta que, andado un buen trecho, descubrí una roca plana. Me senté en ella a esperar al chico. Llegó un momento después. Se quedó mirándome a unos pasos de distancia.

—Siéntate aquí —le dije—. He de decirte una cosa. —No se movió—. No voy a hacerte ningún daño. Vamos.

Permanecimos sentados unos momentos, uno al lado del otro, contemplando el pueblo que se extendía debajo de nosotros: una calle al pie de la vasta llanura, una pizca de vida en medio de aquella solitaria quietud. Un frío vientecillo nos azotaba la cara, pero, abajo, no bastaba para hacer girar el molino de viento. Había caballos y mulos atados a lo largo de las barandas; la gente andaba hacia aquí y hacia allá; de vez en cuando, una voz se alzaba hasta nuestros oídos, o algo reflejaba el sol y nos deslumbraba.

—Te he traído aquí arriba porque quiero estar seguro de que nadie nos molestará —dije—. Lo que tengo que decirte es algo privado entre tú y yo. ¿Me entiendes?

—Sí.

—¿Qué edad calculas que tienes? ¿Catorce años? ¿Quince?

—No lo sé.

—Has crecido mucho desde el día en que vine a hacerte bajar de estas rocas. ¿Lo recuerdas? Habías cogido mi pistola y querías perseguir al Hombre Malo, el que mató a tu padre.

Mi mirada, pasando por encima de la ciudad, fue a posarse en las tumbas de la llanura, y supongo que la de él hizo lo mismo. No me atrevía a mirarle, no osaba decirle lo que me había propuesto.

—¿Recuerdas todo aquello?

—Sí.

—No creo que ahora pudiese llevarte en brazos, como aquella vez. No creo que ahora pudiese obligarte a hacer nada que tú no quisieras. Pero quiero decirte una cosa: cuando te dejé en el suelo de la choza del indio, no habría debido soltarte tan deprisa. Te dejé de la mano demasiado pronto. Tendría que haber hecho planes para ti allí mismo y en aquel momento. Pero yo no tenía práctica en eso de ser padre, y no sabía hacerlo mejor.

Sentí que Jimmy me miraba, pero no aparté los ojos del pueblo:

—Y ahora mira allí abajo. No es un pueblo tan bonito y tan bien construido como el que levantó Fee; no se ve en él el sello de un hombre decidido. No es más que una chapuza, desechos y madera vieja, pero, aun así, le gustaría si pudiera verlo. Le daría el visto bueno.

—¿Cómo puede saber lo que diría mi padre?

—Hablabla con él a menudo. Sé qué cosas valoraba. Murió demasiado pronto, dos años... Le habría gustado ver todo esto.

El chico cogió una piedra, la lanzó a lo lejos y se quedó contemplando cómo rebotaba sobre las rocas.

—Así que, cuando murió, me dije: «Bueno, Fee ha dejado un hijo. Voy a cuidar de él y a pasarle la lección que aprendí de su padre». Es algo que debe aprenderse, ¿comprendes?

No respondió nada.

—Yo sabía todo eso, pero nunca te dije nada de mis propósitos. Pensé que lo mejor era hacer las cosas como las hacía tu padre, que si lo hacía todo como Fee lo habría hecho, te irías preparando bien para la vida. Y que la pérdida no sería tan dolorosa para ti.

A lo lejos, allí abajo, una mujer llenaba sus cubos en el depósito de agua. Un hombre —me pareció que era Jenks—, entró en el Palacio del Zar.

—Estaba equivocado, por supuesto; habría tenido que ponerme manos a la obra enseguida y hablarte como te estoy hablando ahora. Molly se ha encariñado contigo, y tú te dejas influir por ella, es natural, pero si vas forjando tu vida tal como ella lo hizo, he de decirte, Jimmy, y quiero que lo entiendas con la mayor claridad posible, que no tendrás el espíritu de tu padre, que dejarás de ser el hijo de Fee para siempre.

—¿Cómo lo sabe?

—Debes tener en cuenta la verdadera naturaleza de los sentimientos de Molly. No ha podido ni puede desprenderse de su sufrimiento.

—Sí, pero mi padre era un hombre con agallas. Él no era un cobarde.

—¿Es eso lo que me llama ella? Pues bien, debes saber —le dije mirándolo fijamente, sintiendo la desesperada necesidad de lo que estaba haciendo— que lo más vergonzoso que hizo tu padre en su vida fue lanzarse contra Turner tal como lo hizo.

—¿Qué?

—Fue la única vez que no pudo servirte de ejemplo. Entró en el *saloon* solo para hacerse matar.

—¿Qué?

—Es lo que hacen algunos al llegar un Hombre Malo, Jimmy. Yo también lo intenté, pero soy chapucero por naturaleza.

—Será mejor que no hable de esta manera de mi padre...

Dios mío... Sentí que mi corazón se desvanecía. Era la misma cara de Fee, pero sin arrugas, un rostro joven, imberbe, airado y que no comprendía nada.

—Será mejor que no hable de esta manera —repitió, apretando los labios—. ¡Mucho mejor!

¿Qué otra cosa podía esperar de él? No pueden decirse estas cosas. No son fáciles de entender. Pero proseguí:

—Jim, uno puede apretar el gatillo y matar a un Hombre Malo, pero es igualmente cierto que, tarde o temprano, llegará otro en su lugar. Se aficionan a esta tierra, no necesitan mucho para vivir su vida: les basta encontrar algunos puñados de gente junta para ir sacándoles lo que puedan; gente que con el ruido de cuatro cartuchos les dejan paso de un brinco... ¡Jimmy!

El que había brincado era él. Se levantó de golpe. Molly salía de la cabaña: solo una pequeña figura calle abajo.

—Bueno... He hablado con Isaac Maple —proseguí, intentando controlar mi voz—. Isaac no tardará mucho en necesitar a alguien que lo ayude. La muchacha china se está volviendo demasiado pesada para moverse de un lado a otro; le está llegando el momento. ¿Te gustaría trabajar en la tienda de Isaac? Sería bueno para ti. Trabajarías a horas fijas, con regularidad. También podrás aprender a leer y escribir. Irás creciendo al mismo tiempo que este pueblo, y llegará un día en que...

—¡Me llama! ¡Eh, aquí! —gritó, con grandes movimientos de brazos—. ¡Estoy aquí!

Lo empujé hacia abajo. Lo agarré por los hombros y, así cogido, lo hice bajar por el rocoso sendero:

—¡Buen hijo de mamá estás hecho! ¿A qué distancia tendré que llevarte para que no te alcance el hechizo de esa mujer? Bueno, escúchame. Iba a decirte que, con el crecimiento del pueblo, ningún Hombre de Bodie se atreverá a entrar en él. Con el tiempo, esa casta acabará por marchitarse hasta convertirse en polvo. ¿Me oyes? Quiero verte crecer con tu propia voluntad; quiero verte hacer una vida normal, como la de este pueblo; quiero que seas un hombre como Dios manda, y no un loco que no para de ir por ahí sobre su silla de montar sin otra cosa que su resentimiento. Jimmy, escúchame...

Forcejeaba para desprenderse de mí —el chico no carecía de fuerza—, sin escucharme, torcido el rostro en una mueca de odio. Con su aliento todavía fresco como la hierba dándome en la cara, seguí hablando y hablando, como si las palabras pudieran servir de algo:

—Escúchame, escúchame... —dije, pero otra fuerza lo apartaba de mí, hacia otra esperanza..., mientras mi mente me decía otra cosa bien distinta: «Es demasiado

tarde, no he hecho bien las cosas, he llegado demasiado tarde».

En este punto, el muchacho se separó de mí de un empujón, dio un brinco, me asestó un puntapié en el costado y echó a correr sendero abajo. Fue una patada fuerte y bien dirigida. Todavía la siento cuando respiro hondo. Abajo, en el pueblo, no había rastro de Molly. Pero no tardó en oírse un barullo en algún lugar y, un momento después, dos figuras con faldas salieron de la tienda de campaña para, bajo el sol, caer al suelo agarradas la una a la otra. Alguien gritaba y la gente venía corriendo de todas direcciones, sobre todo del *saloon* y de la tienda de Isaac Maple. Formaron un círculo alrededor de aquellas dos mujeres. Al cabo de otro momento, vi que Jimmy llegaba y se sumergía en la multitud.

Molly rodaba por el suelo con Helga, la esposa del Sueco. Se había ofendido porque la mujer había estado alimentando a su chico. Yo, mientras corría hacia abajo, podía oír cómo la gente gritaba dando ánimos a las contendientes. Cuando pude abrirme paso a través del círculo, Jenks y el Sueco ya las habían separado. Ahora estaban de pie y se miraban con furia, desgredadas, con arañazos por el cuerpo y con los vestidos hechos unos pingos. Apenas podía distinguirse a la una de la otra. El vestido de Molly se había rasgado de arriba abajo por delante.

—¡Mirad qué tetas! —dijo un hombre.

Algo más tarde, de pie en la cabaña, con una mano en el costado, observé cómo el chico curaba el cuero cabelludo de Molly, en los sitios en que Helga le había arrancado pelos. Ella, tumbada en su cama, no paraba de gemir. Llamaron con los nudillos a la puerta. Era el Sueco, que entró retorciéndose las manos. Detrás de él, calle abajo, se oían los retumbantes desvaríos de su mujer.

—Qué lío, qué escándalo, Blue... La culpa es mía, perdone a mi Helga, la culpa es mía...

—¡Por Dios, Sueco, no sea tonto! —le grité.

Noté que se me humedecían los ojos. ¿Cómo podía ser culpa de él? ¿Qué diantre le hacía pensar que era culpable de algo?

Puedo decir que todo aquello acabó conmigo, sucediera lo que sucediera después. Tan vivo como el dolor de la patada del chico en mi costado fue comprender lo fútil que era cuanto pretendía. Aquello me dejó sin aliento. ¿Quién, teniendo en cuenta lo que yo representaba, podría haber asegurado tan bien la locura de los unos y la depravación de los otros? Pero no quise pensar en ello: traté de evitar el decaimiento de mi corazón sacándolo de casa. Pero ¿durante cuánto tiempo podría hacerlo? ¿Una semana? ¿Una hora?

Algunos de los que llegaron en primavera se alojaron en las chozas metálicas de alquiler de Isaac Maple. Y hubo sitio en las cabañas para los que querían dormir en una cama. Pero el pueblo no era lo bastante grande para que todos cupiesen en él, y nadie levantaba ningún otro edificio. Los que tenían dinero para construirlos ganaban los dólares con demasiada facilidad de otras maneras.

—¿Qué importa dónde se cobije esa gente? —me decía el Zar—. ¡Mientras beban mi whisky y boten en mis camas...!

Pero, poco después, ya había advenedizos que se habían instalado detrás de las casas. Vivían en sus carretas o yacían durante la noche debajo de cubiertos adosados a las paredes exteriores de los edificios. Y comenzaron a surgir problemas.

Quiero decir, por ejemplo, que la gente echaba sus aguas sucias en los callejones. Para algunos, cualquier lugar era bueno para soltar sus desechos, hasta el punto de que se te hacía difícil caminar por la calle sin pisar las peores inmundicias. Una mañana, Molly encontró a un borracho que estaba orinando sobre la puerta. Quedó desolada; lloró durante todo el día. Intenté convocar una reunión junto al pozo de todos los que tuvieran fachada en la calle; solo algunos de ellos tenían letrinas en la parte trasera de la casa. Sin embargo, solo vinieron Jenks, Isaac y el Sueco.

—Hay que pensar bien lo que hagamos —dijo Jenks—. La mierda es buena para la tierra. ¿Cómo creen que el indio consigue que crezcan sus verduras? Pues cagándose en ellas durante todo el invierno.

Isaac habló con sensatez:

—A nadie le importa un comino todo esto, pero si hay una epidemia de disentería nadie querrá ser responsable de ella; no harán más que culparse los unos a los otros.

Isaac era consciente del problema, pero era un hombre muy ocupado. Fuimos el Sueco y yo los que acabamos cavando zanjas a modo de sumidero detrás de cada lado de la calle. Aquel sueco hacía todo lo que le pedías; inclinaba la cabeza hacia un lado —el contrario al del lobanillo—, cerraba los ojos y luego la movía arriba y abajo para decir que sí..., fuera lo que fuese.

Los sumideros fueron una ayuda, pero no demasiado grande. Y también hubo otros inconvenientes. Algunos de los buscadores de trabajo no resultaban muy agradables a la vista; había un individuo que tenía la cara cubierta de llagas

supurantes; otro, un viejo, era jorobado y tenía las manos retorcidas y enormemente hinchadas. Isaac vino a quejarse de que cada vez que uno de aquellos individuos entraba en su tienda, todos los demás salían de ella, lo que perjudicaba a su negocio. Según él, no era verdad, por supuesto, que solo se acordara de mí para echar a aquella gente del pueblo y cosas parecidas.

—Hable con Jenks —le dije—. Jenks es aquí el funcionario del orden público.

El Zar también se unió a la protesta. Un día se negó a servir al jorobado, y el hombre, resentido, fue hacia Mae y Jessie y agitó sus deformadas manos frente a sus ojos. El Zar le dijo a Bert que echara de allí a aquel desgraciado, pero Bert no se movió de detrás de la barra. Entonces, el Ruso vino corriendo a consultarme, y yo le dije que era mejor que sirviera al hombre la bebida, pues así se marcharía mucho antes y sin problemas.

—Al fin y al cabo, es lo más fácil —dije.

Pero el Zar, lo mismo que Isaac, opinaba que había que expulsar a aquellos individuos y, por fin, ambos consiguieron que Jenks les echara una bronca a tres o cuatro de ellos y los arrojara a la llanura a punta de revólver. Sin embargo, por la noche volvieron, querían trabajo como todo el mundo y, por algún tiempo, vivieron medio ocultos detrás de las casas, hasta que volvieron a entrar en la tienda, en la taberna y el *saloon*, con lo que los problemas no terminaron, sino que, de hecho, aumentaron, con un mayor encono de los resentimientos.

Una mañana, la mujer de los huevos encontró una de sus tres gallinas con el cuello arrancado; era una veterana del Oeste, por lo que no le contó a nadie su infortunio, pero cogió su bastón y entró, esgrimiéndolo, en el Palacio del Zar. Aunque aquella gamberrada habría podido achacarse al whisky, la mujer habría tenido que ser abstemia para considerar que la bebida había sido la única culpable. Así que apaleó unas cuantas espaldas y rompió algunas botellas y, antes de que pudiera ser reducida, le dio tiempo a destrozar incluso una hilera de vasos que el Zar, orgulloso, había importado del Este. Y aquel problema fue también mío, porque fui yo quien tuvo que amansar a la huevera.

El tiempo iba haciéndose más cálido. Cada una de aquellas mañanas de prosperidad, que comenzaba con un aire fresco y fácil de respirar, se convertía en una jornada más pesada y calurosa que la anterior. Lo que yo deseaba ver, cada vez que llegaba la diligencia o cualquier otro vehículo, era a un ingeniero del Este, a un hombre vestido de negro con planos en el bolsillo y con la facultad de repartir jornales. Una de aquellas noches de sábado, con los mineros volcándose en el pueblo y con la calle crecientemente fragorosa por la jarana general, encontré a Angus Mcellhenny frente al establo.

—Si la Compañía tiene que abrir una carretera —le pregunté—, ¿por qué demonios no empieza a hacerlo?

—Blue, hace muchos años que cavo la tierra y he visto verdaderas fortunas en mi pala. Sin embargo, no puedo lucir otra cosa que mis callosidades. Y en cuanto a mi

cerebro, sigue tan débil como siempre, por lo menos. No lo sé.

—Bueno, pero ¿no ha oído nada por ahí, Angus?

—No quiera exprimirme, mi buen amigo. No sé nada. Cavamos de lo lindo durante seis días de cada semana sin apartar los ojos de la tierra. Es cuanto puedo decirle.

—Muy bien, Angus. Aun así, le ruego que le diga a Archie D. Brogan, tan pronto como lo vea, que aquí abajo hay una carta para él.

—¿De quién? —preguntó tras sacarse la pipa de la boca.

—No lo dice, Angus. Solo pone su nombre en la parte de delante. ¿Se lo dirá?

Asintió con la cabeza y se marchó.

Me extrañó que Angus estuviera tan poco comunicativo; no era su talante habitual. Entre tanto, las mismas preguntas que yo le había formulado a aquel hombre se las hacían a otros mineros. Todos ellos las recibían con evidente desagrado. El hambre que reflejaban los ojos de la mayoría de la gente que vagaba por el pueblo no les gustaba. Algunos de los recién llegados, que no se conformaban con esperar, habían subido incluso el sendero que conducía a la mina para pedir trabajo en ella; y, aunque habían regresado el mismo día con cara de mal humor, a los mineros no les sentaba bien que hubiera tantos hombres en busca de trabajo por aquellos lares. Aquella noche de sábado fue de franca hostilidad entre los dos grupos. Los mineros, con la paga por gastar, casi tomaron por asalto el *saloon* y la taberna. Una cosa llevaba a la otra, de modo que Jenks estuvo constantemente ocupado interrumpiendo peleas; hasta tuvo que sacar el revólver una o dos veces para evitar disturbios. En nuestra cabaña, mientras yo estaba sentado ante mi escritorio intentando poner un poco de orden en mis papeles y Molly cosía, oíamos con claridad los chillidos que lanzaban las señoras del *saloon* del Zar cada vez que comenzaba una riña. Entonces, las manos de Molly temblaban de tal manera que no podía manejar la aguja; las dejaba caer sobre sus rodillas con espanto, cosa que yo observaba solo con el rabillo del ojo para no dar importancia a lo que estaba sucediendo. Cada dos por tres, Jimmy irrumpía en la cabaña para contarnos la última refriega; lo hacía con la frente cubierta de sudor y con tal alegría en sus ojos que apenas podía hablar sin tartamudear:

—Jenks se encargó... de..., de ellos ense..., enseguida... Los golpeó en la ca..., en la cabeza, ¡pum!, así, de..., de esta manera...

—Jimmy —le dije por fin—, ahora quédate aquí, ve a acostarte, ya es tarde. ¿Me oyes, hijo?

Pero él hizo como si no me oyera.

Le lanzó una rápida mirada a Molly y salió de nuevo, dejando la puerta abierta.

Ella no hizo el menor movimiento para detenerlo, allí sentada, con los ojos fijos en nada, con una mano sobre la cruz de su garganta y con los nudillos de la otra contra sus dientes.



Uno o dos días después, antes de amanecer, Bert Albany llamó a mi puerta hasta que lo oí. Con el sueño aún en mis ojos, le acompañé calle abajo hasta el *saloon* del Zar. El repartidor de naipes yacía en el suelo del local, blanco como la cera y con una gran rasgadura en el chaleco, precisamente donde lo habían apuñalado. Allí mismo, Jenks tenía agarrado por el cuello al pequeño jorobado mientras le hincaba el revólver en la espalda. Bert me dijo que el repartidor se dedicaba a prestar dinero cobrando intereses muy elevados, dinero que, a veces, volvía a ganarles en su mesa. Tenía una lista —Bert la había visto— de lo que le debían los hombres. El jorobado había estado jugando allí y había perdido todo el préstamo que el repartidor le había hecho. Al quedarse sin dinero, dio un salto y clavó un cuchillo en el vientre de su prestamista.

El repartidor estaba inmóvil, concentrado en su respiración; conservaba la conciencia suficiente para saber que le convenía permanecer quieto. Me dirigí enseguida a la choza de John Bear. A pesar de aquellos momentos de prosperidad, la cabaña mostraba evidentes signos de deterioro: la puerta estaba astillada y un par de tablas habían desaparecido del techo. Desperté al indio y le di a entender que había alguien que necesitaba cuidados médicos. Vino conmigo, pero, cuando vio que nos dirigíamos al *saloon* del Zar y se dio cuenta de que su dueño nos esperaba en la puerta, dio media vuelta y se marchó por donde había venido.

El Zar y yo llevamos al herido a una de las habitaciones de arriba. A cada escalón, el Ruso intentaba que la sangre del hombre no manchara su traje. La señora Adah, con el pelo recogido en trenzas y un chal sobre su camisón, dijo que se quedaría al lado del hombre y que haría lo que estuviera en su mano.

Cuando bajé, vi, desde la escalera, que Jenks y su prisionero se habían ido; la poca gente que había asistido al lance se había esfumado. El Zar me invitó a un trago, pero era lo último que deseaba en aquel momento. Oí martillazos en el exterior y, desde el porche, a la luz todavía gris de aquella hora, distinguí a Jenks frente a su establo. Había metido al jorobado en el viejo coche fúnebre de Hausenfield y estaba clavando la puerta, previamente cerrada, del carromato.

—Jenks —dije, tan pronto como estuve cerca de él—, ¿qué diantre está haciendo?

—Esto podrá servir de cárcel, ¿no le parece?

—¡No tiene usted necesidad de meterlo ahí dentro! ¡Bastará con que lo ate!

—Alcalde, aunque todavía no he visto mi paga, aquí el *sheriff* soy yo. No se preocupe, haré lo necesario para que coma y estire las piernas. El Sueco me ha ofrecido sus sobras. Este tipo ha acuchillado a un hombre. Debe pagar por ello.

—¿Todo esto lo ha pensado usted solo?

Asintió con la cabeza:

—Ah, y creo que necesitaremos a ese juez del circo —dijo con solemne decisión.

Lo miré fijamente.

—Jenks, recuerdo que usted solía dormir la mayor parte del día, y ahora está aquí sin que haya amanecido siquiera, lo que me dice con claridad que usted es otro

hombre, un hombre ansioso de cumplir con su deber.

Sonrió entre dientes:

—¿Escribirá la carta por mí? ¿Pidiendo ese juez?

—Lo pensaré —dije.

Clareaba. Caminé de nuevo hacia mi cabaña con media camisa por encima de los pantalones y los cordones de mis botas arrastrando por el suelo. Sobre la inmundicia tierra, contra el porche de Isaac, dormía un hombre. En los peldaños de acceso al *saloon* del Zar, otro hombre, acurrucado contra sus rodillas, estaba sufriendo un ataque de tos capaz de despertar a los muertos. Debería haber sentido lástima por el repartidor de naipes, pero lo que único que notaba eran ciertos problemas para respirar.

Jimmy y Molly aún estaban durmiendo. Como resultado de la última batalla que yo había librado con ella, el chico se había apoderado de mi litera para estar cerca de Molly, por si lo necesitaba, y a mí me habían dejado el refugio. Pero, en aquel momento, yo estaba demasiado agitado para volverme a echar; herví un poco de café y me senté a mi escritorio; me quedé mirando la carta dirigida a Archie D. Brogan, pensando: «Comienza otro día, algo más conflictivo que el anterior. Si alguien de la mina no empieza pronto a contratar a gente, el carromato de Jenks no tardará en estar lleno a reventar. Tan pronto como haya trabajo, habrá dinero —seguí diciéndome—, con lo que todo se arreglará». Se esperaba, como una promesa, que pronto llegara un año de recuperación, sería perfecto. Sin embargo, a mi modo de ver, lo único que adquiriría cierta perfección era el malestar. Era una perfección como la que yo había conseguido con Molly, en cierto modo; me estremecí con solo pensar en ella. Era una perfección que ya había pasado, que había llegado y había desaparecido enseguida; solo había durado un instante en la hora oscura de un solo día. Cualquier incauto capaz de esperarla tal como la había soñado no sabía lo que era la vida.

Conté los ahorros que guardaba en un cajón del escritorio —unos doscientos cincuenta dólares—, salí a la calle, contraté a dos hombres que decían que entendían de carpintería y los mandé a recuperar madera. Les daría tres dólares a cada uno por cada día que emplearan en levantar un despacho para mí contra la pared sur de la cabaña. Al correr la noticia de mis intenciones, se formó un grupo delante de la cabaña. Decidí hablar con todos ellos, uno por uno. Un hombre me dijo que era impresor, y lo ayudé, con setenta y cinco dólares, a abrir una imprenta en el pueblo. Otro, un antiguo conductor de ganado, aseguraba que, si podía conseguir una docena de cabezas de primera calidad a tres dólares cada una, sería capaz de venderlas por diez dólares. Según él, podría conseguir las más allá de la llanura y venderlas para que las sacrificaran, en lo que invertiría cosa de una semana. Financié la operación y le dije que siguiera adelante con ella. Les presté dinero a un par de personas más, a un interés del uno por ciento, para sacarlas de sus apuros... Cuando llegó el mediodía, ya me había desprendido de todo mi dinero, excepto del necesario para que nosotros tres pudiéramos seguir manteniéndonos.

Me dirigí al molino de viento y, de pie sobre un cajón, comuniqué algo a los que allí se habían reunido. Les dije que, hasta que no hubiera trabajo en las obras de la nueva carretera, el agua del pozo sería gratuita para todos aquellos que no tuvieran propiedades en la calle.

—¡Ese letrero que cuelga ahí significa de veras lo que dice, muchachos! —grité, como un político de verdad—. ¡Se acerca el día de la paga para todos, pero, mientras llega, lo esperaremos juntos!

Nadie aplaudió, pero tampoco esperaba que lo hicieran.

Durante todo aquel tiempo, Molly permaneció en la habitación de atrás, con la puerta cerrada. Solo se abría cuando el chico le llevaba comida o alguna taza de té.

Yo aún no había terminado, ni mucho menos. Había planeado escribir a dos o tres de las entidades bancarias del territorio para pedirles que consideraran la apertura de una sucursal en el pueblo. También estaba tentado de subir a la mina con la carta de Brogan para ver si alguien de allí podía decirme cuándo, más o menos, comenzarían a contratar a gente. Mi cabeza estaba llena de proyectos para calmar los ánimos y conseguir que fluyera el dinero. Al anoecer, el Zar cruzó mi puerta sin pedir permiso. Lo esperaba.

—¡Alcalde! ¿Qué clase de amigo es usted?

—¿Qué quiere decir, Zar?

—Le digo que tengo intención de perforar un pozo, y entonces usted deja de cobrar por el agua. ¿Así se comporta un amigo?

—¿No me dijo usted que el pozo que quería perforar era solo para su propio uso? —pregunté—. ¿Por qué ha de preocuparle, entonces, lo que yo haga?

—¡Esto no es jugar limpio! ¡Está usted irritando a un hombre peligroso!

En aquel momento, no parecía, precisamente, peligroso. Llevaba su vistoso chaleco a cuadros, su elegante levita y una caprichosa corbata, y, encima, su delantal de mozo de bar. Siguió refunfuñando, sin siquiera darse cuenta de que estaba cediendo, hasta que le dije:

—Ahora escúcheme, Zar. ¿Quiere enviar a buscar un perforador de pozos? Estupendo, hágalo tan pronto como pueda, pero no se detenga ahí. A continuación podrá tomar media docena de hombres, como mínimo, para que le levanten un molino de viento. Y, entre tanto, planee dos o tres trabajos más en los que pueda emplear a más gente y pagar más jornales. Dios sabe que ha hecho bastante dinero para no tener que barrer usted mismo su establecimiento.

—¿A qué viene eso?

—Toda esa gente vaga por ahí gastando su dinero y no ganan ni un céntimo. Les estamos quitando todo lo que tienen...

—¿Y qué mal hay en eso?

—Podría haberlo. La Compañía parece tomarse más tiempo del que esperábamos para decidirse sobre el asunto de la carretera. Hasta que el proyecto no se ponga en marcha, nuestra situación no será nada buena. No basta con sacar dinero de un sitio;

también es preciso que vaya entrando. Usted es un hombre de negocios, ya sabe esas cosas.

—Yo no hago mi whisky para regalarlo, amigo. Yo no le digo a un hombre que guarde su dinero para que vaya a gastarlo al otro lado de la calle.

—Bien, pero eso no impide que pueda emplear a algunos de esos hombres, que pueda darles el medio de pagar lo que usted les vende.

Me miró, olvidado ya su enojo:

—Blue, creo que está usted perdiendo la razón...

—No. Hace mucho tiempo que ando por estas tierras, Zar. Preste atención a las caras que puede ver delante de su barra. Si no puede leer lo que significan, no se haga ilusiones: no va usted a durar mucho.

—Dicen que usted regala el dinero...

—He invertido alguna cantidad.

—Blue, amigo mío, lamento haberle gritado. Usted no está en sus cabales.

—Más le valdría que pensara un poco en lo que le he dicho...

Meneó la cabeza a un lado y a otro mientras se dirigía hacia la puerta con fuertes pisadas.

—Muy bien —le dije—. Espero que guarde usted su oro en un lugar bien seguro.

Sin embargo, cuando se hubo marchado, no pude por menos de preguntarme: «¿No estaré equivocado? ¿No estaré actuando impelido por el miedo? Si la situación fuera realmente difícil, ni el Ruso ni ninguno de los demás necesitarían que les dijieran lo que deberían hacer». No, la situación no era tan mala. Sabía, por ejemplo, que Isaac Maple vendía a crédito a todos los que, según ellos, conocían a su hermano Ezra. Cualquiera que llegara al pueblo no tardaba más de un día en saber cómo podía sacarle partido: solo tenía que decirle que había visto a Ezra, ya fuera en Bannock, ya fuera en Virginia City, daba lo mismo. Su crédito quedaba anotado en los libros de Isaac...

¿No era este un modo de mantener mis esperanzas? ¿O era tan solo algo típico de mí, ser incapaz de hacer una cosa por la mañana sin tener que lamentarla por la noche?

Si Jimmy había comprendido lo que había hecho, no lo demostraba. Ni tampoco Molly. Yo dormía bien por la noche; no se oía ningún ruido que pudiera molestarme. Cada mañana, Jimmy arrastraba hasta la habitación de ellos la bañera que había junto al pozo, y luego iba y venía llenando y vaciando cubos. Supongo que Molly había decidido limpiarse de cuanta suciedad pudiese. Cuando la bañera estaba llena, el chico se sentaba a la puerta de la habitación con el cuello enrojecido hasta las orejas y aquella maldita escopeta sobre sus rodillas.

Uno de aquellos días, se formó de nuevo un grupo delante de mi puerta... ¿Para qué? ¿Qué más podía hacer yo? Fue entonces cuando apareció Archie D. Brogan. Debíó de empujar, para abrirse paso, a algunos de los que esperaban, pues, cuando se abrió la puerta se oyeron detrás de él muchos gruñidos y algunos gritos.

—¿Es usted ese famoso Blue? Mcellhenny me ha dicho que tiene una carta a mi nombre. Brogan.

Me levanté.

—Sí, así es. Hace una semana que la tengo aquí.

—¿Cómo?

—Ha estado aquí, sobre mi escritorio, todo ese tiempo...

—¡Si será hijo de puta, ese borracho de la mierda! ¡Merece que lo despelleje! No me lo dijo hasta anoche. Bien, démela.

No podía negarse que era un capataz de mina. Se había quitado el sombrero solo para abanicarse la cara; sus ropas de pana no hacían sino resaltar su gordura; era evidente que tenía calor. Cogí la carta y se la di.

—Lástima que haya tenido que venir solo para esto... El correo suelen mandarlo directamente al campamento, ¿verdad?

—¿A usted qué coño le importa? —dijo, rasgando el sobre.

Mientras sus ojos descifraban las palabras escritas, su rubicunda cara no tardó en volverse pálida. Se metió el papel en el bolsillo y se marchó, haciendo temblar el suelo bajo sus pisadas y dejando la puerta abierta de par en par.

Afuera, los que esperaban le abrieron paso. Caminó calle arriba, hacia el Palacio del Zar. Bert era uno de los que estaban junto a mi puerta; le hice un gesto indicándole que entrara:

—¿Qué te pasa, Bert? ¿Qué haces aquí?

—Pues me pasa, señor Blue, que la chica se está hinchando como un melón y todavía no tenemos ninguna cuna, ni nada que se le parezca, para el niño, que ha de nacer pronto...

—¿Acaso Isaac no quiere encargártela bajo tu simple palabra?

—No, no es eso, señor. Me conoce lo suficiente, pero no ha dejado de pagar el sueldo a mi chiquita a pesar de su estado, y yo no puedo...

—Muy bien, Bert, escúchame: yo te presto lo necesario para esa cuna, valga lo que valga...

Tartamudeaba, parecía disgustarle haberse unido al grupo que se había formado frente a mi puerta. Aunque desgarrado, el chico no tenía nada de feo. Recuerdo que, involuntariamente, me puse a pensar que no debía de ser mucho mayor que Jimmy.

—Muy bien, Bert, me pagarás cuando puedas. No se hable más. Ah, oye, quiero hablarte de ese hombre que acaba de salir de aquí, Archie Brogan.

—Sí, ya sé... No tiene que decirme quién es el señor Brogan...

—Bien, pues vuelve al *saloon* y no lo pierdas de vista. Tiene una carta cuyo contenido me encantaría conocer. Daría un brazo por averiguarlo. Hay hombres que, cuando beben demasiado, suelen pensar en voz alta, ¿comprendes lo que quiero decir?

—Claro que sí, señor Blue...

—Hubiera querido decirle algo sobre la carretera. Si hubiese recibido las

instrucciones necesarias, podría dar trabajo a toda esa gente. Anda, ve.

Lo conduje hasta la puerta y la cerré detrás de él. Había estado esperando con ansia que el capataz de la mina bajara a buscar su carta, y ahora que lo había hecho el corazón me latía tan rápido que apenas podía permanecer sentado. Mordí una pastilla de tabaco y masqué el trozo separado mientras mis oídos comparaban el silencio interior con el barullo que se oía al otro lado de la puerta. Jimmy me observaba sin decir palabra. Pensé: «He de escribir a la capital para cumplir el encargo de Jenks. He de redactar el modelo de la carta que tengo intención de mandar a las entidades bancarias». Sin embargo, nada de lo que hiciese tendría sentido si la mina no abría la carretera. ¿Por qué Brogan había tenido que recoger aquella notificación en el pueblo? ¿Por qué Agnus había dejado pasar más de una semana sin decirle nada?

Acabé por salir y dirigirme al *saloon* andando rápidamente calle arriba. Algunos de los que esperaban me siguieron.

—No tengo ninguna noticia —les dije por el camino—. No tengo nada que decir. Solo voy a tomar un trago. Si alguien quiere invitarme, que venga conmigo.

Esto los apartó y yo pude entrar más tranquilo en el *saloon*, donde permanecí junto a la barra hasta que mi mirada se cruzó con la de Bert.

Puso un vaso delante de mí y lo llenó:

—Arriba, señor Blue... Ha comprado una botella entera y ha subido al piso con Jessie.

—Hoy es día de trabajo —dije sin gritar—. Debe de tener algo muy importante que celebrar.

—No ha dejado escapar ni una palabra. Ni ha demostrado, con el menor gesto, que supiera quién soy. Solo ha tomado la botella y ha subido con Jess.

Mae se acercó hacia nosotros, echándose el cabello hacia atrás, sobre las sienes:

—Ojalá ese cabrón de allí arriba estirara la pata ahora mismo. ¿Qué tal, Blue?

—Mae...

—Sí, ese repartidor de la mesa de juego. Hace dos días que está sangrando en mi cama y dejándola hecha un asco. No comprendo a Adah... Lo cuida de un modo... Creerías que es su propio hombre el que se está muriendo.

—Verás... —dije—, Adah es muy sensible para estas cosas.

—Sí, pero el tío no hace más que fastidiar a todo el mundo. ¡Ay de aquel que no lo sirve como él desea! El primer día, me hacía subir y bajar solo por gusto. ¿Me oye, Blue? «¡Maldito cabrón! ¡Si quieres que vuelva a subir, tendrás que pagarme, como a cualquier otro! ¿Estamos?», le dije. ¡¿Qué se ha creído el tahúr ese?! Vamos, Bertie, ponme un trago por cuenta de la casa, si eres tan amable.

—¿Dónde está el Zar? —pregunté.

—¡Quién sabe!

Fui sorbiendo mi whisky mientras esperaba ante la barra y vigilaba la escalera con aire indiferente. Había algunos hombres sentados a las mesas; hablaban y jugaban al póquer con pequeños envites, pero el ruido no era tal que no pudiera oírse

lo que pasaba alrededor. Procedentes de una de las habitaciones superiores, llegaban los quejidos del repartidor de naipes; y, proveniente de otra, el escándalo que armaba Archie D. Brogan cantando una canción. Poco después bajó Jessie, la larguirucha, que se acercó a Mae para susurrarle algo. Las dos se rieron ahogadamente.

No sé cuántas estrofas de aquella canción llegué a escuchar, sin poder distinguir la letra, aunque cerciorándome, una y otra vez, de que se trataba de una tonada irlandesa. De pronto se detenía, pero, cuando creía que ya no volvería a oír aquella canción, comenzaba de nuevo: el cantor solo había hecho una pausa para aclararse la garganta.

Hasta que, por fin, se abrió la puerta de la habitación y vi bajar al capataz de la mina; tambaleante, procuraba agarrarse con fuerza a la baranda. Resbaló y se quedó sentado en el último peldaño inferior, lo que le causó un ataque de risa. Tenía la cara enrojecida y destacaba en sus mejillas una maraña de finas venas azules. Al cabo de un instante me hallé ante él, tratando de ayudarlo a levantarse, pero mi gesto detuvo su risa. Me apartó la mano con un brusco movimiento de brazo, murmuró algo y se dirigió hacia la puerta. Lo seguí y vi que, tan pronto como puso los pies en la calle, se puso a vomitar. Cuando hubo terminado, se limpió la cara con un pañuelo encarnado y anduvo majestuosamente hacia la tienda de Isaac, más sereno que un juez.

Con qué claridad recuerdo aquellos momentos... Incluso la canción que cantaba, aquella murga, resuena aún en mis oídos. ¡Un hombre al que jamás llegué a tratar! Salió de la tienda de Isaac con un gran paquete y unas alforjas totalmente nuevas y llenas por completo. Lo echó todo sobre el lomo de su mula, lo fijó, montó en ella y, mientras yo lo contemplaba estupefacto, cabalgó calle abajo, hacia la llanura.

Lo observé durante un largo rato. Nadie más pareció darse cuenta de su partida; y eso que había gente en toda la calle, especialmente delante de la tienda de campaña del Sueco, donde un grupo de hombres esperaba turno para el almuerzo. Entré en la tienda de Isaac. Allí lo encontré, ocupado en escribir cifras en un bloc. La chinita, ahora también gordita, descansaba sentada al lado de la puerta; respiraba con dificultad, con las manos sobre las rodillas.

—Isaac —pregunté—, ¿qué ha comprado ese tipo?

—Era el capataz, ¿verdad?

—Lo era.

—Pues se ha llevado algunas vituallas, una sartén, una caja de cartuchos, cerillas, una manta, una botella de aceite de castor, un par de onzas de tabaco para fumar...

¿Tenían que explicármelo con mayor claridad? ¿De verdad necesitaba verlo escrito en una carta? Al día siguiente, los mineros comenzaron a bajar por el sendero, a pie o montados en sus mulas, casi siempre dos en cada una. Todos llevaban sus picos al hombro. Llenaron la calle. Angus McCellhenny me dijo:

—Mientras llegó la nómina, Blue, seguimos cavando las rocas. Pero yo sabía, desde hace varias semanas, que lo que extraíamos no era mineral. Solo lo parecía, por el color.

Igual que el Oeste, igual que mi vida: el color nos deslumbra, hasta que nos damos cuenta, demasiado tarde, del fraude que representa, de que todo es pura ficción.

Por supuesto, ahora, al narrar los hechos sobre el papel, veo que estábamos acabados ya antes de empezar; nuestro final estaba en nuestro comienzo. Escribo todo esto con la esperanza de que algún día se recupere y se lea. Y justo ahora se me antoja describir, como yo me lo imagino, a uno de mis lectores: un señor, sentado en un blando y cómodo sillón, con una alfombra bajo sus pies y una sólida casa a su alrededor, y toda una ciudad de calles de piedra en torno a su hogar... Un lugar como Nueva York, del que Molly habló cierta noche, con farolas de gas en cada esquina para alumbrar la oscuridad, y coches limpios y brillantes tirados por caballos, y buenas maneras y finura a raudales... ¿Cree usted acaso, señor mío, que, con todo ese aparato a su alrededor, es usted más libre que yo de forjar su destino? ¿Chasquea usted la lengua ante mi historia? Pues bien, no estará de más que conozca la suya. El modo de ser y actuar del padre de su padre. Nunca podemos comenzar de nuevo, llevamos sobre nosotros toda la carga del pasado: lo único que crece son los problemas, lo único que aumenta son los desastres, y eso es todo.

Lo sé, es cierto, siempre lo he sabido. Me río de mí mismo por haber cometido la tontería de haber llevado toda esta contabilidad; como si las anotaciones en un libro rayado pudieran determinar la vida, como si algunas señales sobre el papel pudieran controlar las cosas. Solo puede llevarse un tipo de registro, y es el que estoy escribiendo ahora, a través de las rayas rojas verticales, sobre las antiguas marcas. No me ayudará a mí ni a ninguna de las personas que conozco. Decir en él «estos son los que murieron» de nada sirve, pero puedo añadir algo a su recuerdo. La única esperanza que tengo en este momento es que llegue a ser leído... ¿Y no es una maldición final de mí mismo decir que aún mantengo una esperanza? Me reiría, si pudiese, del que venga aquí y descubra estos libros con mis garabatos: ¿aquel viejo y desdentado conductor de ganado que se llevó parte de mis ahorros pretendiendo volver con un rebaño? No era un mentiroso; tenía edad suficiente para ser listo. Creo que sabía que yo mentía cuando le di el dinero; no hacía otra cosa que pagarle una deuda, pagarle para que se marchara. En cuanto al juez de circuito... No sé, en este momento no tengo claro si llegué a escribir o no la carta para Jenks, si se la entregué o no a Alf, el de la diligencia... Bah, al fin y al cabo, tampoco era necesario que viniese... No quedó nada ni nadie que poder juzgar...

Jenks dejó en libertad, en cuanto tuvo la más mínima ocasión, al individuo que guardaba doblado dentro de su carromato. El jorobado se escabulló entre la multitud; más tarde, lo vi un instante: era uno de los que saquearon la tienda de Isaac. Al menos, así lo creo. Con todo aquel barullo, no puedo estar seguro de lo que vi; la luz de la luna era tan clara como la del sol, brillaba como si fuera mediodía, pero era como la luz del dolor destellando desde la más profunda negrura.

—¡Jenks! —gritó Molly, según recuerdo.

Había salido corriendo al oír el ruido del carromato que iba calle abajo y le hacía señales con la mano. El *sheriff* conducía su coche funerario, cuya puerta lateral se iba abriendo y cerrando sola. Sentadas a su lado, iban la señora Adah y Jessie.

Jenks creyó que Molly también quería subir.

—Dese prisa, señora —dijo, inclinándose para ayudarla—, esos cabrones están a punto de desbocarse.

Yo, aun cuando había desesperado de hacerle abandonar el pueblo, creí que iba a marcharse con ellos. Pero lo que hizo en realidad fue tirar de Jenks hasta conseguir que bajara del asiento delantero del vehículo y echarse encima del pobre hombre, cogiéndose alrededor de su cuello. Se agarró a su cuerpo y le llenó la cara de besos mientras le susurraba palabras como estas:

—Jenks, coge al Hombre Malo, hazlo por mí, has de atraparlo. Me deseas..., ¿verdad que sí? Ya me he dado cuenta, las mujeres vemos enseguida estas cosas. Píllalo e iré contigo a donde quieras. Seré tu esposa natural, lo que más te guste, te lo juro...

El chico y yo contemplábamos la escena, pasmados, desde el suelo; las dos mujeres lo hacían desde la altura de su asiento. De momento, todo el ruido venía del *saloon*.

—Por el amor de Dios, Jenks —dijo Jessie, volviéndose un instante para mirar hacia atrás—. ¡Por el amor de Dios, sube y vámonos!

—¡Pero, señora..., por... favor! —exclamó él, intentando soltarse de Molly.

—¡Jenks, solo un disparo, ese hombre es un blanco seguro! ¡Si parece que haya venido en busca de la muerte! —insistió Molly.

—Señora, debe usted saber que he tirado mi estrella.

Adah lloraba:

—Ay, lo he dejado allí arriba, aún respiraba. No puedo dejar solo a aquel pobre moribundo.

—¡Cállese ya, vieja estúpida! —le soltó Jessie—. ¿Cree usted que ese maldito tahúr merece sus cuidados, o los de esa tonta de Mae, que se ha quedado allí? ¿De veras quiere volver con Mae y aquel tipo?... ¡Vamos, Jenks, sube de una vez!

La gente se apretujaba en la calle frente al *saloon* y en su mismo porche. Todos trataban de ver lo que pasaba dentro del local, como una multitud atraída por las palabras de un predicador. Se podían oír los gritos de Mae. Yo sabía que el sermón que no tardaríamos en sufrir sería el de Turner. Solo Dios sabía cuándo había llegado. Debía de haber bajado de las rocas a lomos de su caballo, sonriendo malévolamente al ver a toda aquella gente; debía de haber venido del norte, pisando los talones a los mineros. Finalmente, había dejado la lejanía para regresar como un segundo golpe de guadaña.

Me pregunto si yo ya no lo había previsto, de otro modo. No había dejado de vigilar, durante toda la tarde, la posible aparición de la pequeña nube de polvo en la

llanura. La llegada de la diligencia y su posterior partida fue como una señal: la gente se puso a empaquetar sus cosas, a cargar sus animales y a emprender la marcha. Lo que sucedía frente a mi cabaña se parecía a lo que yo había visto muchos años antes en Westport, Missouri: gente que se iba y gente que se quedaba, diciéndose adiós los unos a los otros..., sin apartar los ojos de la llanura que se extendía frente a ellos.

La mujer de los huevos se marchó, conduciendo una carreta vacía, en la que solo la acompañaban sus propios cacareos; una pluma de gallina voló un momento detrás de ella. Jonce Early, el de la taberna, se largó sin molestarse siquiera en mirar atrás. Entre los precavidos que se iban a tiempo, había también una pareja que tiraba de su carretón de mano sin expresión alguna en sus rostros. Pero la mayoría de los que habían venido en busca de trabajo no iban más allá de los límites de la calle.

Tampoco yo me moví. Estaba demasiado aturdido ante aquella irrupción de hombres que llenaban la calle a rebosar. No quería creerlo, deseaba decirle a Angus que mentía. Tuve la descabellada idea de que, si yo corría sendero arriba y empujaba algunas rocas para interceptarlo, podría detener a los mineros y evitar que se marcharan. Aquello era un fárrago, un bullir de furores e indignación. El fragor de los gritos y las palabras era como un huracán. Un minero se me acercó y me preguntó quedamente:

—¿Sabe usted cuándo llega la diligencia?

—Sí —le dije con la mayor cortesía—, en realidad, tendría que estar aquí esta tarde.

Lanzó un par de tacos y, mirando al suelo, dijo:

—Deme un billete, si no le importa.

Me dio una bolsita de oro en polvo. Lo hice entrar en mi despacho y le escribí un billete. Cuando salió, había otro minero a la puerta. Y no tardó en formarse una cola de hombres que esperaban su turno. Dejaban caer billetes de banco en mi mano, plata, trozos de mineral bruto de gran riqueza. A través de la puerta podía ver a algunos de los del pueblo que contemplaban la escena.

Yo escribía con lentitud, haciendo billetes para más pasajeros de los que Alf podría llevar con un mínimo de comodidad y pensando: «¿No es una extraña ironía el hecho de que esté moviendo así mis manos de hielo en medio de tanta conmoción? ¿Que esté haciendo negocio en estos momentos? Debo de parecerme a aquel hombre que vi una vez: había recibido un balazo en el corazón, no podía estar más muerto, pero aún anduvo un buen trecho antes de caer».

Sabía que el Zar e Isaac vendrían a verme tan pronto como chocaran con la dura realidad; se acercarían para hacerme partícipe de sus sufrimientos. Le di el billete al último hombre de la cola, y ambos, tras cruzarse con aquel tipo en la puerta, irrumpieron en mi despacho. No querían creer lo que sus ojos les decían.

—La carretera, Blue... ¿Cuándo harán la carretera? —preguntó el Ruso.

—¿Ve usted esa llanura, donde nada puede crecer? Pues bien: cuando haya allí un vergel de grandes y frondosos árboles, cuando cada una de sus hojas sea una moneda

de oro de cinco dólares..., entonces tendrá usted su carretera.

—Esto no es justo —repuso Isaac—, no hay derecho. ¿Qué haré, ahora? ¡A ver, dígame qué puedo hacer!

—No lo sé, Isaac.

—Ya decía yo que llegaríamos a esto. Lo sabía. ¡Estoy arruinado! ¡Sí, usted me engañó, me vendió como una mercancía cualquiera!

—En cierto modo, quizá sí.

—¡A estas horas, ya habría encontrado a Ezra! Si no fuera por usted, ¡ya estaría con mi hermano!

—¿Cómo es que no se ha quejado durante este último año, Isaac? No dirá que le han ido mal las cosas...

—No hay derecho. ¡Maldigo su alma despreciable por haberme hecho invertir en esta calle cuanto he ganado, hasta el último centavo!

—¡Debe usted parar esto —me dijo el Ruso meneando el puño—, tiene que hacer algo!

—¿Quieren que vuelva a meter en la tierra el oro que se extrajo de la mina?

—¡Y mi hotel! ¡Mi hermoso hotel! ¿De dónde van a venir ahora mis clientes?

—¡Basta ya! ¿Por qué no me dejan tranquilo? ¿Qué quieren de mí? ¿Por qué he de ser siempre yo el paño de lágrimas de todo el mundo? Fuera de aquí..., vamos, fuera... Estoy tan hundido como ustedes..., ¿no se dan cuenta?

—Amigo...

—¿Acaso se creen ustedes libres de toda culpa? ¡Ni saben de qué les hablo! No es poco el dinero que le han sacado a este pueblo, han logrado grandes ganancias. A mí no me pueden engañar... Y si no tienen escondidos por ahí sus pequeños tesoros es porque son más tontos de lo que yo creía.

—Por favor, Blue..., lo hemos perdido todo.

Tuve que sentarme. Me puse las manos en la cara y sentí mi aliento en mis dedos helados. ¡Aquellos hijos del Infierno, con sus caras pálidas y sus sombreros hongos, que vinieron del este para quién sabe qué! ¿Desde cuándo sabían (tal vez desde la tarde en que estuvieron esperando a Alf para regresar en la diligencia, abanicándose sin decir palabra) la verdad? Alguien dijo que habían hecho pruebas con el mineral cuando estuvieron allí arriba y que habían dibujado señales en sus papeles. ¡Y hacía ya un año de ello! Era posible que ya hubieran tomado entonces la decisión, pero, por otra parte, ¿por qué nos envió la Oficina del Territorio a Hayden Gillis? ¿Durante cuánto tiempo habíamos estado esperando algo que jamás llegaría a ser realidad? Mientras la calle se estaba llenando de gente en busca de trabajo, las carretas de mineral transportaban tierra y piedras sin valor alguno hacia los molinos del oeste. Mientras yo escrutaba la llanura cada mañana, la carta para Brogan estaba sobre mi escritorio. No hay peor tonto que un tonto del Oeste: puede llegar a engañarse hasta el punto de no saber que todas sus posibilidades han muerto, sin darse cuenta de que todas sus esperanzas son solo fantasmas.

Así que les dije a Isaac y al Zar:

—Váyanse mientras puedan. Carguen sus carretas y pónganse en marcha cuanto antes, porque, tan seguro como que están ustedes respirando, la cosa no tardará en complicarse. Toda esa gente se quedará pegada aquí como moscas en un panal de miel. Van a armar un verdadero caos.

—¿Cómo?

—Son ustedes un par de vaqueros tontos; eso es lo que son. Se inquietan por sus propiedades cuando lo que debería preocuparles es su propia piel...

—¿Qué quiere decir?

—Que Dios los ayude si no saben lo que quiero decir. ¿Acaso no tienen ojos? ¡Este pueblo está a punto de estallar! ¡Todos los hombres que hay en él han sido engañados, vendidos!

Todavía me pregunto por qué no se fueron. Vi, por la expresión de sus caras, que sabían que tenía razón, que les decía la verdad. Tuvieron ocasión de marcharse, pero solo puedo decir que salieron corriendo de mi cabaña para volver a sus mostradores como si no pasara nada, para atender con mimo y disimulo a los clientes hasta que llegó el momento en que fue demasiado tarde para marcharse. ¿Acaso no estaremos hechos para creer en nuestros propios fracasos? ¿O es que aquel par de hombres no tenían a dónde ir? Sucedió lo mismo con el Sueco; tuvo tiempo para recoger sus cosas e irse antes de que saliera la luna, pero no lo hizo, ni siquiera en los últimos momentos que le quedaron después de que llegara el Hombre Malo.

Molly había abierto su puerta para ver el bullicio. Se había quedado junto a la entrada con los pies descalzos y la cabellera colgándole revuelta; parecía la imagen viviente de la ira. Al ver salir de mi despacho al Zar y a Isaac, sus ojos adquirieron cierto brillo. El color volvió a sus mejillas y, con una repentina sonrisa, le dijo a Jimmy, que estaba a su lado:

—Dios mío, ¿esperabas ver alguna vez semejante cosa? —Y luego, dirigiéndose a mí—: Señor alcalde, ¿es a ti a quien he oído decir a la gente que se marche?

Se echó a reír ahogadamente. Parecía que la cosa le divertía de verdad; habría podido ser una joven campesina riéndose de su pretendiente. Después, le dijo al chico:

—¿Has oído al alcalde Blue? Toda esa gente que él deseó para su pueblo, todos están aquí, pendientes de él, mirándolo, y él, ya ves, se está cagando de miedo...

Cuando Alf llegó, por la tarde, tuvo ante sí, ya desde cierta distancia, la imagen de un pueblo rebosante de gente, y no fue necesario que le dijeran lo que sucedía. Refrenó sus caballos a un buen trecho del pueblo, cerca de las tumbas, las rodeó y se detuvo en dirección opuesta a la de su llegada. Él y su ayudante se pusieron entonces a descargar, echándolas al suelo, las mercancías que les habían encargado. Aun así, no fueron lo suficiente rápidos, pues varios mineros corrían hacia ellos con su equipaje. Había empezado la avalancha en pos de la diligencia. Yo también salí corriendo para decirle algo a Alf, pero no estaba de humor para hablar. Cogió, sin

siquiera contarle, el dinero que le di, subió al asiento delantero, hizo chasquear el látigo y arrancó con el vehículo lleno, por todas partes, de hombres rugientes que se agarraban a él como hormigas. Me quedé contemplando su partida. Vi que un hombre que no se había cogido bien caía, se levantaba, corría un momento detrás de la diligencia y terminaba por pararse amenazándola con el puño mientras el polvo lo cubría.

Allí estaban todas las mercancías encargadas, cajas y barriles, en medio de aquella soledad, como los restos de un naufragio. En mi mano, había quedado la lista de nuevos encargos para Alf. Me volví para echar una mirada a la calle y rasgué el papel en pequeños pedazos. Entonces, apareció el Sueco casi corriendo, tirando de un carretón de mano; al llegar junto al montón de géneros, comenzó a cargarlo. Sin parar de gruñir y con el sudor corriéndole pelo abajo, levantó los barriles de un abrazo, recogió las cajas, incluso las galletas que habían salido de una de ellas al romperse en su caída.

—¡Vamos, hombre... —le dije—, que no está usted limpiando la alfombra de ninguna dama exigente!

Comenzó a tirar del carretón para volver al pueblo; las mercancías eran más bien de Isaac que suyas. Se inclinaba sobre las varas como un estúpido buey. No pude menos que enfurecerme con él. De buena gana le habría dado un puñetazo.

Fui caminando al lado del Sueco con los ojos fijos en la calle. No había razón alguna para que el pueblo estuviera allí. Su existencia no tenía sentido. La gente tiene tendencia a juntarse dondequiera que se encuentre, pero ¿es esto suficiente? Con la misma naturalidad, podemos pensar en muchas razones para vivir solos.

—Escúcheme, Sueco: recoja sus cosas, libere de trabas los radios de sus ruedas, y usted y su esposa salgan cuanto antes de aquí. Con esos bueyes que tiene usted como tiro, su carreta, aunque lenta, necesita arrancar sin contratiempos. ¿Comprende lo que le digo?

—Sí, claro...

—Procure encontrar a otros suecos...

Le aconsejé lo mismo a Bert Albany, pues, al volver a la calle, pensé de pronto en él y lo busqué. Estaba en la cabaña metálica, donde vivía la pareja. El chico daba ánimos a su mujer, pero a él nadie lo animaba. De momento, no quería marcharse...

—¿Adónde? —preguntó.

Se mantenía fiel al Zar, pero temía, sobre todo, que cualquier marcha precipitara el parto de su chinita.

—Bert, no discutas con un viejo —le dije—. Lía todo lo que puedas llevar y ven conmigo. Nunca ha nacido ningún niño en este pueblo, y es el recuerdo más triste que guardaré siempre de él, pero es la verdad y hay que aceptar las cosas como son.

Roebuck, el herrero, tenía una carreta; lo encontré a punto de marcharse y le di todos los billetes que llevaba en el bolsillo para que se llevara al matrimonio. Sin embargo, cuando ayudé a Bert y a su mujer a subir a la parte trasera del carronato,

solo les dije:

—Este hombre se ha prestado a llevaros.

Y caminé junto a la carreta, a través de aquel hormiguero de gente. Me detuve al borde de la llanura para verlos partir.

—Las cosas no nos iban tan mal, señor Blue —me gritó el muchacho volviéndose hacia mí—. ¿Qué nos ha pasado? ¿Adónde vamos ahora?

Me quedé contemplando a aquella hinchada muchachita, que se había vuelto para mirar hacia atrás, con la cara manchada por el polvo y las lágrimas. Trataba de ver con sus ojos lo que su mente no podía comprender.

Pronto se extendió por la llanura una fila de viajeros. Al parecer, Angus Mcellhenny también iba a unirse a ellos, pues lo vi frente a mí, a unos diez pasos de distancia, cuando aseguraba las cuerdas que sostenían la carga que llevaba su mula. Y, aunque había sabido qué decirles al Zar, a Isaac y a Bert, mi mente había acabado por aturdirse: no podía creer lo que estaba sucediendo, al menos no más que ellos. Me acerqué a Angus, pero no salía palabra de mi boca. Ni siquiera sabía cómo empezar. Él tenía la pipa apretada entre los dientes, ni me había mirado. Por fin acerté a decirle:

—No se quede rezagado, Angus.

—No soy tan tonto. Y usted debería ponerse en camino enseguida, si aún conserva algo de su sensatez.

—Angus —dije, agarrándole el brazo—, ¿sería posible que aún quedara oro, allí arriba?

El hombre suspiró.

—Esa montaña... Han hurgado tanto en ella que ha quedado más vacía que un panal sin miel; allí no hay nada más que aire. Escúcheme, Blue: han quedado allí arriba unos diez o doce hombres que se resisten a creer en la cruda realidad. Y allí se pudrirán intentando sacarles todavía algo a las rocas.

—Pero aquello es una propiedad, ¿no? Supongo que, si puede, la Compañía la venderá.

—Ay, no es poco lo que hay por vender. Enredarán como a un chino a cualquier desgraciado que quiera comprar las acciones y crea que hay allí algo que excavar. Y, cuando vea lo que ha comprado, se volará la tapa de los sesos.

Otro minero, cerca de Angus, soltó una risotada.

Intenté decir algo más, pero las palabras se me atascaban en la garganta. Miré delante de mí, hacia la interminable extensión, iluminada de rojo en aquella última tarde, y sentí aquella luz como sangre que se estuviera secando sobre mi cabeza.

—Blue —dijo Angus Mcellhenny con suavidad, al tiempo que levantaba hacia mí su mirada—, no es necesario que me hable de sus problemas. Adiós. Sé lo que siente usted por su querido pueblo, así que no podría soportar lo que me dijera sobre él.

Y fue en ese momento cuando me pregunté qué debía hacer. Todo iba a reducirse a la nada. Uno siempre intenta disponer de la propia vida para algún propósito,

incluso cuando parece no haber ninguno. Mis ahorros habían desaparecido. Si podía subir a Molly y al chico en el carromato, ¿hasta dónde podrían llegar? Lo mismo que Angus, que se marchaba entre los demás, como si fueran los restos del pueblo barridos por el viento en todas direcciones. Dedicué toda la tarde a observar a los que se iban, sintiendo el dolor de una lenta tortura. Pero siempre he tenido tendencia a no dejarme dominar por la aflicción; consideraba, pues, que la partida de cada hombre aliviaría algo mi dolor final. Digo esto porque nunca tuve intención de marcharme: mi voluntad estaba agotada. Cuando llegó la noche, el pueblo ganó en silencio y tranquilidad, a pesar de que no había quedado vacío ni mucho menos. Había hombres de pie por todas partes, pero apenas nadie se movía. La ira, como el calor, se acumulaba en el polvo del aire. De pronto, apareció Jimmy. Vino corriendo hacia mí, con los ojos desorbitados, a punto de gritar o llorar. Miré de dónde venía y seguí caminando para ver mejor lo que ya estaba viendo. Del interior del *saloon* del Zar, salían las ruidosas carcajadas de un hombre. Atado a la baranda del porche, había un huesudo y gastado penco: era lo que quedaba, según vi, del hermoso caballo bayo del que fue Hausenfield, el alemán.

Mirando a través de las ventanas, solo podía verle las espaldas y el sombrero. Sin embargo, cuando levantó la cabeza, se mostró su oscuro reflejo en el elegante espejo del Zar, detrás de la barra. Dos Hombres Malos, el tipo se había multiplicado por un efecto óptico. Recuerdo la impresión que tuve en aquel instante: no había abandonado nunca el pueblo, solo había esperado la luz adecuada para dejarse ver donde siempre había estado.

—¡Eh! ¿Quién es aquí el dueño? —gritó.

Alguien señaló al Zar, que estaba en el extremo de la barra.

—Oye, amigo, ven a tomar un trago conmigo... No está mal ese veneno que haces, te lo juro...

El Zar no se movió y, en el silencio del abarrotado *saloon*, el Hombre Malo se inclinó sobre la barra y empujó a lo largo de ella un vaso lleno. Lo recorrió mientras la gente se echaba hacia atrás para no obstaculizar su paso; al final, se ladeó un poco, con lo que se formó un pequeño charco de whisky que se esparció y comenzó a gotear sobre el suelo.

Con un gesto de contrariedad, el Zar levantó la punta de su delantal para secar el líquido. El Hombre Malo consideró que la cosa tenía su gracia y se rio, y todos los que contemplaban la escena en la humosa y resplandeciente sala comenzaron a reír con él. Entonces, Turner se enderezó mostrando toda su altura, lo que me permitió ver la gran cicatriz que tenía en un lado de la cara y la peculiar mirada de sus ojos. Ya había advertido la presencia de Mae y de la señora Clement, que estaban de pie detrás del Ruso.

—Eh, monada... —dijo con suavidad, pero su voz fue lo único que se oyó—. Eh, monada... —repitió, invitando a acercarse a la elegida curvando el índice hacia él.

En aquel momento, sentí como si hubiera sido mi corazón lo que se hubiese inclinado, derramando toda su vergüenza, toda su náusea. Tuve que huir corriendo de la Artimaña; no podía tolerarla. Si no, ¿qué otro nombre puede darse a la burla que consiste en hacernos andar en dirección contraria a la que deseamos? En esos momentos, nos unimos al eterno girar de la Tierra, giramos con ella, lo que nos enloquece por completo.

En el establo de Jenks, encontré la mula y la conduje rápidamente a mi casa, aunque no por la calle, sino por detrás de ella. La enganché al carromato del mayor y, después de dejarlo frente a la puerta, entré en la cabaña.

No había luz y no podía ver nada. Oí un susurro procedente del refugio y, cuando encendí la lámpara y la levanté, los vi a los dos: retrocedían, agachados, dentro de la habitación que ahora ocupaban. El chico, delante, tenía agarrada la escopeta e intentaba apuntarme con ella; Molly, por encima del hombro de Jimmy, empuñaba el estilete con la punta hacia mí.

—La mula está enganchada —dije—. Vamos, coged unas cuantas cosas y marchaos enseguida.

—Voy a matarte, señor alcalde —susurró ella.

Me miraba como si yo fuera un animal presto a saltar; se sostenía con las piernas separadas y mantenía en alto el estilete. Me clavaba la mirada como si fuese yo el que hubiera llamado al Hombre Malo.

—No te acerques... —me advirtió.

—¡Molly, por el amor de Dios, escucha lo que te digo!

En la oscuridad, sus ojos brillaban como ascuas.

—¿Así es cómo te lo tomas? —le grité—. ¿Quieres que vuelva a suceder lo mismo? ¿Crees que aún tengo que darte más satisfacciones? Anda, llévate al chico de aquí; para él, eres como una madre. Cualquier gata cuidaría de sus cachorros... ¿No vas a hacerlo tú? ¿No quieres sacar a Jimmy de este infierno?

El chico, que permanecía entre nosotros dos, levantó un poco la escopeta.

—Fíjate en esto —le dije—. Puedes estar orgullosa de cómo has embrujado a este chico. Yo, por si no lo sabías, estoy acabado. No quiero ver más a este engendro, no es nada mío, marchaos los dos juntos, ¡fuera! Desde ahora, el carromato es vuestro, la mula es vuestra, todo..., pero apartaos de mi vista; solo habéis servido para hacerme sufrir. Lamento haberte conocido, Molly. Maldigo el momento en que puse los ojos en ti. Si hubiera sabido cómo eras, me habría levantado ante el Hombre Malo para que me matara, lo habría recibido con los brazos abiertos. Le habría dicho: «Dispara, no yerres el tiro, hermano, mátame, porque, si no, Molly Riordan, que me está esperando, lo hará poco a poco...».

Durante todo el tiempo que duró mi arrebatado de ira, pude ver que yo no existía para su mirada. ¡Lo que ella quería era que el Hombre Malo volviese! Había estado esperándolo como la más fiel de las esposas. Nada le importaba; ni yo ni Jimmy: solo ella y su Hombre de Bodie. Se merecía que yo la matara.

Y el chico, allí inmóvil, como si se creyera hijo de ella, me llenó de asco con su actitud. No pude menos que decirle:

—¿Qué crees que estás custodiando, ahí, nene? ¿Algo que valga la pena? ¿Crees que le importas algo, hijo? No piensa más en ti de lo que lo hace en mí. En este momento, si te pusieras en el ojo la boca de esta escopeta y apretaras el gatillo, ni se daría cuenta. Díselo, Molly, no me cree. Chico, quedándote aquí, solo demuestras tu estupidez, no dispones ni de la mitad del sentido común que tenía tu padre; si lo tuvieras, ya te habrías marchado. —E insistí—: Vamos, Jimmy, sal de aquí ahora, mientras puedas; a ella no la necesitas, no eres el primero a quien enreda, no debes avergonzarte de ello. Vamos, chico, vamos...

Pero él solo levantó un poco más el cañón del arma. No había en sus ojos el menor signo de que me creyera. Después de todo, se lo agradezco. Lo que él hiciera, dejaba de ser asunto mío; su modo de ser había surgido de él mismo con la fuerza de un disparo después de mucho tiempo de presión. Yo había fracasado en lo que Molly no había naufragado, pero quiero que conste que, en la desdichada frustración de nuestras vidas, solo me declaro culpable de mis propios errores.

Y mientras pasaba todo esto y lo que sucedió después, solo una vez me propuse imponerles a ambos mi voluntad: cuando los empujé hacia el carromato del mayor para sacarlos de allí yo mismo. Al encontrarlos aún dentro de la cabaña y después de desfogarme diciéndoles lo que pensaba de ellos, arremetí contra Molly, por encima de los brazos extendidos de Jimmy, instante en que se oyó venir, calle abajo, el coche fúnebre de Jenks que, increíblemente, aún seguía en el pueblo. Entonces ella se agachó y se escabulló por un lado. Al pasar, me dio un golpe de estilete en las costillas. Me provocó una leve herida en mi costado... Cuando caí sobre el muchacho, ella ya había salido.

Esta fue la vez que más cerca estuve de dominarlos. Después ya no tuve ocasión.

—Jenks —gritó Jessie—, si no subes y nos vamos enseguida, cojo yo misma las riendas. Jenks...

—No iba usted a creer —le estaba diciendo Molly a Jessie cuando salí de la cabaña— que el señor Jenks echara a correr, cuando solo tiene que preocuparse de un hombre... —Su voz era suave y natural como la de una mujer que estuviera en su sano juicio, sobre todo cuando se dirigió al exfuncionario del orden público—: Vamos, *sheriff*. Sé muy bien que, en un abrir y cerrar de ojos, puede colocar las balas que quiera en un hombre. ¿Cómo va usted a salir corriendo, *sheriff*? No, eso no tendría sentido. Fíjese, ni siquiera esa mierda de alcalde se va.

—Eso es asunto suyo. Por favor, señora... Tal como yo veo las cosas, no puedo liarme a tiros con toda esa gente sin que alguno me hiera.

—Solo «él» —dijo Molly, agarrándose a su camisa—, solo él, solo el Hombre Malo de Bodie... ¿No sabe lo que me hizo? ¿No puede usted imaginárselo!

—Verá...

—Jenks, anda, guapo... Te prometo cosas buenísimas, te puedo hacer mucho más que esas dos tías de ahí arriba juntas. ¿No te lo crees?

Aquello sacó a la señora Adah de su aturdimiento. Lo que Molly acababa de decir provocó que se levantara de golpe. Señaló a Molly con el dedo:

—¡Ajá! Lo que siempre creí —dijo—. Sí, siempre lo sospeché; incluso cuando te di mi traje de boda, dudé de que fueras una dama.

Calle abajo, alguien que estaba cerca de la puerta del Palacio de Zar se volvió y vio las figuras de las dos mujeres sentadas en el coche fúnebre. Dijo algo, y entonces varios hombres se separaron de la muchedumbre y corrieron, gritando, hacia nosotros. El Hombre Malo estaba creando más de un imitador.

—Por Dios, Jenks... —gritó Jessie, tomando las riendas.

El *sheriff* se volvió para subir al coche fúnebre, pero Molly lo agarró por el brazo. Al mismo tiempo, me puse a dar palmadas a las ancas de los caballos, igual que Jimmy, si bien creo que por motivos distintos. El coche arrancó con una fuerte sacudida, que hizo caer de espaldas sobre el techo a la señora Adah.

Al girar, las ruedas levantaron una nube de polvo azul bajo la luna. Un minuto después de su partida, pasaron tres o cuatro hombres gritando sobre sus caballos, como si quisieran dar caza al coche, lo cual nos obligó a arrimarnos contra la pared de la cabaña, casi ahogados por el polvo. Nunca volví a ver a ninguna de aquellas dos mujeres ni sé lo que pudo sucederles.

—¿Han visto ustedes? —preguntó Jenks—. ¡Dios mío! —Su voz se rompió—. ¿Han visto lo que me han hecho?

Molly rio ahogadamente:

—Oye, *sheriff*, cariño, ¿me escucharás, ahora? ¿Verdad que sí?

Intento escribir lo que sucedió, pero, cuanto más cercanos son los hechos, menos claros aparecen en mi mente. Estoy perdiendo la sangre a través de este pingajo rasgado que es mi cuerpo, pero lo que más me duele es la fría sensación de que todo lo que he narrado sobre el papel puede que no refleje la verdad; hay cosas que, por más cuidado que haya puesto en describirlo se me escapan en parte..., como si lo que sucedió estuviera lejos de mi comprensión, más allá del alcance de mi vista. Dentro de mis límites, llamándole día al día y noche a la noche, ¿no habré agitado yo mismo las arenas movedizas debajo de nuestros pies? ¿No habré influido en el terrible destino de nuestras vidas?

Ahora no puedo recordar las palabras de la pobre Molly, ni lo que le dijo a Jenks. Solo sé que toda aquella escena dejó a Jimmy clavado donde estaba, y que, poco después, Jenks se puso a hacer malabarismos con su colt y a comprobar cada una de sus recámaras, con un tonto orgullo que él sentía crecer como hombría ante las promesas de aquella mujer. ¿O de verdad creía que podía detener a aquel desenfrenado tumulto con solo matar a Turner? En el extremo de la calle, un grupo de hombres se perdieron de vista corriendo hacia la choza de John Bear. La tienda de Isaac, que estaba tan cerca del *saloon*, parecía oscura y cerrada, pero alguien ya

estaba golpeando la puerta.

En aquellos momentos, me sentí incapaz de hacer nada. Tal como soy, podía actuar tan bien como cualquier otro, pero solo a partir del momento en que se pusieron las cartas boca arriba. Pero también me enfurecía que Jenks pudiese creer que a aquella mujer le importaba algo que no fuera ella misma y el Hombre Malo. Aquel lobuno mentecato, lamiendo la ambrosía de las palabras de Molly, andaba ya calle arriba cuando yo me precipité dentro de la cabaña para coger mi pistola del cajón del escritorio. Ella corrió hacia el refugio, rezando e implorando con la cruz entre las manos. Jimmy, pasmado, sostenía la escopeta con una mano, sin fuerza.

—¡Vuelve dentro! —le ordené.

Corrí hasta alcanzar a Jenks.

—¿Sabe lo que está haciendo?

Andaba como un héroe.

—Claro que sí —accedió a decirme.

Aún con las palabras de Molly en sus oídos, parecía que yo casi no merecía ni su atención.

—¡Supongo que creerá usted que vale la pena hacerlo, señor *sheriff* —le dije—, pero sería mejor que tuviera un plan!

—Déjeme solo, quédese atrás...

—Es usted un maldito loco. No le dejaré tiempo ni para avistarlo. ¡No es un blanco al que se pueda disparar, es el Hombre de Bodie!

—Para mí, no hay Hombres de Bodie que valgan.

Me habría gustado creerlo. En el lado izquierdo de la calle, un extremo de la tienda de campaña del Sueco se arqueaba, como empujada desde dentro, y se oía el entrecuchar de ollas y calderos. Mi mirada alcanzaba hasta el final de la calle y pude ver, bajo la azul claridad de la luna, que estaban destruyendo a golpes la choza de John Bear. «Sí, tal vez un solo disparo podría conseguirlo. Dispersaría las llamas y acabaría con el fuego», pensé.

Mi instinto de conservación me hizo mantener viva aquella idea, me movió a la acción. Era un pensamiento claro y simple. Por tal razón relevó a Jenks y me convirtió en el loco que él había sido. Me hizo coger el sombrero de su cuerpo muerto para ajustarlo en mi cabeza y me convirtió en el último monigote de Molly, como aún lo soy en este momento. Pero ¿quién no habría hecho lo que yo hice, frente a tanta ruina, ante aquella loca carrera de destrucción a la luz de la luna? Matarlo era un acto de justicia: borrar solo aquella cara, eliminar únicamente a aquel hombre. Tenía que hacer algo: lo que había parecido el colmo de la futilidad se convertía ahora en la suma sensatez. Estaba cediendo a las circunstancias, a todos ellos, a todos aquellos malditos que se apelotonaban los unos contra los otros en el polvo, ya caliente, de la calle, que corrían de un lado a otro en busca de cosas que destruir.

Pero yo no lo haría como lo había hecho Jenks. Él subió los escalones del porche empuñando su reluciente revólver, abrió hacia él una de las puertas del *saloon* y gritó: «¡Eh!», levantando el arma a la vista de todo el mundo.

Pero, como no podía menos que suceder, la brillante luz procedente del interior lo deslumbró, lo hizo pestañear, y lo bañó en una claridad que contrastaba fuertemente con el oscuro fondo de la calle. Después de un instante de profundo silencio, se produjo una avalancha de gente hacia la puerta: una multitud de hombres que se empujaban y tropezaban en su deseo de ganar cuanto antes el exterior, formando largas sombras que se entretejían al pasar sobre el iluminado porche y al bajar los escalones; unas sombras que se convertían en hombres al llegar a la calle. Los empujones de aquella muchedumbre provocaron que Jenks perdiera el equilibrio. Trató de mantenerse erguido. El revólver le bailaba en la mano.

Oí la voz del Zar:

—¡No, no!

Es muy posible que el Ruso se dirigiera en aquel momento hacia la puerta, pensando, aterrorizado, en el gran espejo de detrás de la barra, o en las lujosas lámparas que colgaban en lo alto, por encima del serrín del suelo. Creo que fue el desatinado disparo de Jenks el que lo alcanzó en pleno estómago. Desde dentro, la pistola del Hombre Malo sonó dos veces, y dos fueron los balazos que recibió Jenks: la primera bala le dio en el pecho y lo hizo girar varias veces aún de pie; es casi seguro que la segunda le atravesó el cuello. Jenks cayó como un payaso, escalones abajo, y allí quedó doblado en dos, abierta la boca de sorpresa en medio de una cara que me miraba por debajo del brazo.

Todavía está allí, todos están donde murieron. Con una sola mano, puedo escribir, pero no soy capaz de cavar. Los caballos más próximos se apartaron respingando; un hombre se me acercó. Me pregunté qué vendría a decirme, pero me di cuenta a tiempo de que llevaba una duela de barril en la mano. Levanté la pistola y él viró

como un perro que hubiera olido alguna cosa mejor.

Al otro lado de la calle, el restaurante del Sueco se había convertido en un montón de lona ondulante que cambiaba de forma a cada momento; parecía algo que tuviera vida propia. Su dueño intentaba ayudar a salir a su mujer de debajo de lo que había quedado de su restaurante. Lo ayudé. Conseguimos sacarla y, tan pronto como pudo ponerse de pie, la mujer cogió al Sueco y lo atrajo hacia ella, sollozando y abrazándolo. Él también lloraba, pero de rabia. Tenía una sartén en la mano y, cuando su furor llegó al máximo, se apartó bruscamente de Helga y, lanzando maldiciones, se puso a golpear con todas sus fuerzas los bultos que todavía se movían debajo del toldo.

La mujer tiraba de él, intentando apartarlo de aquel lugar. La gente corría por todas partes, chocando, agarrándose y luchando en la calle. Era un pueblo de locos.

—¡Sueco —grité—, vámonos de aquí!

Recuperé la calma. Tengo ahora un recuerdo fugaz de su cara, de repente serena debajo de su melena; un rostro increíblemente blanco bajo la luz de la luna. Cogió a su mujer y se apartó de allí con rapidez, en línea recta, dejando atrás el sumidero, hacia la oscuridad de las rocas.

Del Palacio de Zar salieron una serie de gemidos de una mujer, cada vez más fuertes, hasta terminar de repente con un grito mortal.

Recordé entonces haber visto, detrás de la tienda de Isaac, un gran rollo de alambre de espino. Quizás Isaac, que era de Vermont, tenía la esperanza de que algún día en Hard Times hubiera rebaños... Me dirigí a la tienda, orgulloso de mi astucia. Era tanto el entusiasmo que sentía por mi idea que el desgarró de mi costado no me dolía, ni me inquietaba el pensamiento de lo que les pudiera suceder a Molly y al chico, ni siquiera me preocupaban aquellos saqueadores que había visto golpear la puerta de la tienda de Isaac. A través de las paredes del *saloon*, pude oír que Turner comenzaba a cantar con voz de borracho, arrojaba muebles a diestro y siniestro..., lo que no hizo sino concentrar mi odio.

Desde donde ahora me encontraba, se divisaban con claridad, hasta donde abarcaba mi vista, las rocosas colinas bajo la luna. Tengo aún en mi mente la imagen de John Bear mirando hacia abajo desde un rellano de las peñas, aunque no estoy seguro de si fue en aquel momento cuando lo vi. Lo que sí puedo asegurar es que no llevaba sombrero ni camisa, apoyado allá arriba en una rodilla, mientras la turba destrozaba su choza. Por lo visto, había decidido que ya no tenía ninguna razón para seguir vistiendo como los hombres blancos. No sé cómo lo distinguí, quieto como estaba. La luna, con su blanquecina luz, me ayudó a descubrirlo. Sin embargo, había cierto movimiento en su inmovilidad. Había algo en su postura, como si ya hubiera cumplido. Si bien no volvería a verlo jamás, no hay ninguna separación entre aquella imagen y la de esta mañana, cuando encontré al Ruso en el suelo, junto a su mostrador.

Entregado por completo a mi plan de destrucción del Hombre Malo, no pude

comprender anoche a John Bear; si hubiera sabido lo que el indio contemplaba, la cosa no habría tenido sentido para mí. Yo arrastraba aquel pesado rollo callejón arriba, sudando y penando, pero con la convicción de que era lo que me exigía mi deber. Fue entonces cuando vi volver al Sueco; caminaba pesadamente hacia la tienda de Isaac. Lo llamé y le pedí que me ayudara a llevar mi carga.

—¡Ezra! —gritó desde el interior de la tienda—. ¡Ezra! —volvió a gritar, entre los crujidos y los golpes que venían de dentro del local.

El Sueco, angustiado, quería ir a ayudarlo, pero conseguí que no lo hiciera, contaminándolo con mi locura. Como penitentes apresurados por la ira de Dios, tendimos un lecho de alambres de espino sobre el suelo del porche y una barrera igual entre un poste y el otro. Desenrollamos el gran carrete, empujándolo alternativamente de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Mientras, en el interior del *saloon*, Turner no paraba de cantar.

El Sueco había traído también una larga estaca. Con ella trepó al alero, donde se tumbó y esperó. Entre tanto, di unos pasos para volver a la calle, sintiendo en mi espalda la luz de la luna como si fuera el sol del desierto. Me agaché detrás del caballo del hombre, el bayo de Hausenfield —un amigo que, como yo, había sido espoleado hasta los huesos—, y dije, tan fuerte como pude:

—¡Turner! ¡No te atreves a salir, Turner! ¡A que no sales!

Grité su nombre una y otra vez, como si la voz de mi garganta fuera la de un extraño que hiciera mi trabajo mientras yo contemplaba, inmóvil, cómo las luces del interior tintineaban y se apagaban, con lo que el *saloon* terminó por quedarse a oscuras. Entonces, me callé. Mi dedo presionó el gatillo, venciendo el pequeño juego que este tenía para poder disparar en el momento preciso. Apoyé un brazo sobre la silla de aquel tipo; con la otra mano, me agarré a la oreja del caballo, que quedó fuertemente retorcida dentro de mi puño. Entre el gran silencio que reinaba en las puertas del *saloon* y mi persona, no se apreciaba el menor movimiento. Pero, en cualquier otra parte de la calle, se levantaba un gran alboroto: la gente golpeaba las chapas de hierro de las cabañas de alquiler de Isaac para entrar en ellas y rapiñar lo que pudiera; alguien intentaba hacer arrancar su carreta, pero su caballo respingaba y se encabritaba; fue el momento en que, con el rabillo del ojo, vi que el jorobado salía de la tienda de Hermanos Maple con los brazos llenos de mercancías y con una pieza de tejido desenrollándose detrás de él como una larga cola.

Bueno, aquella era la oscuridad que Turner había querido; si no hubiese eliminado la luz, habría visto el alambre de espino, pero, claro, necesitaba saber dónde estaba, adónde tenía que disparar. Salió de repente, abriéndose paso entre las puertas de vaivén que rebotaron en las paredes, solo una forma, una sombra con un punto de fuego en el centro. Cuando noté aquel golpe seco en el costado del caballo, yo ya había disparado. Oí un rugido de sorpresa y vi caer a la sombra sobre el suelo del porche: una sombra convertida de pronto en un hombre espantosamente atrapado entre aquellas púas infernales.

Es fácil si uno está convencido del éxito: me levanté y disparé dos veces más, sin dar en el blanco, pero sin que ello me preocupara, sintiendo lo maravilloso de aquel momento como si fuese un niño. Una fina rociada de sangre procedente del cuello del caballo cubría un lado de mi rostro. Notaba su gusto. El Hombre Malo intentaba desenredarse del alambre de espino, pero uno de mis primeros disparos le había dado en la pierna, por lo que no podía levantarse. El Sueco, en vez de bajar con la estaca, se asomó por el borde del alero e intentó golpear al Hombre Malo, aunque de nada le sirvió, pues no lo alcanzaba.

—¡No, Sueco! —le grité.

Turner se volvió sobre su lecho de púas y disparó hacia arriba, a través de la madera.

El Sueco se desplomó donde estaba; murió como deseaba: sin casi darse cuenta. Esta mañana, Helga volvió a la calle desde el sitio donde se había escondido. Llamó a su marido y lo buscó por todas partes, palpando los cuerpos que yacían en el suelo, pero no se le ocurrió mirar hacia arriba. Más tarde, vio aquellos dos largos brazos que colgaban por el borde del techo del porche y aquella cabeza de pelo rubio medio asomada. Durante un buen rato, estuvo gritándole que bajara. La muerte del Sueco fue uno de mis disparates, uno de los mayores de mi vida de disparates, que comenzó cuando llegué a esta tierra. Golpeé con la estaca al Hombre Malo de Bodie hasta que quedó sin sentido, aunque aquello no ayudó al Sueco.

Pero aquel no fue mi último disparate, porque paré demasiado pronto de golpear a Turner y no llegué a matarlo. La Artimaña seguía haciendo que llorara mi desgracia y que sintiera la vergüenza de existir. Si hubiese terminado bien mi trabajo, solo me habría condenado a mí mismo. A mi alrededor, las luchas seguían por todas partes; los mineros y los que vivían en el pueblo intentaban herirse o matarse los unos a los otros, con el odio en sus voces, en el centelleo de sus cuchillos y en las pisadas de sus inquietas botas. Y nada de ello tenía que ver con Turner. ¡Él no era más que un hombre, Dios mío! Sentía su peso. Sentía su peso sobre mi hombro. Olía su sudor y el whisky que había bebido y vertido. De su cabeza le salía sangre, que volvía pegajoso su pelo. Había perdido parte de un ojo en el alambre de espino, tenía una pierna rota. Todos mis sentidos estaban hartos de él. Me lo había cargado al hombro cogiendo sus muñecas juntas con mis dos manos y fui andando a trompicones y con pasos vacilantes, dejando atrás, poco a poco, al caballo, que, aún de pie en la calle, sangraría hasta morir... ¿Y qué otra cosa que la Burla, siempre acechándome, habría podido darme fuerzas suficientes para cargar con él hasta mi cabaña?

—¿Ya estás contenta, Molly? ¿He hecho lo que debía? ¿Es esto lo que querías, Molly?

Pero ella no me oyó. Se apartó tan lejos como pudo y se quedó inmóvil, con la espalda contra la pared, mirando cómo dejaba caer aquel cuerpo sobre la mesa. Apenas podía recuperar mi aliento, creía que la cabeza iba a estallarme. Recuerdo que, antes de entrar en la cabaña, me había caído y me había arrastrado hasta la

puerta, y que me había alzado apoyándome contra ella convencido de que, si flaqueaba en aquel momento, jamás podría volver a levantarme. Y, ahora, quisiera no haber visto lo que sucedió a continuación, o que, aún habiendo tenido que verlo, mi mente me evitara aquel recuerdo. Me gustaría morir en un prado verde, bajo el frescor de la sombra de un árbol. ¿Cuándo fue la última vez que estuve sentado con la espalda apoyada en un árbol? El deseo es demasiado fuerte en mí, como la sed; creo que podría llegar a matarme. Y luego..., cuando pienso que Ezra Maple habría podido llevarse a Jimmy en su mula y enseñarle a ser un buen tendero, o que hubiese podido llevármelo yo mismo, en aquellas primeras horas, antes de que Molly hubiese conseguido poner sus garras en él, un muchacho que solo era el hijo de un carpintero, un huérfano casi con la mente en blanco... Un estertor se abre paso entre mis labios como si mi alma ya estuviera en el Infierno antes de mi muerte. Helga sube aquí a cada instante, con la cabellera suelta y revuelta, y se queda mirándome fijamente con sus ojos de loca, mientras, poco a poco, hace trizas su vestido. ¿Es Molly la que ha vuelto? Esos ojos... ¿Son los ojos de todas esas caras muertas? Creo que ningún hombre ha sido nunca observado por tantas caras muertas. He logrado de esta tierra una buena cosecha de ellas, ayudado por el Hombre Malo de Bodie.

Recomendé al chico que no se apartara de la puerta porque los saqueadores no tardarían en llegar a la cabaña. Le dije, con todo el aliento que me quedaba en aquel momento:

—Ahí, Jimmy, ahí, quédate ahí con la escopeta.

Pero él solo miraba a Molly, tal como hacía un año o más que la miraba. No podía hacer otra cosa que mirarla. Obedecía y sufría lo que ella le exigía.

Qué cautela la de Molly... Qué incredulidad la suya cuando se acercó a Turner, el hombre de sus sueños, de sus pesadillas, el gran ultrajador, allí, empapado de sus hediondos jugos, sobre la mesa de comer... Sí, era él, el mismo, con toda seguridad... Dios lo había permitido, era él... Ahora ya no tendría que pedirle protección a aquella cruz que llevaba colgada del cuello... Bastaría un cuchillo, el estilete... Ahora sí que podría usarlo. Un pinchazo para ver si aún estaba vivo, un pequeño agujonazo para despertarle del dolor..., y, sí, gimió e hizo un leve movimiento, intentando apartarse. Ella dio un salto hacia atrás, luego hacia delante para herirlo en otro sitio, y él se retorció como si quisiera esquivarla.

—¡Eh! —le gritó Molly—. ¿Eh? —exclamó, como preguntando: «¿Te acuerdas de mí? ¿Recuerdas a tu Molly?»—. ¿Eh? —«¿Te hace recordar, esto, o esto, o esto?», parecía decir, casi bailando de felicidad por haber obtenido la gracia de la venganza.

—Molly, por Dios, basta, basta ya... —grité, yendo hacia ella, tambaleante, con la intención de cogerle el brazo.

Su frenesí era inagotable; no puedo describir lo que hacía. Que Dios tenga piedad de ella. Vi el horror del chico. ¿Cuántos interminables minutos tuvo que sufrir aquello? ¿Y de qué otro modo habría podido hablar, al fin y al cabo, el pobre muchacho? ¿De qué otra manera habría podido llamarla, reclamarla, con pleno

derecho, como algo suyo? ¿De qué otra forma habría podido expresar su necesidad? Jimmy habló tal como se le había enseñado: con hombría, con el instrumento adecuado, con un estallido que marcó el nacimiento de un nuevo ser.

Fue en el momento en que los brazos de Turner se cerraron alrededor de Molly como si la abrazara. Mi mano se dirigió hacia el cañón del arma para apartarlo, pero el disparo los mató a los dos. Momentos antes de desvanecerme, pude oír, afuera, cómo la gente volcaba el depósito del agua. Entonces, el ruido que dominó mis oídos, sobre todos los demás, fue el del agua al esparcirse, una ignominiosa riada.

Y aquí queda escrito todo lo que pasó, todo lo que sucedió desde el comienzo hasta el final. Y me aterra, más de lo que pueda hacerlo la muerte, que mi narración no sea fiel a la verdad. Pero ¿cómo puedo serlo si he escrito como si supiera, cual si los hubiese vivido todos yo mismo, qué momentos fueron importantes y cuáles no lo fueron? ¿Si he hecho hablar a la gente como si conociera con exactitud las palabras que dijo cada persona? ¿Puede la verdad reflejarse en tales garabatos, tan sujetos a sus propios límites?

Exceptuando a Helga, estoy solo en el pueblo, pues quienes no han muerto se han dispersado por la llanura. El aire es caliente, seco e inmóvil. La luz del sol me abrasa, tengo la boca llena de polvo, no puedo salivar. No hay viento para mover el letrero de bienvenida. Ni una nube. Solo las bandadas de cuervos —que a veces levantan el vuelo huyendo de algún peligro imaginario— crean una sombra ocasional. En la calle, hay un gran ajeteo..., con el trabajo de los chacales y los buitres, de las moscas, las cucarachas y las ratas. Todos juntos, dejan oír el rumor de una gran tarea.

Puedo perdonar a todo el mundo menos a mí mismo. En la dirección hacia la que estoy encarado en este momento, puedo ver cómo el sol hornea colores en toda la extensión de la llanura. ¿A quién busco en ella? ¿A Jimmy? Se ha ido, corre sin parar. La mula y el carromato pueden llevar muy lejos al hijo de Fee, incluso a ser otro Hombre Malo.

Creo recordar que, cierta vez, un hombre dijo que algún día pondrían un ferrocarril a lo largo de los caminos abiertos por las carretas en esta parte del Oeste. De ser así, el tren, con su máquina de vapor, traería a la gente siguiendo el borde de la llanura. Puedo verlo si fuerzo la vista al máximo, como puedo ver los palos del telégrafo, allá, a lo lejos, como puntadas de hilo entre la tierra y el cielo. ¿Tan lentamente se aproxima mi muerte?

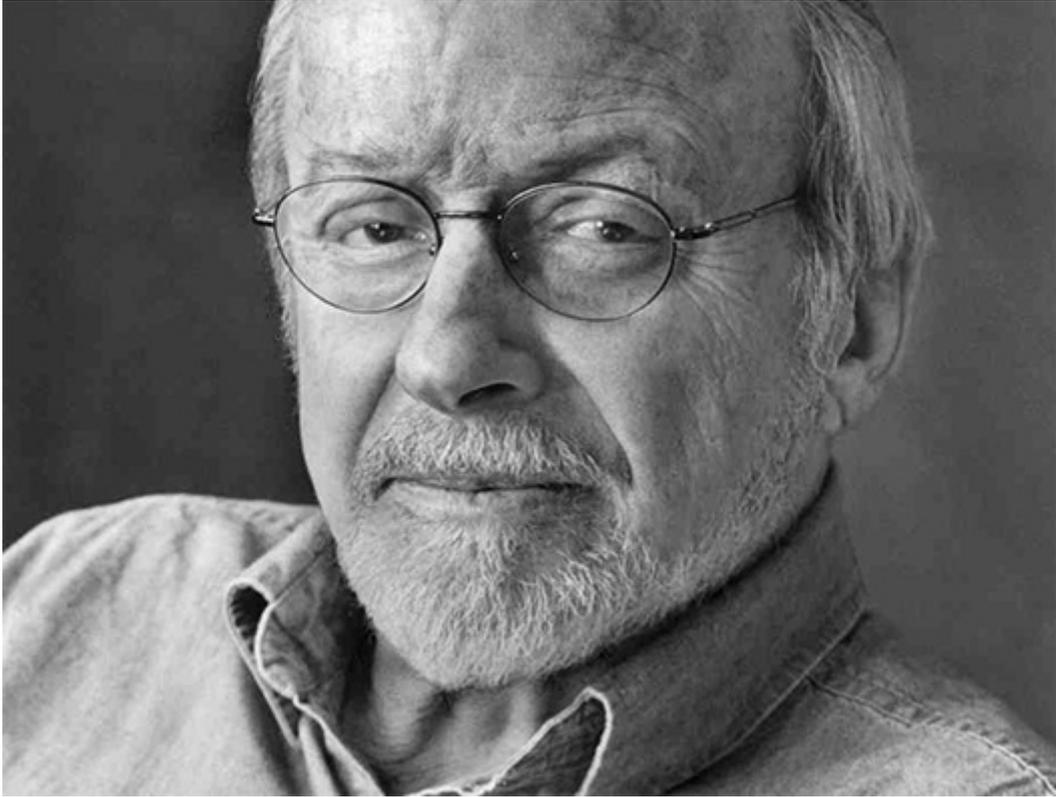
Esta mañana, antes de escribir estas últimas páginas, cuando mi dolor era demasiado intenso para permanecer sentado con él, antes de que se me entumeciera el brazo, caminé un poco de un lado a otro para ver los frutos que había dado esta tierra. Isaac está muerto en su tienda. También está muerta la señora Clement entre los cascotes del Palacio del Zar, aunque no he podido ver en ella el menor rasguño. El repartidor de naipes debe de encontrarse en el piso de arriba. Tiene el cráneo roto y sus dientes están esparcidos por encima de la mesa y por el suelo.

El Ruso está en el suelo, frente a su barra, con el cuero cabelludo expertamente arrancado. Sí, la bala que recibió le dio en el estómago: una mancha roja en el delantal. Aún debía de estar con vida cuando cayó en manos de John Bear. Quizás el ver al Zar allí, de aquella manera, al hombre que una vez atacó al indio por la espalda, ha sido lo que me ha hecho sacar mis libros aquí fuera, sentarme e intentar escribir lo que sucedió. Puedo perdonar a todo el mundo menos a mí mismo. Le dije a

Molly que estaríamos preparados para recibir al Hombre Malo, pero nunca podemos estar preparados para nada. Nada queda nunca sepultado, la tierra rueda por sus propios caminos sin ir jamás a ninguna parte; nunca cambia. Solo la esperanza se transforma, como el día se trueca en noche, solo nuestros anhelos tienen un amanecer y un crepúsculo. ¿Por qué ha de presentársenos prometedor el futuro antes de la destrucción? ¿De qué otro modo habría podido comportarme? Si yo no hubiera tenido fe, ellos aún vivirían. Oh, Molly... Oh, mi chico... La primera vez, eché a correr; la segunda, quise imponerme a él, pero fracasé en las dos ocasiones. Hubiese hecho lo que hubiese hecho, habría fracasado.

Tengo a Helga delante de mí. Me verá morir. ¿Quién cuidará de la mujer del Sueco? El hedor de la muerte está por todas partes, especialmente en mí, y hay en este pueblo tanta carroña que me pregunto si no estarán en este lugar, antes de la puesta del sol, todos los cuervos de estas tierras. Ha pasado por mi mente la idea de prenderle fuego a la calle... Eso los ahuyentaría. Pero no sopla nada de viento y sería un trabajo demasiado duro, más duro del que puedo hacer.

Y tengo que admitir, con gran vergüenza, que no dejo de pensar en la posibilidad de que alguien, algún día, venga a buscar la madera de nuestro pueblo para utilizarla de nuevo.



E. L. DOCTOROW (Nueva York, 1931) es una de las voces fundamentales de la literatura norteamericana contemporánea. Su obra, traducida a treinta lenguas, ha sido merecedora de los premios más importantes de su país, como el Pen/Faulkner y es, año tras año, candidato al Nobel. Autor de novelas tan importantes como *Ragtime* y *Billy Bathgate*, Doctorow es, asimismo, autor de relatos, ensayos y teatro.

Notas

[1] En inglés, *bear* significa «oso». (N. del T.) <<

[2] En inglés, *Fountain Creek* significa, en este caso, «arroyo de la fuente». (N. del T.)

<<